

W. E. Bowman

Hasta arriba

Prólogo de Bill Bryson

Traducción de Julia Osuna



Lectulandia

Cuanto más solemne y alta sea la cumbre que se quiere alcanzar, más divertidas y duras serán las caídas. Sobre todo si los alpinistas que quieren completar los 40.000 metros de la montaña más elevada del planeta son:

Un médico que siempre está enfermo.

Un guía experto en orientarse que siempre se pierde.

Un lingüista que jamás entiende qué le dicen.

Un animador desanimado.

Un jefe a quien nadie (menos mal) hace caso.

Y decenas de botellas de champán (con fines medicinales).

Hasta arriba es un clásico del humor británico y libro de culto para varias generaciones de alpinistas, además de un referente indiscutible de la literatura de aventuras del siglo XX.

Lectulandia

W. E. Bowman

Hasta arriba

ePub r1.0

Titivillus 17.07.18

Título original: *The Ascent of Rum Doodle*

W. E. Bowman, 1956

Traducción: Julia Osuna

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para George y Margot

Prólogo

Hace años, antes de que el pelo empezara a desertar de mi cabeza y adoptara una existencia más guarecida en orejas y narices, ocupaba mis tardes como corrector en la sección de Negocios de *The Times*.

Era un trabajo decente y, entre los extras, se incluían el menú del día de la cafetería —cuya principal virtud era, según parecía, no interferir con la actividad metabólica ordinaria—, el derecho a reclamar un pequeño estipendio mensual en efectivo a cuenta de gastos que eran el colmo de la ficción (aunque, eso sí, anotados con mucho esmero e imaginación en un largo listado), así como la oportunidad, dos o tres veces al año, de ayudar a Philip Howard a reconquistar su mesa comprándole algunos de los muchos miles de libros que habían remitido a su departamento durante los meses previos con la esperanza de que fueran objeto de reseñas, pero que no habían llegado a pasar el corte (en la mayoría de los casos por ser realmente malos o no tener interés alguno). El señor Howard los vendía a precios de saldo a un personal agradecido y donaba lo recaudado a la beneficencia.

Dado que tales ventas solían celebrarse entre las tres y las cuatro de la tarde, cuando la mayoría de los reporteros no habían pasado aún del primer plato del almuerzo, en la práctica eran un negocio exclusivo para revisores. Es harto inusual ver a un corrector de prensa entusiasmado por algo —es más, siquiera en movimiento—, pero el anuncio de una venta de libros tenía siempre el mismo efecto en la sala de revisión que una descarga eléctrica. En poco más de un segundo, sesenta o más peones de dedos tintados acudían en masa al modesto sanctasanctorum del señor Howard y hurgaban entre las montañas de libros, en su mayoría inservibles, con un tesón que por momentos rayaba en lo indecoroso.

Fue en una de esas ocasiones, mientras forcejeaba con una señora tan delgada como obstinada de la sección de Internacional por una historia anecdótica de los códigos navales japoneses o algo por el estilo, cuando mi vista recayó en un fino volumen de bolsillo con un dibujo a plumilla de un montañero tendido bocabajo sobre la nieve: el título era *Hasta arriba*.

Oliéndome un hallazgo, solté el moño de la señora y me hice con el libro. Esa misma tarde, en el comedor, mientras cenaba manitas de cerdo a la Lancashire o algún otro plato insondable de la Vieja Inglaterra, abrí el libro de par en par y, al poco, supe que había dado con algo especial.

Es posible que no haya otra clase de humor más difícil de sostener a lo largo de todo un libro que la parodia, y no conozco ninguno que lo haga con más solvencia que *Hasta arriba*. Publicado por primera vez en 1956, se trata de la historia de un grupo de incompetentes maravillosamente entrañables que se disponen a conquistar

el pico más alto del mundo, el célebre aunque apenas avistado Kurda Rarí (alt. 40.000 pies y medio), ubicado en la fortaleza de las nieves del Himalaya, cerca del prodigioso Chíncha Rabí.

Simple y llanamente, me encanta este libro. Todo en él roza la perfección: los nombres de los personajes, sus peculiaridades, sus rabietas y agarradas, lo reconfortante de sus predecibles desventuras ante cualquier desafío... Está Tostón, el bondadoso, obstinado y siempre poco perspicaz jefe de la expedición; Selvat, el explorador que no es capaz de conseguir llegar a ningún punto de encuentro y se pasa el viaje enviando cables de disculpa desde ubicaciones remotas y erróneas; O'Jalah, el científico que se pasa la travesía por mar probando el instrumental y descubre que el barco se encuentra a 153 pies por encima del nivel del mar; Constant, el experto en lenguas que, a golpe de errores gramaticales y sintácticos, provoca constantes arrebatos de furia en los 30.000 porteadores del Yoguistán; y el terrorífico cocinero Puag, cuya llegada a cada campamento espolea a los hombres a subir a mayores alturas.

No puede ser, en suma, más disparatado, pero se disfruta enormemente y se sostiene con brillantez. En su momento di por hecho que se trataba de uno de esos libros que, como *1066 and all that* o *The diary of a nobody* (*Diario de un don nadie*, Nórdica, Madrid, 2012), todos los británicos conocían pero a los que yo, como extranjero, había llegado tarde. En la edición que yo manejaba no había una sola palabra de información biográfica sobre el autor. Con el deseo de saber más sobre él, y ansioso por encontrar todo lo que hubiese escrito, mencioné el libro a varios amigos y pregunté por él en librerías, pero ni entonces ni tiempo después encontré a una sola persona familiarizada ni con Bowman ni con la obra en cuestión. Tengo la impresión de que, para la mayoría de la gente, *Hasta arriba* es el libro más divertido del que jamás hayan oído hablar.

Pasaron los años. Mi pelo empezó su largo descenso hacia varios de mis recovecos craneales y dejé *The Times*. *Hasta arriba* me acompañó cuando me mudé de Londres a Yorkshire y, con el tiempo, a Estados Unidos, pero no volví a saber nada más de su autor. Sin embargo, un día de 1997, después de hablar del libro en un programa de radio en Londres, recibí una alegre y amable nota escrita en una elegante caligrafía por Eva Bowman, viuda del autor, con la que empecé a cartearme. Tiempo después acabaría conociéndola en persona, así como a uno de los hijos de ambos, Ghee, y gracias a ellos pude por fin saber algo más sobre la larga e intermitente historia de uno de mis libros favoritos y de ese hombre tan misterioso que lo había escrito.

Hasta arriba se publicó a principios de 1956 en la editorial Max Parrish & Co., por un precio de venta de 10 chelines con 60 centavos. Sus comienzos distaron mucho de ser fulgurantes. El *Northern Despatch* de Darlington esperó casi dos años para publicar una crítica favorable. El *Bristol Evening Post* mencionaba al autor como W. E. Bowman, al que, además, no se sabe por qué, le atribuía un libro anterior

sobre aerolíneas. Una entrañable crítica de la revista *Good Housekeeping* admitió que llevaba leída gran parte del libro cuando se dio cuenta de que «estaba pensado como una farsa». Prácticamente todos los grandes semanarios nacionales lo ignoraron. El elogio, que con tanta ligereza suele prodigarse, se limitó en este caso a publicaciones como *The Irish Catholic*, *The Border Telegraph*, *The Northern Whig*, *Western Independent*, *Kentish Observer*, *Daily Worker*, *Bulawayo Gazette* y *The Times of India*.

En resumen, si bien el libro distaba mucho de haber fracasado y se tradujo a varios idiomas, no halló una legión de lectores. En 1957, *Hasta arriba* tuvo su continuación en *The Cruise of the Talking Fish*, donde también aparece el heroico Tostón en una parodia de *La expedición de la Kon-Tiki*, de Thor Heyerdahl. El éxito fue aún menor. Poco después, cuando Bowman trabajaba ya en un tercer libro de la saga, Max Parrish & Co. se enfrentó a serias dificultades económicas y no pudo pagarle a Bowman parte de las regalías. Con el tiempo, la editorial acabó cerrando definitivamente y las dos novelas humorísticas de nuestro autor quedaron descatalogadas.

Entretanto, sin que Bowman fuera consciente de ello, *Hasta arriba* había encontrado un público devoto entre montañeros y científicos polares, mientras que las misteriosas obsesiones y los chistes recurrentes del libro se habían convertido en tema de especulación constante allá donde se juntaban unos cuantos aventureros. Por ejemplo: ¿por qué aparecía el número 153 en tantos de los chistes del libro? Muchos se convencieron de que Bowman tenía que ser el seudónimo de algún experto escalador, seguramente uno muy conocido. Estaba muy extendida la creencia de que un mero aficionado no habría podido crear unos personajes de una idiosincrasia tan memorable ni escribir con esa familiaridad y facilidad sobre la pasión por el alpinismo sin recurrir a su experiencia personal.

La realidad, sin embargo, es que el autor era un apocado ingeniero de estructuras de Guildford que apenas había salido de Gran Bretaña y nunca se había enfrentado a una elevación mayor que el pico Scafell. La idea para el libro le vino mientras paseaba por la región de los Lagos. Tomó como modelo el relato de 1937 de Bill Tilman sobre su expedición al Nanda Devi. El 153 era el número de la casa donde había vivido de pequeño, ni más ni menos.

Más en concreto, se trataba del número de la casa de Borough Road, en la población norteña de Middlesbrough, a la que Bowman y sus padres se mudaron poco tiempo después de que él naciera en Scarborough, en 1911. Todo indica que tuvo una infancia feliz, al menos hasta que, con quince años, murió su madre. Al cabo de dos años también falleció su padre, y Bowman se vio separado para siempre de sus dos hermanos pequeños. Esta vivencia arrojaría sobre su vida una alargada sombra que nunca llegaría a disiparse del todo.

Cuando dejó el instituto, Bowman empezó a trabajar como delineante en un estudio de ingenieros de Middlesbrough y desarrolló una pasión —indirecta, como no

podía ser de otra manera— por el montañismo, si bien se convirtió en un consumado caminante de los páramos altos de la zona y pasó muchos fines de semana felices en el Distrito de los Lagos. (Solo vio montañas reales en una ocasión, durante un viaje a Suiza.) Sirvió en la RAF durante la segunda guerra mundial y, de 1947 a 1950, trabajó para el Servicio de Voluntariado Internacional en la reconstrucción de Alemania. En 1950 se unió a un estudio de ingeniería londinense y pasó sus días diseñando puentes, centrales eléctricas y otras estructuras imponentes, mientras que ocupaba sus tardes con la escritura.

Se casó mayor, en 1958, a la edad de cuarenta y siete años, y se instaló con su mujer en la verde Surrey, donde tuvieron dos hijos. Bowman completó la tercera entrega de la serie de Tostón, que no llegó a publicarse. Como sucedió con todo lo demás que escribió. Durante los últimos veinticinco años de su existencia pintó y se concentró en otros trabajos: poemas serios y cómicos, un libro de relatos, polémicas de varios tipos, un tratado sobre la letra A y su obra magna, una reformulación de la teoría de la relatividad de Einstein.

Hasta arriba ha pasado años descatalogado o solo disponible en tiendas de escalada en la edición facsímil que publicó una empresa de montañismo de Sheffield llamada Dark Peak. Por fin, en 1983, casi treinta años después de su edición en tapa dura, Arrow Books publicó una edición de bolsillo, a la que siguió en 1992 una de Pimlico que recogía *Hasta arriba* y el *Talking Fish*. Las ventas fueron escasas y, más allá de una reseña deslumbrante en el *Sunday Times*, ninguna de estas ediciones tuvo mayor repercusión en prensa.

En 1981, casi un cuarto de siglo después de la publicación de *Hasta arriba*, Bowman se quedó muy sorprendido al descubrir que a finales de la década de 1950 unos cuantos miembros de la Expedición Antártica Australiana habían bautizado varios accidentes geográficos con topónimos de su libro, a modo de homenaje, y que algunos incluso habían llegado a incorporarse a los mapas antárticos. Mount Rumdoodle^[1] (153 hab., alt. 153) es una denominación oficial desde 1966. Bowman se enteró por casualidad porque se encontró con un juego llamado The Great Rum Doodle Puzzle ('El gran puzle del Rum Doodle'), creado por un miembro de una de esas primeras expediciones. Hacia la misma época abrió sus puertas en Katmandú un restaurante llamado Rum Doodle, que todavía hoy sigue dando guerra.

El 1 de enero de 1985 Bill Bowman murió en su casa de Guildford a los setenta y tres años de edad. Una o dos revistas de montañismo mencionaron su muerte pero ningún periódico de ámbito nacional publicó un obituario.

Es fácil ver todo esto como una decepción, aunque yo prefiero no hacerlo. No es justo, desde luego, que Bowman no gozara de la atención o el éxito que su obra merecía, pero la vida no suele ser justa. Por otra parte, sí que tuvo la satisfacción de saber —porque debía de saberlo— que había escrito un clásico de la novela cómica. Tuvo que proporcionarle una satisfacción igual de grata ser consciente de que, pese a su perenne mala suerte y a los reveses dignos de Tostón, *Hasta arriba* lograría cierta

inmortalidad. Siempre ha habido —y seguirá habiendo— gente que adora este libro hasta el punto de llevarlo por medio mundo e incluso bautizar montañas con su nombre.

Y ahora vuelve una vez más. Espero que esta sea solo la primera de 153 impresiones. En cualquier caso, damas y caballeros, es para mí un placer al tiempo que un privilegio brindarles uno de los libros más divertidos que van a leer en su vida.

Bill Bryson, 2001

No se ha pretendido criticar ningún libro o método de montañismo ni se ha querido aludir a ningún montañero concreto del pasado o del presente.

Proemio

POR SIR TARTAHUGH TREMENS, AISC, MPL

Presidente del Comité del Monte Kurda Rarí

Es para mí un placer al tiempo que un privilegio formar parte de este relato sobre la escalada de la montaña más alta del mundo. Fueron muchas las dificultades. Pero se superaron gracias a la determinación de todos y cada uno de los miembros de la expedición, que aportaron lo mejor de sí mismos en pos de la causa común. Todo elogio es poco para estos hombres. Tienen entre sus manos un libro que debería ser lectura —y relectura— obligada para nuestros escolares y para todos aquellos que valoran el tesón y la fortaleza del espíritu humano.

Prólogo

Por O. VAN BOLEA

Es un placer y un privilegio formar parte de este relato sobre la ascensión a la montaña más alta del mundo. Fueron terribles los obstáculos. Si se superaron fue gracias a la obstinada perseverancia que todos y cada uno de los miembros del equipo consagraron a la causa común. Es imposible no prodigar elogios a estos hombres. Todo escolar debería leer este libro al menos dos veces, así como todo aquel que estime el valor y el empuje.

Los expedicionarios

Cuando el Comité del Monte Kurda Rarí me propuso liderar el ataque a la montaña, era plenamente consciente del honor que estaba recayendo sobre mí. Escalar el Mont Blanc por la travesía del Grépon es una cosa; escalar el Kurda Rarí es, como dijo Van Bolea en cierta ocasión, harina de otro costal. Tuve mis dudas a la hora de aceptar semejante responsabilidad, y solo la insistencia del comité, y en particular de su presidente, sir Tartahugh Tremens, consiguieron hacerme cambiar de parecer.

Me gustaría dejar constancia desde el principio de la profunda admiración que siento por la determinación altruista y el sentido común con que el Comité del Monte Kurda Rarí —y en particular su presidente— llevó a cabo su tarea. Un sentido común que alcanzó el cénit de su eficacia en la selección del personal. Si tuviera que volver a empezar de cero, escogería a mis mismos compañeros, quienes me apoyaron con un entusiasmo tan desprendido como incondicional. Me atrevería a decir que nunca un jefe de expedición se ha visto mejor arropado.

Podemos atribuir nuestro éxito a dos cosas: al extraordinario trabajo de equipo y a los magníficos esfuerzos de los porteadores, sin los cuales la expedición habría fracasado.

Cuando asesoré al comité sobre la constitución del equipo, lo hice teniendo muy presente un principio que me ha sido de gran ayuda en muchas ocasiones: hacer que una cosa cumpla dos objetivos. De este modo, se escogió a cada miembro del equipo como encargado de una labor organizativa o técnica concreta, pero, al mismo tiempo, por poseer una cualidad especial que lo hacía valioso como montañero y compañero.

A lo largo del relato se hará patente lo útil que resultó esta política.

Los expedicionarios fueron los siguientes:

TOM FORNID, comandante del Cuerpo de Intendencia del Ejército Real, encargado de la logística. Famoso por sus prodigiosas gestas de resistencia en numerosas montañas y escogido como hombre fuerte del equipo. Había subido alto^[2]. Interrumpió un permiso de escalada por los Alpes para unirse a nuestra expedición.

CHRISTOPHER O'JALAH, científico de la expedición. Diestrísimo en la roca. Había subido más alto que la mayoría. Recién llegado de una primera ascensión exitosa en los Andes.

DONALD CLICHÉ, nuestro fotógrafo. Habilísimo en el hielo. Había subido tan alto como la mayoría. Apenas aterrizado de las Rocosas.

HUMPHREY SELVAT, experto en radiotransmisiones y orientación. Había subido casi tan alto como la mayoría. Desmovilizado del Cáucaso.

LANCELOT CONSTANT, diplomático y lingüista. Encargado de los porteadores. Escogido especialmente por sus habilidades sociales y su compañerismo. Se esperaba que subiera alto. Recién regresado del monte Atlas.

RIDLEY PROPENS, médico de la expedición y nuestro experto en oxígeno. Había subido bastante alto. Retornado in extremis del Himalaya.

El plan

Después de tres meses de ajetreados preparativos, la víspera de nuestra partida nos reunimos en Londres para dar un último repaso a nuestros planes. El único que no pudo asistir fue Selvat, quien debía hablarnos del uso del equipo radiofónico y de sus propios métodos de orientación en ruta. Llamó para informarnos de que se había equivocado de autobús y no estaba del todo seguro de su paradero; aun así, acababa de localizar por fin la Estrella Polar y esperaba reunirse con nosotros en breve.

Fornid, si bien no estaba en plena forma (me confesó que sufría de laxitud londinense), nos pintó un detallado fresco de las disposiciones logísticas. El objetivo de la expedición era lograr que dos hombres coronaran el Kurda Rarí; para ello era necesario instalar un campamento a 39.000 pies de altura y abastecerlo con dos semanas de provisiones para dos personas, con la idea de que, ante un posible empeoramiento de las condiciones climáticas, la pareja pudiera esperar sin apuros a que el tiempo mejorara. El material para dicho campamento habría de transportarse desde la terminal ferroviaria de Tekhonmiel, a 500 millas de distancia. Harían falta 5 portadores. Serían necesarios dos más para acarrear la comida de los cinco primeros y otro para llevar la de los dos segundos. La comida de este último la llevaría un niño. El niño llevaría su propia comida. Esta primera avanzadilla se instalaría a 38.000 pies y estaría igualmente abastecida con provisiones para dos semanas, lo que haría necesarios 8 portadores más y otro niño. En total, para el transporte de tiendas, material, comida, radios, instrumental científico y fotográfico, efectos personales y todo lo demás, se requerirían 3.000 portadores y 375 niños.

En esas estábamos cuando sonó el teléfono. Era Selvat, que parecía de un humor extraordinario. Nos dijo que había identificado su paradero como Cockfosters, no le cabía duda. Lo felicitamos y le dijimos que esperábamos verlo en breve.

Fornid fue felicitado por su magistral manejo del detalle, si bien O'Jalah comentó que, a su entender, el peso reservado para el equipamiento científico era escandalosamente exiguo. Tenía una especial querencia por llevar una pala de glaciar mecánica y un martillo neumático de geólogo de tres toneladas, pero no se le permitía llevar ninguno de esos dos objetos tan indispensables. Fornid se mostró bastante tajante al respecto; señaló que espalar en el Kurda Rarí no tenía nada que ver con espalar en el Mont Blanc, mientras que era más que probable que la atmósfera enrarecida propia de la montaña impidiera el uso del instrumental neumático. O'Jalah rompió a llorar y anunció que, si esas teníamos, se volvía inmediatamente a su casa, pues no parecíamos estimar su valía. Constant, con su habitual tacto, dijo que estaba seguro de que Fornid no había tenido intención alguna de menospreciar la

importancia de O'Jalah para la expedición; lo único que había pretendido decir era que ese instrumental científico en particular no tenía lugar en una expedición cuyo único y exclusivo propósito era que dos hombres coronaran el Kurda Rarí. Este comentario animó a intervenir a Cliché, quien dijo lamentar sobremanera que estuviera insinuándose que el instrumental científico era poco menos que el último mono, pues una de las partes más importantes de nuestro trabajo era la investigación de los efectos de la atmósfera enrarecida en la televisión tridimensional a color. Propens, aquejado de un grave catarro de nariz, masculló algo que nadie llegó a entender sobre un «imbortande maderial médigo» en una especie de farfullo airado.

Sensible al clima humano como ha de ser todo buen líder, detecté una discrepancia velada y rememoré para mis adentros lo dicho por Van Bolea: el Mont Blanc podía escalarse con un grupo dividido; el Kurda Rarí, jamás. Este pensamiento aleccionador produjo el efecto deseado, tal vez a resultas de que Fornid, vencido por la laxitud londinense, se hubiera quedado dormido. O'Jalah, que iba a compartir tienda con él, quedó muy consternado al descubrir que roncaba compulsivamente; Cliché, sin embargo, lo consoló recordándole que, dada la atenuación de las ondas sonoras en atmósferas enrarecidas, los ronquidos serían mucho menos desagradables en altura.

Acto seguido, O'Jalah expuso el programa científico: además de las investigaciones sobre la fosifiricación hipográfica y topnológica de la zona, esperaba recabar nuevos datos sobre el efecto de la desastrificación biocrónica de las *pandiculae* geneosféricas en la exégesis de la maraña de Marthon. Esperaba asimismo traer de vuelta una pareja de cada criatura viviente que encontrara en la montaña, con la idea de estudiar la posibilidad de criar montañeros capaces de llevar vidas normales a grandes alturas.

En esas estábamos cuando Selvat volvió a llamar. No estaba en Cockfosters, precisó, sino en Richmond. Había visto Cockfosters en un autobús, pero resultó que en realidad se dirigía a Cockfosters. Debido a este revés, qué remedio, había viajado en sentido contrario, pero estaría con nosotros en breve.

Después de esto, Cliché pasó a describirnos los aparejos fotográficos, cuya pieza principal era una cámara de cine tridimensional que grababa en color. Esperaba poder documentar cinematográficamente todos los aspectos del trabajo de la expedición. A posteriori la empresa que había financiado el equipo añadiría secuencias creíbles de amoríos y accidentes y, previa inclusión de una canción patriótica y un mínimo recorte del material original, la película se comercializaría en todo el mundo como una gran epopeya de heroísmo británico. Si lograba hacer cumbre, la pareja victoriosa —siempre y cuando fuera fotogénica y menor de sesenta años— tendría la oportunidad de firmar un contrato para participar en una película titulada *Tarzán y los atroces hombres de las nieves*.

En esas estábamos cuando llegó un telegrama. Rezaba así: AVISTADO BARKING CREER DIECINUEVE TREINTA HORAS RUMBO OESTE NOROESTE ESPERAR EN BREVE TIEMPO

FRESCO PERO AGRADABLE SELVAT. Llevaba matasellos de Hounslow.

Fornid se despertó con un intrincado gorjeo y dijo que no tenía ningún sentido lastrar una expedición de escalada —cuyo objetivo era que dos hombres coronaran el Kurda Rarí— con toneladas de cachivaches científicos; a su entender, en la montaña un científico era un fastidio aún mayor que su instrumental, lo que ya era decir mucho. Nos contó la historia de su amigo Grogy, quien había compartido tienda con un científico en la expedición de 1923 al Pangza Rará. Como todos los hombres de ciencia, era muy despistado. Cierta día preparó sin darse cuenta una infusión con sulfato de cobre en lugar de agua: Grogy y él se pusieron de color azul y padecieron daltonismo durante dos semanas, incapaces de distinguir entre el blanco y el azul. Otro día, ese mismo científico se cayó por el borde de un talud de nieve perpetua, convencido de que el cielo azul era una prolongación de la nieve. Si se salvó fue solo gracias al gran esfuerzo y la tenacidad de Fornid, quien por desgracia lo tenía en su cordada. Este afirmó que cualquier otro lo habría dejado a su suerte.

O’Jalah aseguró que no se creía una sola palabra de esa historia. Él mismo había bebido galones y galones de infusión de sulfato de cobre con la más absoluta impunidad. El efecto azul se debía sin duda a la cardiosíntesis de la corriente sanguínea, que a su vez se debía a la atmósfera enrarecida. Se mostró muy en desacuerdo con la afirmación de que todos los científicos eran unos despistados.

En esas estábamos cuando llamaron a la puerta. Era un sargento de la comisaría más cercana. Un agente de policía de Lewisham había descubierto a un forastero que merodeaba furtivamente por las inmediaciones de la planta de gas. Lo habían hallado en posesión de ciertos mapas y de instrumental de navegación, y lo habían arrestado por espionaje. Aseguraba apellidarse Bosquet y, al pedirle sus señas, había facilitado nuestra dirección. Le dimos al sargento las garantías necesarias y le pedimos que le transmitiera un mensaje manifestándole que esperábamos a Selvat en breve.

A continuación Constant nos habló del Yoguistán, el país que debíamos atravesar para alcanzar la montaña. Según nos contó, sus habitantes eran un pueblo fuerte e independiente, amable y de una alegría y una dignidad imperturbables. El idioma, sobre el cual había elaborado una monografía, pertenecía a una rama del aneroide-megalítico; carecía de verbos y se hablaba exclusivamente con el estómago.

Propens exclamó que eso era absurdo: si hablaran exclusivamente con el estómago, padecerían gastritis crónica. Constant afirmó entonces que, casualmente, esa era la enfermedad nacional, hipodérmica en el 95 por ciento de la población. El médico repuso que si ese era el caso no veía cómo podían estar siempre alegres. Constant respondió que se debía a la fortaleza de su carácter. Añadió que, por lo demás, no estaba acostumbrado a que dudaran de su palabra, y si Propens persistía en aquella actitud poco colaborativa, él, Constant, no tendría más remedio que lanzar un ultimátum.

Seguidamente, nuestro galeno nos habló de la problemática de mantenernos en forma, un tema primordial para el éxito de nuestra misión. Nos instó a observar

rigurosamente las precauciones que había puesto por escrito y, acto seguido, nos tendió a cada uno varias páginas mecanografiadas en una letra muy apretada. Dijo que si seguíamos sus consejos, podía garantizarnos inmunidad contra las enfermedades. En ese punto, prorrumpió en un ataque de tos y hubo que administrarle unas palmaditas en la espalda. Fue Constant quien se ocupó del palmeado y, si quieren saber mi impresión, creo que empleó más fuerza de la estrictamente necesaria. Fuera como fuese, Propens le devolvió los golpes, y podría haberse desencadenado un feo incidente si este último no se hubiera visto vencido por un ataque de estornudos que le imposibilitó toda defensa personal.

Aproveché la oportunidad para agradecerles a todos sus contribuciones e insistí en que no me cabía la menor duda de que las pequeñas desavenencias que podían surgir entre nosotros eran prueba de la franqueza y la tolerancia encomiables con las que considerábamos a nuestros iguales, y que no tenía ninguna razón para suponer que eso pudiera impedirnos formar un equipo eficaz y unido. Les recordé las palabras de Van Bolea: en una expedición de esa naturaleza, los deseos individuales han de estar subordinados a la causa común. Constant dijo «amén» y, con aquella nota solemne, despertamos a Fornid y rematamos los preparativos para la partida, que tendría lugar al día siguiente.

Por la mañana zarpamos del puerto de Tilbury. Nada más embarcar me hicieron entrega de dos telegramas. Uno decía: DESEO LO MEJOR RECUERDEN NO ESCALAN MONT BLANC VAN BOLEA. El otro rezaba: VARADO ABERCWMSOSPANFACH^[3] SEGUIRÉ EN AVIÓN ENVÍEN 100 LIBRAS SELVAT.

Rumbo al Chincha Rabí

La travesía transcurrió sin incidentes. Mis responsabilidades como líder me impidieron pasar con mis compañeros todo el tiempo que me habría gustado, pero me complació ver que el *esprit de corps* que tan importante es en expediciones como la nuestra estaba convirtiendo al grupo en un colectivo muy unido. Jamás debemos subestimar la importancia del espíritu de equipo. Como Van Bolea dijo en cierta ocasión: «Cuando estás colgando indefenso del extremo de una cuerda de 100 pies de largo es importante saber que el hombre que hay en la otra punta es un verdadero amigo». Es ese espíritu, más que ningún otro factor individual, lo que cimienta la victoria, y me alegré de verlo prosperar durante la travesía.

No faltaba el humor. Una noche, O'Jalah causó una gran algarabía al presentarse en la cena con un ojo a la funerals que achacó a un tropezón con un pescante, mientras que ese mismo día Fornid apareció con una mano vendada que se había herido en el transcurso de un partido de tenis sobre cubierta. Nuestro compañero se había pasado gran parte de la travesía postrado en cama con laxitud marina, de ahí que me causara extrañeza que hubiese encontrado energías para jugar al tenis. Los demás, en cambio, mantuvieron el tipo, salvo Propens, que fue el único en sucumbir a mareos y vómitos.

O'Jalah estuvo entretenido con su instrumental. Puso a prueba los hipsómetros que llevábamos y fue capaz de determinar, a partir de la media resultante de innumerables mediciones, la altitud del barco en 153 pies por encima del nivel del mar. Fornid dijo que eso no tenía ningún sentido, pero O'Jalah señaló que, dado que la Tierra no es en sí una esfera perfecta, siendo su circunferencia mayor por el ecuador que por los polos, el resultado concordaba perfectamente con hechos contrastados.

Cliché grabó un buen montón de rollos de película, pero un desafortunado descuido quiso que quedaran expuestos a la luz del día y se perdiera así todo el metraje de esa parte de la expedición.

Constant disfrutó de lo lindo al descubrir que había una familia yoguistaní en la cubierta inferior y pasó gran parte del tiempo con ellos, perfeccionando el conocimiento de su idioma. Con todo, la relación finalizó abruptamente de la más extraña de las maneras: una apacible tarde de domingo, nuestro intérprete apareció corriendo por la escalera, presa del pánico, seguido de cerca por un oriental menudo pero fortachón que blandía un cuchillo. Una vez rescatado, Constant explicó que había cometido un error de pronunciación garrafal: había querido expresar su admiración por la poesía del Yoguistán pero, por desgracia, la palabra yoguistaní para

poesía era idéntica a la palabra *esposa*, salvo por una especie de gorgorito al final. Llevado por el entusiasmo del momento, se había visto incapaz de producir dicho gorgorito, lo que había ofendido enormemente a su anfitrión, con el resultado por todos presenciado. Constant no abandonó la cubierta durante el resto de la travesía.

Cierto día avistamos una ballena por la aleta de estribor. Fue un acontecimiento de gran interés para todos, desde luego, pero en particular para mí, puesto que me permitió decidir sobre un asunto de vital importancia al que había dedicado muchas cavilaciones: cómo agrupar al destacamento de asalto. El ataque a la montaña debía hacerse por unidades de dos hombres, que habrían de escalar en la misma cordada y compartir tienda. Me parecía importante formar las parejas cuanto antes a fin de darles tiempo para limar las pequeñas aristas que pueden resultar irritantes en las distancias cortas. Con todo, me veía incapaz de tomar una decisión. Hacía tiempo que había visto claro que Fornid y O'Jalah eran la combinación ideal para encajar en un vivac estrecho, al ser uno grande y otro pequeño; por lo demás, sus personalidades e intereses eran tan distintos que resultaba improbable que surgiera la envidia profesional o la monotonía. Cliché y Selvat habían mostrado un interés vivo y polémico por la especialidad del otro, de modo que me pareció una lástima separarlos. Además, el fotógrafo había estudiado en Cambridge, mientras que Selvat había ido a Oxford, una oportunidad estupenda para que ambos ampliaran sus horizontes. Quedaban, pues, Constant y Propens; pero no me convencía en absoluto este emparejamiento: ambos tenían esas maneras de eruditos que podían resultar opresivas en el interior de una tienda pequeña. Sin embargo, empezó a tranquilizarme ver que disentían tan apasionadamente en tantos otros temas, y el incidente de la ballena terminó de despejarme las ideas. Estábamos apoyados en la barandilla viendo cómo el animal escupía su chorro de agua cuando Constant comentó que dudaba que hubiera algo de cierto en la leyenda de Jonás. Propens manifestó su sorpresa al ver que un hombre culto como él pudiera hacer semejante comentario y se enfrascó de tal manera en la discusión subsiguiente que se le olvidó marearse. Pasaron lo que restaba de travesía discutiendo acaloradamente y se hicieron inseparables, lo que supuso un gran alivio para mí.

Justo antes de llegar a puerto, recibí un telegrama: SEÑAS EQUIVOCADAS MALA SUERTE BUENOS AIRES ENVÍEN CINCUENTA MILLONES PESOS SELVAT.

El trayecto en tren transcurrió sin incidentes. Fornid sufrió de laxitud canicular y Propens contrajo la malaria. Constant comentó que era una suerte tener un médico entre nosotros. Me pesa tener que dejar constancia por escrito de que Propens se sintió agraviado por ese comentario inocente y se mostró muy grosero con el pobre Constant, pero este último tuvo la gentileza de pasarlo por alto y atribuirlo al estado de Propens. Nuestro intérprete quiso viajar en la parte autóctona del tren para mejorar su conocimiento del idioma pero, a los pocos días, estalló una revuelta y le pareció

aconsejable replegarse. Explicó que los nativos eran un pueblo de lo más amable, con una alegría y una dignidad imperturbables, pero que a veces se dejaban soliviantar por nimiedades. Sin embargo, cuando le preguntamos por la naturaleza de aquella nimiedad en particular, Constant nos dijo que difícilmente un europeo podría entenderla. O'Jalah se pasó gran parte del trayecto con un cronómetro en la mano, contando la frecuencia de los postes de telégrafo para calcular la velocidad del tren. El resultado fue de 153 millas por hora, pero creyó válido contemplar cierta cantidad de error empírico para compensar las irregularidades en el espaciado de los postes. Fornid quiso comprobarlo por su cuenta y reparó entonces en que la manecilla del cronómetro estaba parada. Esto produjo gran algarabía.

Nuestra llegada a Tekhonmiel fue todo un acontecimiento, tanto para nosotros como para los lugareños. Constant había dispuesto que los 3.000 porteadores nos esperaran en la estación para no perder ni un minuto. Cuando el tren se detuvo nos sorprendió, a la par que nos complació, ver congregado para recibirnos a un gran gentío, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. En cuanto asomamos la cabeza por la ventanilla, nos saludó una ovación ensordecedora. Constant hizo hincapié en la cordialidad de los nativos, uno de sus principales rasgos, según nos contó.

En cuanto nos apeamos del tren vino a nuestro encuentro un dignatario, que asumí que era el *pamplang* local o cabecilla. Constant entabló conversación con él haciendo gala de su talante más diplomático. Estuvieron charlando unos minutos, y podríamos haber disculpado al observador europeo que pensase que estaban discutiendo con virulencia; yo, en cambio, me figuré que aquella era sin duda la forma de hablar del lugar.

Por fin, Constant nos informó de que no se trataba del *pamplang*, nada más lejos, sino del *pimplang*, o capataz de los porteadores, y de que la multitud que teníamos ante nosotros eran todos los que habíamos encargado.

—Si quiere que le diga mi opinión —intervino Propens—, aquí hay muchos más de tres mil.

Si bien yo era de la misma opinión, Constant esgrimió que a Propens nadie le había preguntado nada y que estaba seguro de que el número era el que era.

—¿Por qué no le pregunta a su amigo? —sugirió Propens.

Constant entabló con el *pimplang* otra extensa tanda de negociaciones, tras la cual nos contó que el hombre hablaba en un dialecto poco conocido y no parecía tener un nivel fluido de yoguistaní neutro.

—Bueno, pues vamos a contarlos —decidió Propens—. Que formen en filas de diez.

Nuestro intérprete fue a hablar una vez más con el *pimplang* y, tras numerosos ruidos y gesticulaciones, nos explicó que en yoguistaní no había una expresión para *en fila de diez* y, dado que en el país la instrucción militar brillaba por su ausencia, la

mente yoguistaní tenía serias dificultades para asimilar la idea de formar.

Le sugerí que tal vez fuese mejor que le dejáramos resolver los últimos flecos con el *pimplang*. Le pareció buena idea: probablemente estábamos poniendo nervioso al pobre hombre. En cuanto nos fuimos, volvieron a las mismas, con tres dedos extendidos y venga a remover la tierra con palos.

En la estafeta de correos me aguardaba una sorpresa en forma de carta de Selvat. Había llegado tres días antes en avión y se había adelantado para ir marcando la ruta.

Pasamos una noche de hambre e incomodidad en la sala de espera de la estación ya que, hasta que se zanjara la discusión con el *pimplang*, no podíamos descargar el equipo y, en ausencia de Constant, no nos atrevíamos a pernoctar en el hotel del pueblo. Al alba me acerqué hasta el tren para encontrarme con que nuestro amigo y el *pimplang* seguían en las mismas. Mi compañero me explicó que la palabra yoguistaní para *tres* era idéntica a la palabra para *treinta*, salvo por una especie de resoplido en medio. Era imposible transmitir ese resoplido vía telegrama y, por tanto, el *pimplang* había decidido interpretar que le habíamos encargado 30.000 porteadores. Los susodichos estaban formando un escándalo considerable en el exterior, y Constant me explicó que habían exigido comida y la paga de un mes. Temía que, si nos negábamos, saquearían el tren.

No nos quedó más remedio que cumplir sus exigencias. Los 30.000 recibieron alimento —con considerables molestias y gastos para nosotros— y, al cabo de tres días, estábamos listos para partir con los 3.000 elegidos para nuestra marcha de 500 millas. A los 375 niños que completaban nuestro contingente los reclutamos in situ. En el Yoguistán las reservas de niños son muy abundantes; al parecer, sus madres se alegran de librarse de ellos.

La marcha hasta el macizo del Kurda Rarí transcurrió sin incidentes. Atravesamos varios cañones fluviales encajados entre picos escarpados que alcanzaban alturas de más de 30.000 pies. En ocasiones cruzábamos de un valle a otro por pasos que se hallaban a 20.000 pies por encima del nivel del mar y volvían a descender hasta lechos fluviales que no superaban los 153 pies de altitud.

El desnivel de los valles era tal que la vegetación variaba de tropical a ártica en cuestión de 1 milla, y nuestros botánicos estaban como pez en el agua. Yo no soy naturalista, desde luego, pero intenté mostrar un interés perspicaz por el trabajo de los demás, animándolos a acudir a mí con sus descubrimientos. El escaso conocimiento que poseo en este ámbito se lo debo a ellos.

A los pies de las laderas alegraban la vista las guasonias y las *pitorrae*, que estaban en plena floración, mientras que nuestras narices sufrían el asalto continuo del perturbador olor de las ratonias. Eran igualmente abundantes las nostalgias, que florecen en todo el mundo salvo en nuestro país, al igual que las canalaies. En cotas más altas, los oscuros cinturones de suspicias y melancolias daban paso a las últimas

hierbas por debajo de las nieves perpetuas, donde no se veía crecer nada salvo, rara vez, un solitario esperpentus o unas *pundonorina obsoletae*.

También la fauna suponía un deleite constante. Por supuesto, los chivos expiatorios eran muy comunes, al igual que las perogrullas y los pelmazos rabilargos. Era fácil avistar a la desidia alicaída y, a veces, con la llegada de la noche, lográbamos vislumbrar unas sombras escurridizas que Fornid identificó como perros apaleados. Una tarde Cliché, presa de un gran entusiasmo, me señaló una criatura con muy mal aspecto y aseguró que se trataba de un perro longaniza. Fornid juró y perjuró que de ninguna manera era un perro longaniza, sino un bochorno de lanas, aunque tal vez fuera uno de sus peculiares chistes; su sentido del humor deja mucho que desear. Un día me dijo que lo perseguía un mar de dudas, lo que obviamente era ridículo. Pero es buena gente.

Como es natural, todos nos moríamos de ganas de avistar al atroz hombre de las nieves, del que tanto se ha escrito. Fue Testarazzo el primero en ver a esta criatura en 1928, cerca de la cumbre del Cruda Raró. Lo describe como un ser antropomorfo de unos 7 pies de altura, recubierto por un pelaje azul y dotado de tres orejas. Al parecer emitió un silbido mínimo y huyó con una celeridad increíble. La siguiente toma de contacto de la que se tiene constancia se produjo durante la expedición bávara de reconocimiento del Vaya Valla, en 1931. En esa ocasión lo vieron nada menos que tres personas a una altura de 25.000 pies. Si bien las impresiones de cada uno se contradicen en gran medida, todos estuvieron de acuerdo en que el bicho llevaba pantalones. En 1933 Pie O’Palla y Cargh Athintas encontraron pisadas en un talud nevado por encima del Zancadí La y, al año siguiente, Mac Arron oyó gruñidos a 30.000 pies de altura. No se registraron más datos hasta el año 1946, cuando Bolingary tuvo la gran suerte de ver de cerca a la criatura. Según contó, carecía por completo de pelaje o vello y semejava un humano de estatura normal. Llevaba taparrabos y hablaba consigo mismo en bordeistaní con un marcado acento de Birmingham. Cuando se percató de la presencia de Bolingary, pegó un brinco hasta lo alto de un risco y desapareció.

Tal era la escasa información recabada hasta la fecha, y todos nos moríamos de ganas de contribuir con nuestro granito de arena. El que más ganas tenía era O’Jalah, que debía de alimentar en secreto el sueño de incluir el *Eoanthropus O’Jalai* en el árbol genealógico de la humanidad. Nuestro científico pasaba gran parte de su tiempo en la zona de las nieves perpetuas, examinando cualquier marca que pudiera llegar a ser una pisada; sin embargo, pese a oír gruñidos, silbidos, suspiros, gorjeos y, hasta en una ocasión, farfullos, no encontró prueba concluyente alguna. Su entusiasmo languideció notablemente tras pasarse todo un día siguiendo durante millas unas huellas por la falda de una montaña traicionera, solo para descubrir después que estaba siguiendo el rastro que había dejado un porteador aleccionado por Fornid.

Los porteadores eran de natural soso. Para ellos el montañismo era un negocio, nada más. Habíamos pactado una jornada de ocho horas, por la que cada uno recibiría cinco *oolonguis* cinco (37 centavos y medio). Por nada del mundo aceptarían hacer horas extras, salvo por dinero. Cuando la marcha se detenía, se acuclillaban en grupos y fumaban un tabaco infame llamado *atufo*. Su actitud era hosca hasta decir basta; difícilmente puede imaginarse una cuadrilla con un aspecto más desolador. Era tal el contraste con lo que Constant nos había contado de ellos que me sentí en la obligación de mencionarle el asunto con suma delicadeza. Me explicó que estaban acostumbrados a vivir en cotas superiores a los 20.000 pies y que, en consecuencia, sus buenas cualidades no empezaban a manifestarse hasta superada esa altitud; aseguró que irían mejorando conforme subiéramos y que alcanzarían su pico de dignidad y alegría imperturbables a los 40.000 pies. Era un alivio saberlo.

Del desempeño de sus tareas como porteadores no podíamos tener queja alguna. Aunque eran menudos —pocos superaban los 5 pies del altura—, eran casi tan anchos como altos y muy robustos. Cada uno llevaba una carga de 1.000 libras. Todo elogio es poco para el trabajo de los porteadores, sin los cuales la expedición habría estado condenada al fracaso.

El único que no valía su peso en *oolonguis* era el cocinero, que se llamaba Puag. De los tres mil bárbaros, era probablemente el de aspecto más reprobable y pasmoso. Tenía los rasgos faciales achatados, muy peculiares, como si le hubieran aplastado la cara contra una superficie plana estando todavía blanda. Este mismo achatamiento parecía habersele extendido hasta el alma, pues es imposible imaginar un individuo más taciturno, impasible y desabrido. Su cocina era un reflejo de su personalidad. Daba igual las tentadoras delicias que sacara de sus latas, el resultado final era invariablemente un revoltijo marrón parduzco de aspecto descorazonador que había que comer con una cuchara bien recia y que estaba empedrado por los grumos más asquerosos del mundo. Que sobreviviéramos a sus atenciones ha de verse como un triunfo del espíritu sobre la materia, pues sufrimos de indigestión noche y día. Todos los intentos por apartarlo de los fogones cayeron en saco roto. A la menor insinuación de que no estábamos encantados de la vida con sus repugnantes mejunjes le entraba un extraño frenesí y nos amenazaba con unos cuchillos.

El *pimplang* o no pudo o no quiso hacer nada por destituirlo; tal vez existiera algún acuerdo sindical a la sazón. Fuera como fuese, tuvimos que tragar con Puag. Nuestras ganas de medir fuerzas con el Kurda Rarí estuvieron en gran medida espoleadas por el deseo, que pronto se convirtió en una obsesión, de desembarazarnos de él. Mientras marchábamos, me sumía en largas ensoñaciones en las que Fornid y yo cocinábamos en un vivac deliciosos ágapes mientras, abajo, en el campamento base, Puag, frustrado, se tiraba de los pelos.

Pasamos por muchas aldeas cuyos habitantes eran invariablemente huraños y

antipáticos, salvo cuando Constant hacía sus acercamientos, que se volvían hostiles. Nos explicó que no eran un buen ejemplo de los autóctonos, pues pertenecían a una clase degenerada que, atraída por las bondades de vivir en cotas inferiores a los 20.000 pies, había perdido toda moral, así como la dignidad y la alegría propias de los nativos. He de señalar en este punto que no encontramos señales de vida en cotas superiores a los 20.000 pies. Según Constant, esto tenía su explicación en que nuestra trayectoria se apartaba de las rutas comerciales.

Cliché estaba ansioso por conseguir buenas tomas de nuestro avance. Para ello, necesitaba adelantarse al resto y montar las cámaras antes de nuestra llegada. Lo que sobre el papel parecía un plan sencillo resultó más complicado de lo esperado. Tres veces lo intentó y tres veces fue incapaz de armar todo el equipo antes de que llegásemos a su altura, y todo lo más que pudo hacer fue recoger aprisa y corriendo y alcanzarnos antes del anochecer.

Otro día partió especialmente temprano y no volvimos a verlo hasta la mañana siguiente, cuando apareció tambaleándose en el campamento, justo en el momento en que nos disponíamos a reemprender la marcha. Al parecer habíamos tomado rutas distintas. Esto le supuso un día de retraso, pues consideró necesario recuperar el sueño perdido. No nos alcanzó hasta pasada una semana, y entonces se adelantó y pasó la noche en vela para no despistarse ni un momento. Logró grabar la totalidad del cortejo mientras pasábamos y todo el mundo se alegró por él. Fue toda una calamidad que la cámara tridimensional escogiera esa ocasión para desarrollar diplopía.

A diario esperábamos alcanzar a Selvat, pero seguíamos sin ver rastro alguno de la ruta por la que se había adelantado. Al vigésimo día nos adelantó un mensajero con el siguiente mensaje: «Capturado por bandoleros. Envíen cincuenta *oolonguis* millones rescate. Selvat».

Al trigésimo día, otro mensajero nos entregó el siguiente mensaje: «Repito. Capturado por bandoleros. Envíen cincuenta *oolonguis* millones. Selvat».

Concluimos que el primer emisario debía de haberse esfumado con el dinero. Tras considerarlo detenidamente, llegué a la conclusión de que no podía confiar en la honradez de aquel pueblo y le pedí a Propens, quien ya estaba plenamente recuperado de su acceso de varicela, que acompañara a aquel correo. Al cuadragésimo día Selvat nos alcanzó en solitario con una petición de rescate por Propens de cincuenta *oolonguis* millones.

Fue la gota que colmó el vaso. Decidí que las finanzas de la expedición no podían seguir soportando tales exigencias. En consecuencia, envié un emisario de confianza con el siguiente mensaje: «Se siente. Bancarrota. Contacte embajada». Al quincuagésimo día, Propens nos alcanzó. Al poco de ser atrapado por los bandoleros, había contraído una neumonía doble que, agravada por una tos galopante, había resultado semejante incordio para sus captores que habían decidido soltarlo. Daba pena verlo: sin afeitar, con el pelo apelmazado y los ojos desencajados; sus ropas se

habían convertido en jirones y había perdido las suelas de las botas. Tenía paperas.

Fornid, quien pasaba gran parte del día dormitando en un palanquín llevado por porteadores —en un intento por superar su laxitud altiplánica—, se despertó una tarde entre gritos. Había soñado que la expedición estaba muriéndose de hambre en el Kurda Rará. Sacó entonces las cuentas que había hecho y las repasó detenidamente. Era lo que se temía: debido sin duda a su acceso de laxitud londinense, había olvidado calcular la comida para el viaje de vuelta. Al concentrarse exclusivamente en el objetivo de que dos hombres coronaran el Kurda Rará, no había pensado en que también tenían que regresar.

Comprendí que aquel trance ponía a prueba todos mis recursos como jefe. Llevé a solas mi carga durante una semana, sin decirle nada a nadie, mientras intentaba encontrar una solución. Al final me vi en la obligación de revelar la situación de emergencia en la que nos encontrábamos. O’Jalah miró de soslayo a Fornid —y me complace pensar que incluso en un brete así al menos uno de nosotros fue capaz de acordarse por un momento del desdichado responsable— y empezó a hurgarse la uña del dedo pulgar.

—La solución es bien sencilla —anunció este—. Quedémonos con tan solo 153 porteadores y 19,125 niños. Con la comida que ahorraremos, tendremos para sobrevivir.

Los cálculos resultaron ser correctos. Constant se encargó de arreglarlo todo con los porteadores. El tumulto resultante duró una semana, durante la cual nuestro intérprete temió de continuo por su vida. Al final no pudimos permitirnos seguir alimentándolos ni un día más y nos vimos forzados a pagarles lo que exigían, un auténtico disparate. El único rayo de esperanza era librarnos de Puag pero, por alguna razón que se me escapa, no fue posible. Constant comentó que a veces dudaba de que el *pimplang* no tuviera algún interés particular en Puag; considero, no obstante, que es una visión de un cinismo innecesario.

Al cabo de un mes pisamos la cumbre del Chíncha Rabí y nos vimos ante el macizo del Kurda Rará, el último baluarte de la Naturaleza contra el espíritu de conquista humano. La gran montaña, que se levantaba majestuosa contra un cielo despejado, sobrecogió los corazones de las insignificantes criaturas que pronto iban a tener la presunción de pisar aquellos temibles taludes. ¿Qué pluma podría describir nuestras sensaciones al contemplar el macizo del Kurda Rará desde la cumbre del Chíncha Rabí?

Me permito ahora dejar por un momento a un lado la expedición, detenida en la cumbre del Chíncha Rabí, ante el macizo del Kurda Rará, para describir el perfil de la prodigiosa montaña y los hechos históricos que nos habían llevado hasta el Chíncha Rabí.

La montaña fue descubierta durante la guerra por unos aviadores de las fuerzas

aliadas. Diversos informes recogieron estimaciones de su altura, que oscilaban entre los 30.000 y los 50.000 pies. En 1947 se envió una partida de reconocimiento comandada por Van Bolea con órdenes de localizar la montaña, verificar su altura e investigar posibles rutas hasta la cumbre. Las expediciones subsiguientes sirvieron para recabar más datos pero el nuestro era el primer intento serio de escalar la montaña.

El macizo del Kurda Rará tiene la forma de una letra M del revés. La cima comprende dos picos: el Kurda Rará propiamente dicho y el Rará Norte; este último se encuentra al oeste de la verdadera cumbre. Las distintas estimaciones sobre la altura de la verdadera cumbre varían sensiblemente pero, si se hace una media a partir de estas cifras, es posible afirmar sin temor a equivocarse que la cumbre del Kurda Rará se encuentra a 40.000 pies y medio por encima del nivel del mar.

La principal cadena del macizo se extiende en dirección norte-sur y está horadada por los cauces de dos ríos, el Alalbur y el Calambur, que dividen la cadena en tres partes, delimitadas por cañones de unos 20.000 pies de profundidad. La verdadera cumbre está situada en la parte central, mientras que el Rará Norte, pese a distar poco más de 1 milla, queda separado por el cañón del Calambur. De cada cima surge una cornisa en dirección norte-este y ambas se cruzan en un paso conocido como el Collado Sur (25.000 pies). La pared norte del Collado Sur desciende por el glaciar Chíncha, que serpentea por la cara sudeste de la montaña hasta describir una curva cerrada en dirección noroeste. Del frente del glaciar surge el río homónimo, el Chíncha, que discurre hacia el norte tras cruzar el cañón del Alalbur, a unas 3 millas pasada la divisoria de las aguas. El último palito de la M del revés lo completa la cadena meridional del valle del Chíncha, que se cruza con la cadena central del macizo en un punto a unas 2 millas al oeste de la verdadera cumbre.

Nuestro plan era el siguiente: estableceríamos el campamento base en el circo del glaciar, a una altura de 20.000 pies, y allí permaneceríamos unos días para aclimatarnos. Durante ese intervalo se enviarían partidas de reconocimiento a la pared norte, que da acceso al Collado Sur, el punto donde se instalaría el campamento base avanzado; hacia la mitad de la pared haría falta otro campo intermedio. De ahí a la cumbre iríamos estableciendo campamentos en las localizaciones más propicias. En un principio nuestro plan era acampar a intervalos de 2.000 pies, una vez rebasada la base avanzada, y montar el último campamento —el VII— a 39.000 pies, solo 1.500 pies por debajo de la cumbre. Todos los campamentos se aprovisionarían con reservas para dos semanas, lo que dejaba un amplio margen de seguridad en caso de inclemencias climáticas.

La gran pregunta era: ¿se dejaría la montaña? Van Bolea había escrito en 1947: «La montaña es difícil, rigurosa incluso, pero se dejará». Posteriores partidas de reconocimiento habían cuestionado si la pared norte se dejaría o no, pero el veredicto final había determinado que sí. El propio Van Bolea había resumido la opinión imperante: «Con espíritu de equipo y buenos porteadores, la montaña se dejará».

Todo el mundo sabe ya que fue así. Gran parte de mi satisfacción se debe a haber podido corroborar la opinión de Van Bolea.

Con todo, en la cima del Chíncha Rabí nos sobrecogió la visión de aquel prodigioso bastión que alzaba su majestuosa cabeza contra el cielo despejado. Estábamos allí plantados cuando Constant habló por todos nosotros:

—Tiene el porte de una diosa, como si desafiase a todo aquel que cometa el sacrilegio de pisar su immaculado santuario.

Se elevó un murmullo de consenso. En ese momento nos sentimos muy pequeños ante la inmensidad de la empresa que nos habíamos propuesto y, por una vez, elevé una ferviente súplica para que no me fallaran las fuerzas en el suplicio que teníamos por delante. En momentos así, un hombre se siente muy cerca de sí mismo.

Estuvimos allí, cerca de nosotros mismos, hasta que el ocaso, ese pintor supremo, acarició las nieves perpetuas de aquel prodigioso bastión con sus pinceles rosados y la montaña se convirtió en una visión que pocos ojos humanos han contemplado. Nos volvimos en silencio y nos abrimos paso por la penumbra acechante hasta el abrigo del valle donde haríamos noche.

El glaciar

Dos días después llegamos al frente del glaciar y abordamos el largo tramo que nos separaba del campamento base. Era la primera vez que avanzábamos en cordada. Selvat se adelantó para marcar la ruta con Cliché, que tenía la intención de filmarnos desde una buena localización. Iban acompañados de 10 porteadores, que llevaban la cámara y todos los accesorios. Los seguían Fornid y O'Jalah. El primero sufría de laxitud glaciar pero era de esperar que se aclimatara en breve. Tras sus pasos iban Constant y Propens. Este último había contraído la rubeola pero estaba en las mejores manos, las suyas. Los porteadores se distribuyeron entre los diversos grupos. Yo me quedé rezagado para meditar un rato sobre las responsabilidades del liderazgo y, así, me encargué de cerrar la marcha.

El glaciar tenía más de 1 milla de ancho y estaba surcado por profundas grietas y salpicado de innumerables *seracs*, la mayoría de entre 20 y 30 pies de altura. Era un auténtico laberinto. Incluso los picos más altos estaban ocultos a la vista.

Tras varias horas de marcha me complació ver enfrente de donde me encontraba el equipo de grabación, completamente operativo y con Cliché a la manivela. Lo dejé empaquetando sus cosas con la ayuda de los porteadores y seguí adelante. Al cabo de una hora, cuál fue mi sorpresa al volver a verlo, de nuevo operando la cámara. Llegué a la conclusión de que el fotógrafo debía de haberme adelantado sin que yo me diera cuenta —cosa harto factible— y me alegré de poder felicitarlo por su energía. Me miró sorprendido y me juró que no se había movido del sitio desde que había plantado la cámara hacía más de una hora. Me disponía a recordarle que aquel no era ni el momento ni el lugar para andarse con tales agudezas cuando, de pronto, me quedé petrificado al oír un grito tras de mí. Figúrense mi asombro al ver que había salido de boca de Selvat, quien, en lugar de ir en cabeza, se había quedado obviamente rezagado y había sido adelantado por el resto. Tras sus pasos llegaron unos cuantos porteadores, en una larga fila dispareja, y al poco, para asombro de todos, aparecieron Fornid y O'Jalah.

He de admitir que mi desconcierto fue mayúsculo. Viví uno de esos momentos en que uno duda de su propia cordura. Había visto con estos mismos ojos cómo los cuatro hombres que estaban conmigo en esos instantes partían por delante de mí. De ellos, yo había adelantado a Cliché, quien, sin embargo, había vuelto a aparecer en mi horizonte, mientras que los otros tres, a quienes no había rebasado en ningún momento, habían llegado tras mis pasos. Era un esfuerzo demasiado grande para la imaginación creer que nos habíamos rebasado los unos a los otros sin darnos cuenta y, menos aún, en una travesía tan complicada.

La pregunta era: ¿dónde estaban Constant y Propens?

Fue Cliché quien nos brindó la respuesta.

—¡Selvat, será zoquete! —exclamó—. ¡Ha estado usted dando vueltas en círculo!

En el acto lo vi todo claro: estábamos repartidos por la circunferencia de un círculo, y todo el mundo seguía a todo el mundo. Cliché se había dedicado a filmarnos sin molestarse en identificarnos al pasar, y todos habíamos completado dos vueltas. Si no hubiera sido por él, que era el único hito reconocible en nuestra ruta, podríamos haber seguido así todo el día.

La confirmación de esto no tardó en llegar con la aparición de Constant y Propens. Creo que debían de sufrir de sordera de altura porque estaban gritándose como si estuvieran a media milla de distancia y no en extremos opuestos de una misma cuerda. Me felicité por cómo había dispuesto los grupos: para que dos hombres fueran capaces de mantener una conversación animada tras varias horas de dura caminata a 15.000 pies, tenían que ser sin duda espíritus afines. Una de las recompensas más sustanciosas del liderazgo es recoger los frutos de los manejos que uno hace del elemento humano.

Decidí que la ocasión se prestaba a un alto y, ante una copa de champán, discutimos sobre las razones de nuestro error. Les pedí a todos que dieran su opinión sin ambages pero sin caer en susceptibilidades. Creo firmemente que la amistad entre los hombres se ve reforzada cuando se encara la verdad en grupo, mientras que si no se afronta, a la larga acaba generándose desconfianza.

Fue una experiencia muy positiva oír las distintas respuestas a mi petición. Cliché se mostró especialmente franco, y eso, pensé, era una buena cualidad en quien habría de ser el compañero constante de Selvat.

Lo que ninguno de nosotros llegó a entender fue cómo este último, valiéndose de una brújula —porque aseguraba que había usado una—, se las había arreglado para dar vueltas en círculo. Fue Cliché quien una vez más resolvió la incógnita cuando le pidió a Selvat que le demostrara su método. Se alejaron juntos y pronto también ellos se pusieron a discutir el asunto a voz en cuello. Era extraño, pero ese día la sordera de altura estaba causando estragos, pensé.

Cuando regresaron, Cliché nos dio la respuesta.

—Al muy bruto se le ha olvidado quitarle el seguro a la brújula —nos contó—. No me extraña que señalara siempre el norte, fuera adonde fuese.

—Son cosas que pasan —apunté.

Sé por experiencia que un hombre siempre se supera cuando siente la confianza de los demás. Nada mina más la seguridad en uno mismo que el recelo de quienes están por encima. Habría sido letal para la expedición permitir que Selvat dudara de sí mismo, por no hablar del efecto a largo plazo durante el resto de su vida. No me vanaglorio de mi tolerancia; tales cosas son la esencia del liderazgo: o se tienen o no se tienen.

Por esta razón, tras la pausa, volví a mandar a Selvat que se pusiera a la cabeza

del grupo, confiando en que no caería dos veces en el mismo error.

Y no cayó en ninguno. Cuando llevábamos caminando unas cuatro horas encontré al grupo al borde de una grieta enorme: a todos menos a Selvat, que estaba al fondo. La brújula lo había dirigido hasta allí y, en lugar de dar un largo rodeo por un camino de destino dudoso, había insistido en que lo bajaran a la grieta con la intención de tallar escalones por la otra cara para subir. Llevaba dos horas allí abajo y nadie sabía a ciencia cierta si progresaba o no, pues su voz reverberaba con el eco y llegaba a la superficie en un coro indescifrable. Por lo que sabían, podía estar totalmente atrapado.

En trances como aquel es donde se manifiesta la verdadera naturaleza de un hombre. La pátina de modales y sofisticación que le permite valerse en el mundo civilizado no sirve de nada en esos instantes. O se tiene un corazón de roble, o revelará alguna grieta o tacha, alguna debilidad que lo traicionará a él y a sus camaradas. Me alegra poder dejar constancia aquí de que en aquella situación de emergencia todos y cada uno de los miembros del equipo salieron airoso. Tal vez no sea exagerado decir que, durante las etapas finales del asalto, cuando las cosas estaban más negras que nunca y solo la fortaleza de carácter se interponía entre nosotros y la destrucción, la confianza generada por ese temprano incidente aportó la última onza de esfuerzo necesaria para hacernos cantar victoria.

Por supuesto, cada uno afrontó el trance a su manera. Fornid, con la *sang froid* de un Napoleón, aprovechó la ocasión para recobrar fuerzas —minadas por la laxitud glaciara— mediante una siesta. O’Jalah se dedicó a hervir un trozo de hielo sobre un infiernillo con la idea de determinar el punto de ebullición del hielo. Cliché había desmontado las lentes de la cámara y se dedicaba a corregirlas según el índice de refracción reducido de la atmósfera enrarecida. Constant estaba mejorando su conocimiento del idioma en un concurso de gritos con el *pimplang*. Y Propens estaba tratándose por unos ganglios hinchados, que sospechaba que eran solo la punta de algún iceberg.

No tengo problemas en admitir que el comportamiento de mis compañeros en aquel brete me ha servido de ejemplo e inspiración en más de una ocasión en que me he visto acechado por el pánico. El sosiego que demostraron supuso para mí una lección de humildad, mientras que no pude por más que emocionarme ante la confianza que sin duda depositaron en mí, como aquel en quien recaía la responsabilidad. Sabían que no les fallaría.

Pero se nos echaba el tiempo encima. Si queríamos rescatar del aprieto a Selvat antes del anochecer, había que hacer algo, y rápido. Era obvio que alguien tenía que bajar a por él, pero ¿quién? Gracias al incidente de aquella mañana, tuve la respuesta: el privilegio de arriesgar la vida por su amigo debía recaer única y exclusivamente en Cliché.

Mucho dice de la modestia de este el empeño que puso en cederle a otro ese honor. Pero no iba a permitirle que renunciara a lo que realmente deseaba, y pronto lo

tuvimos colgando de una cuerda.

Después de descender un tramo, desapareció de nuestra vista y su voz se volvió tan incoherente como la de Selvat. Fuimos bajándolo hasta que la cuerda quedó suelta y nos quedamos entonces a la espera para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Al cabo de unos minutos caí en la cuenta de que ya eran dos los hombres que teníamos en el fondo de la grieta sin que por ello hubiéramos progresado lo más mínimo. No lográbamos comunicarnos con ninguno de los dos y no nos atrevíamos a tirar de la cuerda por miedo a lastimarlos.

La situación era desesperada.

Fue Fornid quien, al despertarse y encontrarnos en esa tesitura, nos brindó la solución:

—Bajen un walkie-talkie —propuso—. Llevamos todo el camino cargando con esos trastos dichosos; saquémosles partido de una vez.

Fue una sugerencia brillante. Decidí, por tanto, que Fornid hiciera los honores y bajara con un radiotransmisor. Al igual que Cliché, en un principio su modestia le hizo declinar el privilegio, pero yo insistí. Al poco, también él se perdió de nuestra vista. Juraría que sus últimas palabras fueron algo parecido a «mantener esta bocaza del demonio cerrada en el futuro»; pero era imposible que hubiese dicho aquello, a no ser que, por supuesto, se tratara de otra de sus incomprensibles ocurrencias.

O’Jalah encendió otra radio y nos quedamos a la espera con el corazón en vilo. No ocurrió nada. Me sobrevino una sospecha terrible.

—¿El transmisor funciona bien? —pregunté.

—¿Y cómo cuernos quiere que lo sepa? —contestó O’Jalah—. El experto es Selvat.

Tenía razón: ninguno de nosotros sabía utilizar la radio. Selvat tenía que habernos enseñado en nuestra reunión en Londres pero su irremediable ausencia lo había impedido.

No quedaba otra alternativa: O’Jalah debía descender. Una vez abajo, le pediría a Selvat que anotara las instrucciones y las atara a un cordel, del cual se llevaría un extremo.

Allá que bajó; y allá que subió, tal y como cabía esperar, el mensaje: «Baterías sin instalar. Guardadas en uno de los bultos, Fornid no sabe en cuál. Bajen champán».

Eso no pasaría jamás, resolví. Debíamos abrir algún tipo de comunicación. Garabateé un mensaje —«Por favor, díganme qué hacer»— y lo até en torno al cuello de la botella de champán, que rodeé a su vez con el cordel y bajé por la grieta. Dejé pasar cinco minutos para que pudieran responder y tiré del cordel. El mensaje decía: «Bajen otra botella».

Espero que no me crean más severo de la cuenta por pensar que fue una respuesta desconsiderada; me gustaría pensar que, al menos, se me puede perdonar por pensarlo en aquel momento. Sin embargo, no quería parecer dictatorial y decidí hacer lo que se

me había pedido y enviarles la botella con otro mensaje: «Les ruego encarecidamente que se pongan en mi lugar. Debemos usar todos los medios posibles para sacarlos del aprieto. Por favor, aconsejen a más no tardar».

De vuelta apareció lo siguiente: «A fecha de hoy para entrega en mano. Selvat acuciado por vértigo. Absolutamente imperativo que envíe cuatro botellas de champán en el acto o no respondemos de las consecuencias».

Aquello, claro está, arrojaba una luz muy distinta sobre el tema, y me arrepentí de haberlos juzgado con tanta premura. Desde entonces he hablado del asunto con Van Bolea, quien me ha confirmado mi opinión original de que el primer mensaje tal vez no perteneciera a la mejor tradición; con todo, en aquel momento, deseoso de enmendarme por mis sospechas infundadas y desconsideradas de que no había justificación alguna para pedir una segunda botella, tal vez pequé de indulgente. Debo admitir abiertamente que el mensaje estaba justificado; nosotros —esto es, Van Bolea y yo— lo único que ponemos en entredicho es la manera en que se transmitió, sin que se tuviera en cuenta la dificultad de mi posición. Así y todo, me resulta difícil, estando como estaba yo en tierra firme, poder juzgar los sentimientos de los de abajo. Quizá, después de todo, sí que fui injusto con ellos; si es el caso, presento aquí mis más sinceras disculpas.

Naturalmente, cumplí sin más demora la última petición urgente y acompañé el champán con otra exigencia de instrucciones.

El siguiente mensaje decía: «Selvat presa de convulsiones. Bajen a Propens con cinco botellas».

Aquello me alarmó mucho más de lo que me gustaría reconocer. Tenía la impresión de que champán era lo último que debía prescribirse para las convulsiones. Pero, cuando le leí el mensaje, Propens, quien, pese a estar enfermo, hizo de su capa un sayo en un gesto que le honra y por primera vez en semanas pareció casi animado, me aseguró que eso era justo lo que había que hacer. Sin más, lo mandé para abajo.

Les concedí un tiempo para que debatieran la situación antes de volver a tirar del cordel. Apareció una botella vacía con este mensaje alrededor del cuello: «¡Tapón va!».

En ese preciso instante empezaron a surgir unos extraños sonidos de la grieta. Al principio no daba crédito a mis oídos pero, al final, me vi en la obligación de concluir que mis camaradas estaban ¡cantando! Gracias a mis conocimientos del cancionero popular británico, fui capaz de identificar, con cierto grado de certeza, la música de «My Darling Clementine», si bien, al reverberar con el eco, sonaba más bien como un coro numeroso entonando una especie de «Clementine» en fuga. El resultado era ciertamente grato y me congratulé porque mis amigos no hubieran perdido el ánimo; con todo, salvo que la canción estuviera pensada como un mensaje cifrado, no me sirvió de mucha ayuda en mi dilema. Me temí que, aunque estuvieran poniendo al mal tiempo buena cara, mis compañeros se encontraran en una situación de gran peligro.

Por lo que parecía, Constant era de mi misma opinión.

—¡Me necesitan allí abajo! —exclamó.

Y, antes de darme tiempo a comprender lo que tramaba, el muy corajudo se guardó varias botellas en los bolsillos, aseguró la cuerda a un carámbano y desapareció de mi vista grieta abajo.

El tiempo pasó y los cánticos prosiguieron. Subí y bajé el cordel varias veces pero no apareció mensaje alguno. Me encontraba al borde de la desesperación. Seis vidas humanas dependían de la claridad de mi cristalino raciocinio y la eficacia de mis acciones; pero me hallaba en un punto muerto. Mi instinto me decía que bajara yo mismo por la grieta, aunque fuera solo para perecer junto a mis colegas; sin embargo, eso nos dejaría sin comunicación alguna con la superficie.

Ya hacía un buen rato que los porteadores se habían acomodado sobre sus bultos y fumaban su inevitable pipa de atufu. De ese sector poca ayuda podía esperar.

O eso pensaba yo. Iba a recibir, no obstante, una lección sobre las cualidades inestimables del porteador yoguistaní, sin las cuales se nos habría negado el éxito de la expedición. El *pimplang*, quien por cierto respondía al nombre de Pim Pling, se puso en pie de pronto y se acercó a la grieta, llevando con él a un porteador menudo pero de una robustez y una fortaleza increíbles que se llamaba Ta Pong. Sin mediar palabra, este cogió el cabo de una cuerda y bajó por la grieta con la ayuda de Pim Pling. La cuerda apenas se había aflojado cuando desde abajo nos llegó un penetrante silbido. En el acto Pim Pling empezó a recogerla de nuevo, y figúrense mi asombro y mi alivio al ver que Ta Pong volvía sano y salvo a la superficie, agarrando a Fornid de la chaqueta con su poderoso puño. Mi hombre, que pendía como un monigote, estaba cantando alegremente el estribillo del «Song of the Volga Boatmen»... como no podía ser de otra forma.

Fue de lo más sencillo. Mis compañeros fueron acarreados uno por uno de vuelta a la superficie, y nos regocijamos en el reencuentro. No me avergüenza reconocer que derramé una lagrimita en silencio. Selvat, dejándose llevar sin duda por el alivio de haberse librado por los pelos —si bien quiero pensar que una pequeña parte de sus sentimientos era auténtico afecto—, me dio un palmotazo tan fuerte en la espalda que me caí de culo; y O’Jalah, algo mareado tras el suplicio, creyó al parecer que debía informarme lo antes posible de que había medido la profundidad de la grieta y el resultado era de 153 pies. Aquello, por alguna razón que se me escapa, le parecía descacharrante.

Una vez que todos menos Constant estuvieron de vuelta sanos y salvos en tierra firme, Pim Pling y Ta Pong regresaron con sus camaradas. Era evidente que se habían olvidado de nuestro intérprete o, tal vez, no supieran contar hasta seis. Me acerqué al grupo de porteadores y me las vi y me las deseé para hacerles entender por señas lo que estaba pidiéndoles. Por toda respuesta no recibí más que caras de póquer. Era evidente que su escasa inteligencia les impedía captar lo que yo quería decir. Alineé al resto del equipo, dejando un hueco en el medio, y señalé primero el hueco y luego

hacia la grieta, para a continuación pasar a remedar los movimientos de subida y bajada de una cuerda y del saludo de recibimiento de un compañero rescatado del abismo. Todos asintieron animadamente —hubo quienes incluso aplaudieron—, aunque nadie movió un dedo. Repetí toda mi actuación, pero no se dieron por aludidos y se dedicaron a dar caladas a su atufo como si todo fuera de lo más normal.

Los miembros del equipo, que habían formado una cadena humana cogidos por los hombros, se pusieron a brincar de un lado a otro sobre el hielo, sin romper filas, cual hilera de coristas, al son de «Don't Put Your Daughter On The Stage, Mrs Worthington». Los pobrecillos seguían ligeramente enajenados por los efectos del suplicio padecido.

Estaba a punto de rendirme a un pánico poco heroico cuando Pim Pling se puso en pie, se me acercó, clavó en mí una mirada voluptuosa de lo más reprobable y se rascó la palma de la mano con el índice de la otra. Lo hizo con una parsimonia odiosa, como si el gesto escondiera algún significado esotérico.

Fue horrible. Por un instante creí francamente que intentaba embrujarme. Uno nunca sabe qué puede pasar por la mente de gentes tan primitivas. Al fin y al cabo, estábamos en el misterioso Oriente. ¿Quién sabía lo que podía pasar?

Mis compañeros detuvieron su danza y formaron un corro a mi alrededor. Recurrí a ellos en busca de consejo. ¿Qué pretendía el capataz que hiciera?

Fue Fornid quien me lo explicó, si bien no acierto a imaginar cómo llegó a entenderlo.

—Úntelo, hombre de Dios, úntelo.

Lo miré perplejo. ¿Qué debía untar yo y por qué?

Por suerte Fornid tomó las riendas de la situación. Para mi asombro sacó un *oolongui* (7,5 centavos) y se lo ofreció a Pim Pling. Este último sacudió la cabeza y se rascó la palma con más fuerza. Fornid sumó otro *oolongui*, con el mismo resultado.

La escena me recordó inmensamente a cuando alguien regatea por el precio de algo. Constant me lo explicó más tarde. Al parecer, el número seis es sagrado para los yoguistaníes: la sexta vez que ocurre algo recibe un trato especial; el sexto día es el de descanso; el sexto hijo se destina al sacerdocio; la sexta pipa de atufo se fuma en honor del abuelo paterno, y así, mil cosas más. Sin embargo, el ritual prescriptivo puede obviarse siempre y cuando se haga una ofrenda adecuada a los dioses. En ese caso en particular, se habían salvado cinco vidas; los dioses se habían visto privados de la presencia de cinco europeos; negarles a un sexto habría sido un sacrilegio de lo más insultante, y solamente una generosa ofrenda monetaria podía solventar el asunto.

El regateo se alargó. Era evidente que el *pimplang* era una persona muy religiosa, pues defendió incondicionalmente los derechos de sus dioses. La cifra final fue de mil *oolonguis* mil (3 libras, 2 chelines, 60 centavos). En cuanto se formalizó el pago, el *pimplang* se acercó a la grieta con Ta Pong tras él. Sin embargo, aquel movimiento

no pareció gozar del favor de los demás porteadores, que habían estado gesticulando y gritando durante todo el regateo. Corrieron en pos de Pim Pling y Ta Pong, los rodearon y, al instante, se pusieron a chillar a voz en grito.

La disputa se alargó unos minutos. Era evidente que los porteadores estaban en contra del rescate; sin duda sus mentes supersticiosas seguían intranquilas, pese a la generosidad de la ofrenda.

Por fin, para gran alivio de todos nosotros, pareció ganarles la partida. El barullo no tardó en apaciguarse hasta convertirse en un rugido moderado y los dos rescatadores se abrieron paso entre la turba. En un visto y no visto nos devolvieron a Constant en un estado bastante pasable para la aventura vivida, a excepción de un angustioso ataque de hipo. En ese momento comprendí que ya era hora de detenerse para la noche y di órdenes de que montaran el campamento. Nos metimos en el sobre como un grupo feliz y unido.

Con las primeras luces del alba, me desperté con la vaga sospecha de que había habido intenciones veladas en aquel episodio. ¿Por qué, por ejemplo, el dramático rescate no se había llevado a cabo hasta que fue demasiado tarde para reemprender la marcha? En el acto aparté de mi mente tan innobles pensamientos, y si ahora los menciono es solo como prueba de las secuelas que puede dejar la altura por culpa de la atmósfera enrarecida.

A la mañana siguiente nadie se encontraba en condiciones de viajar. Fornid, a resultas del mayúsculo esfuerzo realizado el día anterior, había vuelto a caer víctima de la laxitud glaciara, mientras que Propens se vio postrado por un agudo ataque de cosquilleo galopante. Los demás se quejaron de depresión glaciara y urgieron al médico para que les prescribiera champán. Por desgracia, este se encontraba demasiado enfermo para atenderlos y yo no quise asumir por mi cuenta la responsabilidad de administrarles una medicina tan potente.

Huelga aclarar que, si llevábamos champán, era únicamente con fines medicinales.

Yo estaba deseando avanzar hasta el campamento base. Ya acumulábamos cierto retraso respecto al programa. Por lo demás, mientras permaneciéramos en el glaciar, cabía la posibilidad de que en cualquier momento se abriese una grieta a nuestros pies y todos nos precipitáramos al abismo. Di, por tanto, la orden de levantar el campamento.

Mis compañeros fueron cargados a las espaldas de fornidos porteadores, y yo mismo, sintiéndome algo traspuesto por las recientes experiencias emocionales, me permití ser transportado también de esta guisa. Pim Pling, el *pimplang*, que había demostrado ser muy resolutivo en el incidente de la grieta, fue enviado por delante para marcar la ruta. El día transcurrió sin incidentes. Me desperté a mediodía y me encontré con el vasto precipicio de la pared norte cerniéndose sobre nosotros.

Habíamos llegado al campamento base.

El campamento base

En el campamento base nos entregamos a la misión de prepararnos para la labor que teníamos por delante. Lo primero era aclimatarse. El problema de sacar lo mejor de sus hombres es siempre uno de los más complejos a los que ha de enfrentarse un jefe de expedición que se precie. Puede dividirse en tres aspectos, que abordaríamos bajo los siguientes epígrafes: fatiga, aclimatación y enfermedad. La cuestión de la fatiga es divisible por dos: si un hombre se esfuerza más de la cuenta, se cansa; si se esfuerza menos de la cuenta, se vuelve perezoso. La cuestión de la aclimatación es divisible por tres: en primer lugar, un hombre ha de pasar cierto tiempo en altura antes de poder rendir; en segundo, si permanece en altura demasiado tiempo, su salud se deteriora (los efectos del mal de altura son, por tanto, muy similares a los de pasar mucho tiempo en un saco de dormir); en tercer lugar, si baja de altitud, es probable que pueda recuperarse. El factor psicológico termina de complicar el asunto; y a este respecto yo solo tengo una norma: el escalador que escala contento escala bien.

Gracias al espléndido trabajo de nuestro médico, la enfermedad brillaba por su ausencia en la expedición. Todo el mundo estaba en perfecta forma, salvo el pobre Fornid, que había caído víctima de la laxitud campibásica —y, en consecuencia, no estaba aclimatándose con la celeridad del resto—, y el propio Propens, castigado por síntomas tan misteriosos como complejos, a saber: palidez, sudoración profusa, pulso acelerado y débil, temperatura subnormal, respiración y suspiración profundas, inquietud y sed, extremidades frías, vahídos, mareos y zumbido de oídos. El desdichado estaba muy angustiado, tanto por la afección en sí como por ser incapaz de diagnosticar su propia dolencia. Fue Constant quien solventó finalmente el problema al sacarse de la nada un manual de primeros auxilios y señalar que los síntomas coincidían plenamente con los de la hemorragia, salvo por que faltaban los dos últimos, a saber: pérdida de la sensibilidad y muerte. Afirmó que todavía había esperanzas. Propens descubrió entonces que se había cortado en la oreja al afeitarse y que estaba desangrándose, gota a gota, hasta la muerte. En cuanto detuvo la hemorragia presionando hielo contra la oreja y se trató la conmoción postoperatoria y la congelación del pabellón auditivo, contrajo la salmonelosis.

En esos días de aclimatación, cada individuo empleó su tiempo en consonancia con su personalidad y sus deberes. En la medida en que se lo permitió su estado, Fornid se encargó de supervisar el desempaquetado y reempaquetado de las provisiones y, en sus momentos de máxima actividad, se esforzó en rehuir las atenciones científicas de O'Jalah, quien insistía en someterlo, por tratarse del miembro más fuerte de la expedición, a un extenuante procedimiento llamado «test

de fatiga».

Sus muy diversas investigaciones no dejaban a O'Jalah ni un momento libre. Casi a cualquier hora del día se le podía ver dando paladas o taladrando el hielo del glaciar, haciendo mediciones termométricas en diversos puntos estratégicos, martilleando afloramientos rocosos o calibrando sus hipsómetros. Ofreció una recompensa de 10 centavos y medio por cada espécimen de criatura que le llevaran y de 30 centavos por cada maraña de Marthon; pero, por mucho tiempo que pasamos hurgando en grietas y levantando piedras, ninguno de nosotros pudo contribuir con nada a sus hallazgos. O'Jalah me escogió a mí por ser el menos pesado del grupo como segundo sujeto de su test de fatiga. Deseoso como estaba por fomentar todas las facetas de la expedición, hice todo lo posible por satisfacer sus exigencias, si bien quedé tan exhausto que apenas me quedaron energías para los demás, lo que era hartamente injusto. Sin embargo, nadie elevó queja alguna, una prueba más del espíritu de equipo imperante.

Cliché tuvo oportunidad de someter a su equipo a una concienzuda puesta a punto. Su prueba favorita consistía en hacerme correr arriba y abajo por la misma colina que O'Jalah había escogido para su test de fatiga. Solo puedo esperar que, en el montaje final, no se les dé a estas tomas el énfasis que recibieron en su momento.

La labor de Selvat consistió en preparar el equipo de radiotransmisión e instruirnos a todos en su uso. Yo siempre he tenido pavor de los artilugios eléctricos, de modo que me sentí aliviado al comprobar que el funcionamiento de nuestros transistores era muy sencillo, por no hablar de que no tenían potencia suficiente para causarnos perjuicio alguno. Con todo, si bien el equipo era sencillo, no lo era su modo de empleo. En mi ignorancia creí que podíamos comunicarnos entre nosotros como el que llama por teléfono. Pero es muchísimo más complejo. En primer lugar, nunca has de dirigirte a una persona por su nombre real, de modo que se utilizan alias. Selvat nos asignó uno a cada uno:

FORNID: Lastre

O'JALAH: Tramoyista

CLICHÉ: Pajarito

CONSTANT: Chinche

PROPENS: Achaque

YO: Tostón

Hubo ciertas discusiones sobre el nombre en clave de Selvat, quien había escogido «Rastreador», pero, por alguna razón, no encontró el apoyo de los demás. Cliché, a mi entender con muy poco tacto, sugirió que «Perdedor» sería más apropiado. Al final nos decidimos por «Errabundo», aunque Selvat pareció ligeramente ofendido.

Lo siguiente fue aprender el lenguaje. Nunca, bajo ninguna circunstancia, hay que

emplear el habla normal y corriente. Rara vez oiremos, por ejemplo, un «sí», un «no» o un «de acuerdo». En su lugar, hemos de emplear expresiones tales como «correcto», «negativo», «recibido», «entendido» y cosas por el estilo. Las dos de la tarde se convierten en «las catorce horas», y la medianoche, por alguna razón matemática obtusa, nunca debe mencionarse. Ir hacia el este es «avanzar rumbo cero, nueve, cero», mientras que 20.000 pies se convierten en «ángeles veinte».

Existía asimismo un elaborado ritual que había que observar al transmitir y al responder. Por último, se nos prohibió utilizar nuestras voces normales; debíamos hablar en una especie de cántico con la idea de que fuera difícil distinguir unas voces de otras.

Los miembros más jóvenes de la expedición parecieron obtener una buena dosis de cándida diversión de aquel ritual, pero he de confesar que a mí me resultó, cuando menos, confuso.

Los transistores se hacían a pequeña escala para ahorrar peso y su alcance era, por tanto, limitado. A veces era necesario transmitir los mensajes por medio de uno o dos intermediarios. A tenor de mis experiencias de juventud en fiestas infantiles, decidí que era aconsejable ensayar un poco. Ordené al equipo que formara un corro amplio que abarcara toda la anchura del glaciar, de modo que pudiéramos enviar los mensajes en redondo. En un principio tuve serias dificultades para pensar un mensaje. Tenía la sensación de que se me había congelado el cerebro y por unos minutos me sentí como un necio. Por fin, no sé cómo, conseguí componer el primer mensaje: «Qué sereno está el Kurda Rarí en la alborada».

Cuando lo recibí, decía: «Tostón seso frito».

Tras pensarlo brevemente, envié otro: «Por favor, presten mucha atención al mensaje». Pero también volvió un «Tostón seso frito».

Era absurdo. A modo de experimento transmití entonces: «Tostón seso frito», que volvió como «La voz del líder es música para los oídos de sus acólitos».

La mañana entera transcurrió de esta guisa. Yo estaba resuelto a no rendirme hasta que domináramos la técnica, pero, para mi regocijo, los mensajes empezaron a llegar perfectamente, sin que existiera razón aparente para el cambio, justo antes de la hora de almorzar.

Se dio la enorme casualidad de que comimos sesos fritos a mediodía, lo que se me antojó muy gracioso.

Algunos nos mostrábamos algo escépticos sobre la utilidad de la radio, pero no tardaríamos en recibir una impactante prueba de su valía. Había salido una mañana a dar un paseo en solitario para meditar sobre las responsabilidades del liderazgo, cuando empezó a vibrar mi walkie-talkie. Me lo acerqué al oído y escuché una voz:

—Chinche a Tostón. Chinche a Tostón. ¿Me recibe? Cambio.

Pulsé el interruptor de «transmisión» y respondí:

—Tostón a Chinche. Tostón a Chinche. Le recibo alto y claro. ¿Me recibe? Cambio.

La respuesta llegó:

—Chinche a Tostón. Le recibo a intensidad ocho. Suba dos muescas. Cambio.

Subí dos muescas y dije:

—Tostón a Chinche. Subidas dos muescas. ¿Me recibe? Cambio.

—Chinche a Tostón. Le recibo alto y claro. Buenos días. ¿Sabe dónde está el sacacorchos? Cambio.

—Tostón a Chinche. Repita por favor. Cambio.

—Chinche a Tostón. Repito. Le recibo alto y claro. Buenos días. ¿Sabe dónde está el sacacorchos? Cambio.

—Chinche a Tostón. Buenos días. El sacacorchos bolsillo derecho otro par de pantalones. Cambio.

—Chinche a Tostón. Recibido. Cambio y corto.

¡Uno no puede más que preguntarse cómo se las arreglaban antiguamente en las expediciones sin la valiosa ayuda de la radio!

Constant tenía la misión de saldar las cuentas con los porteadores cesantes y aleccionar al resto sobre sus deberes futuros. Nos quedamos con 88 porteadores y 11 niños para el viaje de regreso y despedimos al resto. De los 99, los que no se empleaban activamente en la montaña debían trasladar el campamento base a otra posición donde estuviera a salvo de aludes. Constant consideró que se les podía dejar solos para que hicieran su trabajo, porque se lo había explicado todo con mucha claridad. Fue un alivio para mí, porque necesitábamos a todos los europeos disponibles en la montaña.

He elaborado una monografía sobre los efectos de la atmósfera enrarecida en el comportamiento humano y, en su momento, pedí a mis hombres que me mantuvieran al corriente de cualquier experiencia fuera de lo normal que vivieran en la montaña. Incluso a una altura relativamente moderada como la del campamento base, ya eran perceptibles los efectos de la altitud. Durante un partido improvisado de críquet, Fornid maldijo al árbitro —algo que jamás habría ocurrido al nivel del mar—, mientras que O’Jalah desarrolló una propensión a tomar más mermelada de la que le correspondía. Así y todo, no eran más que efectos temporales que desaparecerían con la aclimatación.

Era interesante ver en qué medida las distintas personalidades de mis compañeros influían en sus elecciones literarias. Fornid pasaba sus horas de laxitud con *El capitán Drummond*. A O’Jalah se le podía ver casi todas las noches acurrucado junto a un bloque de hielo fundiéndose y con *Los marcianos y los hombres del átomo* entre las manos. Cliché se relajaba con *Crimen en tres dimensiones*. Selvat dio muestras de una inesperada vena romántica con *Amor en el laberinto*, mientras que no había

ocasión en que Propens no anduviese con un ejemplar de su propia obra, *Los secretos de una salud de roble*, salvo cuando no sabía dónde lo había metido.

Mis quehaceres no me permitían la relajación frívola. Pero merece la pena reseñar que Pim Pling, el *plimplang* se pasaba gran parte de su tiempo libre inmerso en una traducción al yoguistaní de *Tres hombres en una barca*.

Por las noches compartíamos una hora en sociedad, y de tales encuentros surgió más de una animada charla. En cierta ocasión conversamos sobre una vieja cuestión: si debía o no utilizarse el oxígeno y otras ayudas artificiales en la montaña. Fornid dijo que no eran más que un montón de trastos del demonio, más molestos que otra cosa; nos habló de un amigo suyo, Pasmoh, que había subido con una bombona de oxígeno de 40 libras a la cima del Kaya Kalla para, a su llegada, encontrarse con que el aparato no había funcionado en ningún momento. O'Jalah señaló que ese comentario era típico de la estrechez de miras y la ignorancia del lego; teníamos una oportunidad única de poner a prueba nuestro equipo bajo condiciones rigurosas, y era nuestro deber hacerlo. Le preguntó a Fornid por qué, si tanto se oponía a su uso, estaba dispuesto a emplearlo. Este le respondió preguntándole si esperaba que escalara desnudo la montaña del demonio. O'Jalah le contestó que era la típica argumentación sin rigor científico alguno y dijo saber desde hacía mucho que algunos se tomaban la ascensión a la montaña con la misma frivolidad que un acontecimiento deportivo. La suya, sin embargo, era una posición más adusta; a su entender, el clímax de nuestros esfuerzos llegaría cuando pudiera culminar la misión que se había impuesto: determinar el punto de fusión del hielo en la cima. Le recordó a Fornid que, sin oxígeno, los exigentes esfuerzos intelectuales que demandaba tan delicado experimento serían prácticamente imposibles. El otro —a mi entender, con muy poco tacto— replicó que, pese a poseer una vasta experiencia y una memoria portentosa, no recordaba nada que le ganara en futilidad; era de la opinión de que nadie salvo un científico demente querría fundir hielo en lo alto de una montaña, e incluso si llegaba a fundirse, ¿a quién podía importarle a qué temperatura lo hacía? Nos habló de su amigo Percanceh, a quien un científico le había fundido hielo bajo los pies en la cima del Schmutzigstein (o Piedra Mugrienta) y había acabado perdiendo tres dedos. Terminó diciendo que todos los científicos eran una amenaza en la montaña.

Mientras discutían sobre este asunto con su habitual y encomiable franqueza, Cliché dijo que, sin ayudas artificiales, también el rodaje de películas en tres dimensiones sería imposible, y eso propició el comentario de Selvat de que eso era un argumento de sobra para pasar sin ellas. Precisamente la motivación que él encontraba en la escalada era escapar de la civilización mecánica y todo lo que representaba, en particular del cine. Constant intervino para decir que le parecía aborrecible semejante estrechez de miras. Él escalaba única y exclusivamente para demostrar el triunfo del espíritu sobre la adversidad, incidió en que las ayudas artificiales eran un insulto a la deportividad. Si se llevaban a su extremo lógico, no era de extrañar que pronto viéramos a escaladores ensartando la cumbre de una

montaña con un arpón de largo alcance atado a una escalera de cuerda. Si no se podía coronar una cumbre sin asistencia, mejor dejarla sin subir. Propens dijo que eso era una patraña: si se rechazaban las ayudas artificiales, entonces también había que prescindir de las tiendas y la ropa. Le preguntó a Constant si su espíritu triunfante estaba preparado para escalar el Kurda Rarí con taparrabos, o peor...

Aunque creo que hay que hablar a las claras cuando se está entre amigos, sentí que en aquella ocasión se estaban extralimitando. Me vi, por tanto, en la obligación de recordarles a todos las palabras de Van Bolea sobre el asunto: «Ningún montañero con cierto sentido práctico puede rechazar la ayuda de la ciencia, pero todo tiene su límite». Esperé que eso zanjara la discusión —pues ¿qué más podía añadirse?—, pero nadie pareció percatarse de mis palabras. Para mí era obvio que seguíamos sufriendo los efectos de la atmósfera enrarecida.

Pared norte: primer asalto

Por fin todos nos consideramos aclimatados, a excepción de Propens, al que se le había disparado la presión arterial. Estábamos preparados para atacar la pared norte. Envié el siguiente mensaje con un emisario: «Emprendiendo asalto pared norte, tremendo muro que se eleva sobre nosotros 5.000 pies contra el cielo. La cuestión que está en boca de todos es: “¿Se dejará?”, y todos los corazones susurran confiados: “¡Por supuesto que sí!”. El ánimo del equipo es inmejorable y los porteadores son dignos de elogio. Todos con buena salud».

La pared norte es una muralla de hielo puro que semeja cristal y cuya superficie está solamente atravesada por rocas, nieves perpetuas, pináculos de hielo, grietas, *bergschrunds*, aristas, surcos, pedregales, chimeneas, fracturas, placas, *gendarmes*, *Dames Anglaises*, agujas, estratos, gneis y gabros. Un obstáculo formidable, capaz de atenazar los corazones de un grupo desavenido y asistido por porteadores mediocres. Nuestro plan era establecer el campamento base avanzado en el Collado Sur, que se encuentra justo por encima de la pared norte; pero cabía la posibilidad de que fuera necesario montar uno intermedio.

Ya habíamos reconocido la parte inferior de la pared, y habían surgido dos escuelas de pensamiento sobre cuál era el mejor método para abordarla. O’Jalah, nuestro experto en escalada en piedra, era partidario de la ascensión directa de una pared vertical de piedra que daba a lo que parecía un tramo transitable más arriba. Cliché, el experto en hielo, prefería un escarpado talud de hielo que parecía suavizarse igualmente por su extremo superior. Viendo imposible una decisión definitiva, optamos por probar ambas al mismo tiempo. Cliché y Selvat se enfrentarían al hielo, mientras que O’Jalah y Fornid atacarían la roca. Por nuestra parte, Constant y yo, después de poner orden en el campamento base, iríamos detrás de ellos para ayudar a ambos grupos.

Constant y yo partimos poco después del mediodía y, cuando aún no habíamos dejado atrás el glaciar, sonó mi radio. Era Selvat en un serio estado de exaltación. Cliché se había quedado atascado a medio camino del talud y, comoquiera que había perdido el piolet, tenía miedo de bajar. El del propio Selvat estaba hundido en el hielo con la cuerda amarrada alrededor; no se atrevía a moverlo por miedo a que su compañero se precipitara al vacío. ¿Podríamos hacer el favor de ir en su ayuda?

La noticia cayó como una bomba. Al instante le aseguré a Selvat que lo alcanzaríamos lo antes posible y nos dirigimos allí a todo correr. Pero apenas habíamos avanzado unos pasos cuando Constant desapareció por una grieta. La cuerda se tensó entre ambos y salí propulsado de bruces contra el suelo. Con la

emoción, se me escapó de las manos el piolet y me vi arrastrado hacia el borde de la grieta sin posibilidad alguna de frenarme. Faltaban apenas 2 yardas para el filo cuando por fin me detuve. La cuerda había penetrado en el hielo y la fricción, al incrementarse, me había salvado.

Pero se trataba de una situación desesperada. Cuando intenté ponerme en pie, la cuerda tiró de mí hacia delante al tiempo que Constant caía más hondo todavía. Solamente tendido despatarrado, con las piernas y los brazos extendidos, conseguía la fricción suficiente para detener la caída de mi compañero. No podía hacer nada para salvarlo: si no venía alguien a socorrernos, estábamos perdidos...

Nuestra única oportunidad era la radio. Con el corazón en la boca, fui acercando mi mano derecha a la cara hasta conseguir arrimarme el aparato. Llamé a Fornid y a O'Jalah. Cuando contestó el primero, le pedí que viniera corriendo en nuestra ayuda.

Cuál fue mi consternación cuando me informó de que también ellos se encontraban en apuros. O'Jalah se había quedado atascado en mitad de la pared de roca, y no podía ni avanzar ni retroceder. Fornid estaba completamente agotado; era evidente que no estaba aclimatado del todo. Justamente estaba a punto de llamar para pedir ayuda.

Solo había una solución. Selvat debía abandonar a Cliché, que al menos estaba anclado a su piolet, y venir en nuestra ayuda. Después los tres juntos salvaríamos al resto. Nuestro explorador acusó recibo de las instrucciones y nos aseguró que partía inmediatamente.

Espero no tener que volver a enfrentarme jamás a semejante suplicio. Cada minuto era una hora; cada hora, una eternidad. Un movimiento apresurado por mi parte podía acabar con Constant y conmigo mismo aplastados al fondo del abismo. Me picaba la nariz pero no me atrevía a rascármela; se me congelaba pero no me atrevía a frotármela. El frío se apoderaba cada vez más de mí. Constant, con quien podía conversar a gritos, se encontraba en un brete similar. Estaba ileso pero la congelación y la desdicha lo asolaban como a mí, si no más.

Al cabo de un rato sonó la radio. Era Selvat: se había perdido.

El corazón me dio un vuelco, y Fornid, que estaba a la escucha, dejó escapar un gemido. Sin duda nuestro fin estaba cerca. De pronto me asaltó la abrumadora constatación del *pathos* de la situación. Nosotros, unos hombres que habíamos partido con tal confianza, unos hombres que habíamos trabajado tan duro y habían llegado tan lejos; unos hombres que éramos la esperanza de nuestro país y unos héroes para el mundo entero, íbamos a tener la desdicha de perecer en aquel país ingrato, lejos de casa y de nuestros seres queridos.

Era tal mi tristeza que no pude contener el llanto. Pero las lágrimas se congelaron al instante y me vi pegado al glaciario por dos carámbanos, lo que agravó aún más mi situación.

Le conté a Constant las novedades e hice lo posible por consolarlo. El desdichado lo encajó con entereza, al igual que Fornid cuando hablé con él. Si íbamos a morir, al

menos lo haríamos como caballeros.

Quedaba todavía la esperanza de que Selvat nos encontrara, pero mis ánimos estaban tan bajos que no le di mucho crédito.

El día avanzaba.

Creo que me encontraba medio inconsciente cuando me sobrevino una idea: ¡los porteadores! Ya nos habían salvado con anterioridad: ¿podrían volver a hacerlo?

La única forma de comunicarnos con ellos era a través de Propens. Ningún porteador querría tocar la radio; pensaban, creo, que era cosa de brujería. La pregunta era: ¿estaría nuestro médico cerca de una radio, se encontraría esta operativa y él en condiciones de responder?

Llamé y esperé, llamé y volví a esperar; y seguí llamando. La angustia me nubló el juicio.

Pero entonces reparé en que estaba haciéndolo mal. Dejé de pulsar el interruptor y hablé por el micrófono:

—Tostón a Achaque. Tostón a Achaque. Tostón a Achaque. ¿Me recibe? Cambio.

Y entonces llegaron las palabras que resonarán en mis oídos hasta el día de mi muerte:

—Achaque a Tostón. Achaque a Tostón. Le recibo alto y claro. ¿Me recibe? Cambio.

Podría haber llorado..., si no fuera porque los carámbanos me recordaron que era una locura hacerlo. Le expliqué la situación a Propens y le pedí que buscara al *pimplang*. Me obedeció y acometí la ardua tarea de darle instrucciones. Constant tradujo mis mensajes al yoguistaní y yo fui transmitiéndoselos con toda la precisión que pude a Propens, que a su vez se los comunicó de tercera mano a Pim Pling.

Era en vano. Ni Propens ni yo teníamos los estómagos entrenados para pronunciar yoguistaní. Los ruidos que producíamos habrían hecho sonrojarse a cualquiera; como medios de comunicación eran un fracaso absoluto. Constant decía que las respuestas que yo le transmitía no guardaban relación alguna con el problema que teníamos entre manos. Según dijo, si las hubiéramos pronunciado en las calles de Tekhonmiel, nos habrían valido una cadena perpetua, cuando no algo peor. No tenían ni precedente ni parangón en toda la historia del lenguaje oral. Constant jamás había imaginado que semejantes afirmaciones fueran posibles; si llegaba a salir con vida de aquella grieta, tendría que reconsiderar toda su filosofía a la luz de lo que yo había dicho. Me rogó que por favor cerrara el estómago y le dijera a Propens que hiciera otro tanto. Si el más mínimo asomo de sospecha de lo que él había escuchado llegaba a oídos del *pimplang*, podía buenamente desencadenarse una matanza; en el mejor de los casos, los porteadores desertarían o quedarían incapacitados para seguir trabajando.

La cosa era seria. Quedaba una única esperanza: ¿estaba Propens en condiciones de viajar?

No, declaró, ni hablar. Sus piernas no soportarían su peso.

Pero ¿y si los porteadores lo acarreaban? Sí, para eso sí estaba en condiciones.

Y así se dispuso. De nuevo nos quedamos a la espera, aunque esta vez llenos de esperanza. Propens, acarreado por el *pimplang*, fue relatándonos en directo la crónica de su avance.

Hasta que llegaron a nuestra altura: Pim Pling, menudo y fuerte como nadie, con Propens a caballo; Ta Pong, más menudo si cabe pero igual de robusto, y un tercer porteador, de nombre Kues Ko, que aún era más bajo y recio.

En un santiamén me habían talado a hachazos los carámbanos y habían aupado a Constant a la superficie, helado pero en buen estado, dadas las circunstancias. A Pim Pling y Ta Pong se les mandó que fueran al rescate del resto, mientras que Constant y yo volvimos dando tumbos hasta el campamento base, acompañados por Kues Ko, que llevó a Propens a cuestas.

Los demás regresaron al cabo de una hora. Pim Pling había escalado hasta la altura de Cliché, se lo había cargado bajo el brazo y luego había hecho otro tanto con O'Jalah. Ambos sufrían de tiriteras por el tormento padecido y hubo que tratarlos con champán. Fornid, al que habían tenido que acarrear de vuelta, se metió en la cama con una botella.

La siguiente cuestión era: ¿dónde estaba Selvat? Lo llamamos por radio pero no logramos establecer contacto con él. Cliché dijo que probablemente no volveríamos a verlo; aparecería al año siguiente en Vladivostok, o dentro de dos en Valparaíso, y escribiría un libro titulado *Tras la pista de Asia y América*. Añadió que, dado que Selvat pretendía llegar al campamento base, era una certeza matemática que jamás lo encontraría; era mejor que nos olvidáramos de él.

No pude por más que concluir que Cliché seguía presa de la conmoción.

Se imponía claramente organizar una partida de rescate. Pero ninguno de nosotros estaba en condiciones de volver a salir. ¿Podrían ayudarnos los porteadores? Constant se lo expuso al *pimplang*. Este llamó al instante a sus hombres y les hizo formar una larga fila, con una punta en el campamento mientras la otra se adentraba bastante en el glaciar. Tomando como centro las tiendas, fueron describiendo un círculo y no tardaron mucho en atrapar a Selvat y devolvérselo, agotado pero sano y salvo. Se mostró muy sorprendido de que nos hubiéramos preocupado por él y su primera reacción fue tomárselo como un reproche a sus capacidades. Le expliqué que debía comprender nuestra natural aprensión ante la sola posibilidad de perderlo. Entendió mi punto de vista y pareció quedar satisfecho.

Al día siguiente celebramos una reunión de urgencia. La pared norte estaba resultando más dura de roer de lo que habíamos previsto; tendríamos que reconsiderar drásticamente nuestra estrategia. Por lo demás, Fornid aseguró que, bajo ninguna circunstancia, volvería a permitir quedarse solo en una cordada con O'Jalah. Nos dijo que le había jurado a su prometida que no correría riesgos innecesarios, y un escalador en piedra que se quedaba de piedra a la menor oportunidad era claramente

un riesgo innecesario. Comentó que su opinión, hartamente aireada, sobre el continuo incordio que suponían los científicos en la montaña había quedado demostrada con creces; según él, un científico montañero era un tipo de desdoblamiento de personalidad de la peor calaña, altamente peligroso, y no podía confiarse en alguien así, salvo para hacer lo que no se debía.

O'Jalah repuso que quien va en cabeza en la cordada tiene derecho a esperar ayuda del segundo. Si Fornid hubiera tenido la mitad de lo que había que tener para ser montañero, en lugar de ser un estorbo con patas, el desafortunado incidente de la víspera jamás habría tenido lugar. Dijo que todo el mundo sabía que los hombres corpulentos eran torpes en piedra y que, por él, Fornid podía quedarse a las faldas de la montaña, donde el daño que podría causar sería menor. A su entender, aquellos de nosotros que teníamos prometidas les debíamos al menos mantenernos lo más lejos posible de Fornid.

En esas intervino Selvat, quien aseguró que no tenía prometida pero, si ese fuera el caso, consideraría su deber fundamental mantenerse lejos de Cliché, porque, según comentó, había que fiarse menos de él con un piolet que de un piel roja en pie de guerra. Cliché —a mi entender, muy alterado— replicó que su prometida le había advertido expresamente contra los parásitos que dejan que los demás hagan todo el trabajo y se escabullen en cuanto les toca dar el callo. Dijo que la sola visión de Selvat al otro lado de la cuerda era suficiente para que al escalador en hielo más experimentado se le cayera el pico. Nada podría convencerlo para volver a aventurarse a solas en la montaña con Selvat.

En cierto modo todo aquello resultaba desconcertante. Desde luego, saltaba a la vista que mis compañeros aún no se habían recuperado de su reciente trastrueque; la parte de sus comentarios que no podía calificarse de charla amistosa y franca se debía sin duda a la reacción nerviosa ante los tormentos padecidos; dentro de un par de días volverían a su bonhomía natural. Entretanto, tenía la responsabilidad de reflotar dos amistades, y no se prometía una tarea fácil. Mi mente estaba más nublada que nunca en su intento por dilucidar quién tenía prometida y quién no.

Al final lo único que se me ocurrió fue recordarles de nuevo que el Kurda Rarí no era el Mont Blanc. Cliché dijo alegrarse de que lo mencionara porque se le había olvidado por completo y me pidió que, en la medida de lo posible, le recordara cualquier comentario de Van Bolea al respecto que pudiera serle de ayuda en el futuro. Le cité el famoso comentario de Van Bolea: «Escarar el Mont Blanc es una cosa; escalar el Kurda Rarí es harina de otro costal». Cliché me dio las gracias y me dijo que era una de las cosas más sensatas que había oído en su vida; aseguró que le sería de gran inspiración. En el futuro tendría siempre muy presente que no estaba en el Mont Blanc y actuaría en consecuencia. De haber estado en el Mont Blanc, le habría encantado tener a Selvat de compañero; pero, como no estaba en el Mont Blanc, sino en el Kurda Rarí, insistió en incluir a una tercera persona en la cordada, preferiblemente un porteador.

Me pareció más que razonable. La víspera nos había enseñado que con dos personas por cordada era difícil actuar ante una emergencia. Con un porteador por pareja, incrementaríamos en gran medida nuestro coeficiente de seguridad. Con todo, puesto que las tiendas de los vivacs estaban pensadas para acomodar a dos personas, la cordada habría de ser de cuatro: 2 europeos y 2 porteadores. Este arreglo tendría el beneficio añadido de que los porteadores podrían acarrear el equipo completo de los cuatro, de modo que cada unidad fuese capaz de valerse por sí misma, en caso necesario, durante varios días.

Fornid señaló que, aunque esto desbaratara nuestros planes, si eso significaba que ya no tendría que aguantar a O'Jalah él solito, estaba manifiestamente a favor. Los demás se mostraron igual de entusiastas y decidimos adoptar la idea. Me complació sobremanera aquella unanimidad, que me pareció que reflejaba a la perfección el espíritu que reinaba en la expedición.

La conquista de la pared norte

Al día siguiente emprendimos una vez más la marcha. Fornid estaba demasiado débil para salir del saco de dormir, de modo que mandé por delante a Cliché y Constant con sus porteadores, seguidos de O'Jalah y Selvat con los suyos. Antes de mi partida envié un emisario con un despacho: «Reorganizados para segundo ataque de pared norte. Todos sanos. Espíritu de equipo digno de elogio y porteadores inmejorables».

El trabajo de ese día fue verdaderamente fenomenal. Al llegar a los pies del talud de hielo, Cliché tomó la sabia decisión de dar lecciones de escalada en hielo a sus porteadores. Primero les enseñó a tallar escalones y luego dejó que ellos mismos lo intentaran. Aprendieron con gran celeridad, y tanto fue así que Cliché y Constant apenas pudieron seguirles el ritmo. Remontaron el escarpado talud tan rápido como les permitió la atmósfera enrarecida. Ambos afirmaron no haber visto nada igual. Los porteadores no mostraban indicio alguno de fatiga; avanzaban sin pausa, pese a ir cargados hasta los topes y a lo laborioso de tener que labrar escalones en el duro hielo.

Cuando O'Jalah y Selvat llegaron a la pared de hielo ya casi no se divisaba al primer equipo. Como, obviamente, habría sido una necedad ignorar una escalera tan bien hecha, abandonaron la idea de volver a encarar la pared de roca.

Yo llegué al cabo de unas horas. Para entonces no se veía a ninguno de los equipos. Llamé a O'Jalah por radio y me puso al tanto de lo acontecido. Al parecer, todos los europeos estaban al borde de la extenuación por culpa del ritmo impuesto por los porteadores. No tendrían problema en alcanzar el Collado Sur. Me aconsejó que regresara al campamento base y retomara la marcha al día siguiente con todo lo necesario para montar la base avanzada. Hizo especial hincapié en que no me olvidara del material médico, que posiblemente sería más útil en altura que en la base inferior.

Así fue como me vi de regreso en el campamento base, contento ante la perspectiva de poder descansar y compartir unas horas de camaradería con Fornid. Mi afecto por aquel gigantón espontáneo y franco no había dejado de crecer desde que nos conocimos. Un jefe de expedición no debe tener favoritos pero he de confesar que, de entre todos mis compañeros, lo habría elegido a él para compartir tienda.

Me lo encontré ya metido en el saco de dormir y le propuse pasar la noche en su tienda. Me respondió que era muy amable por mi parte pero que creía que, en realidad, Propens me necesitaba más que él. Insistió en que, cuando partiéramos, este iba a quedarse muy solo en el campamento base y, durante su solitaria vigilia, sería más feliz si conservaba el recuerdo de aquella única noche en mi compañía. Su

desinterés me abrumó y, pese a mi decepción, no pude por menos que comprender que me debía al solitario.

Me lo encontré ya metido en su saco de dormir. También se mostró agradecido y desinteresado, y dijo que ni en sueños querría privar a Fornid de mi compañía. Le insistí en que no quería ni oír hablar de tal sacrificio, y pronto estuvimos acomodados para pasar la noche.

El pobre Propens parecía bastante alicaído, de modo que, para levantarle el ánimo, lo azucé para que me hablara de su hogar. ¿Tenía prometida?, quise saber. Me contó que no, que estaba casado con una mujer de natural antipático y sus hijos tenían más que suficiente con una sola madre.

Me disculpé por mi metedura de pata pero le hice ver mi sorpresa al oír que estaba casado; sir Tartahugh me había contado que era soltero. Propens dijo que el bueno del sir bien podía tener su opinión al respecto, como sobre cualquier otro asunto, pero que su impresión era otra. Le dije que suponía que la vida en familia debía de ser de su agrado. Me aseguró que, por el contrario, era un infierno.

Le insté a que me contara más cosas alegando que las penas compartidas son menos penas. Al principio el desdichado se mostró reacio, pero logré vencer su timidez y me relató su triste historia. Provenía de una familia humilde; su padre era bateador de petróleo de los de antes, muy pagado de su oficio y muy poco amigo de recibir caridad. Pero se había quedado sin trabajo y para enviar a su hijo a la escuela de medicina se vio obligado a tragarse su orgullo. Propens me contó que la visión diaria de su padre tragándose su orgullo había sido la impresión más profunda que le había dejado su tierna adultez: porque su padre no solo se tragó su orgullo, sino que se dejó la piel por el bien de su hijo: exprimió a seis obras de caridad distintas bajo ocho apellidos diferentes, escribió cartas de súplica y de amenaza, envió anónimos, birló carteras, desvalijó furgones postales y bolsos de señora, asaltó casas, robó caramelos a niños y escribió artículos de penitencia para periodistas evangélicos. Semejante sacrificio, servicial y agotador, había inspirado al joven Propens para consagrarse al cumplimiento del deseo de su padre. Tomó la determinación de que nada le impediría alcanzar la lejana meta de ser médico de familia.

Tras muchos años de entregado estudio, logró su objetivo. Para procurarle el dinero con el que comprar una clínica, su padre hizo un último sacrificio: aceptó el puesto de tesorero honorífico de una asociación benéfica que ofrecía posibilidades ilimitadas para el desfalco. Propens empezó a ejercer la medicina.

Su primera paciente fue una viuda que sufría de horror y malevolencia extremas porque había leído las historietas ilustradas de su hijo pequeño. Lo suyo con el joven doctor fue odio a primera vista y, a mala idea, decidió casarse con él. Lo amenazó diciéndole que, a menos que la tomara por esposa, lo acusaría públicamente de haberle perdido la tarjeta sanitaria. Antes que exponerse al escarnio y hacer añicos los sueños de su padre, Propens consintió en casarse. Contrajeron matrimonio en el cementerio de Gravesend la noche de Todos los Santos.

Su vida de casado había sido un martirio diario. Según dijo, su mujer era un demonio de apariencia humana: una elegante dama a los ojos del mundo y un diablo a los suyos. Hacía cosas tan espantosas que no se atrevía ni a nombrarlas. Sus hijos — ocho en total, más uno en camino— formaban una prole digna de semejante monstruo, cada uno más terrible que el anterior (siendo el que venía en camino, por un proceso de extrapolación, una auténtica abominación en su mente). Nadie, aseguró Propens, podía siquiera hacerse la más mínima idea de lo que él había vivido. Las tardes de los sábados eran para él una pesadilla.

Esta historia de patetismo me apenó sobremanera. Le di a Propens mi más sentido pésame y le ofrecí hacer por él todo lo que estuviera en mis manos. Me dijo que era muy amable por mi parte; de hecho, había una cosita que podía hacer: quería probar un suero antipelmácico, ¿me importaría si lo probaba conmigo?

Por supuesto, me complació tanto su cambio de humor como la oportunidad de serle de ayuda. Extrajo su jeringa hipodérmica y me administró una buena dosis.

Más tarde me contó que había quedado muy satisfecho con el resultado. El efecto deseado era que me durmiera de golpe; y así acabó la única charla íntima que pude mantener con Propens.

A la mañana siguiente me levanté tarde; me sentía ligeramente destemplado sin saber por qué. En ausencia de Constant tenía que encargarme de organizar a los porteadores sin entender una sola palabra de su idioma. Por suerte el material estaba ya preparado; lo único que tenía que hacer era agarrar uno a uno a los porteadores e indicarles cuál era su cargamento. Sin embargo, resultó que tenían ideas propias sobre quién llevaría qué, lo que provocó una buena confusión. Para la hora del almuerzo estábamos listos, pero entonces, por supuesto, se fueron todos a comer. Después de la comida hubo que repasarlo todo de nuevo y ya era algo tarde cuando por fin estuvimos listos para partir.

Aunque me costó lo mío convencer a Propens de que se desprendiera del material médico, al final consintió y dejó que me lo llevara, una vez que apartó todo lo que podía necesitar. Discutimos un buen rato sobre si el champán —que, por supuesto, formaba parte del material médico— debía subirse o no al Collado Sur. Llegamos a un entendimiento cuando le ofrecí dejar una caja atrás; según me dijo, iba a necesitarla porque estaba a punto de contraer anemia.

Fornid no pudo echarme una mano porque seguía ensacado. Con todo, hizo acto de presencia, como la buena persona que es, para verme partir. Le consternó comprobar que llevaba conmigo el material médico; no había caído en la cuenta de que lo subiría al Collado Sur.

Después de despedirme calurosamente de Propens, partí por fin con los porteadores, pero apenas habíamos avanzado cuando Fornid nos alcanzó. Según dijo, no le gustaba la idea de verme partir solo y, al sentir una repentina mejoría, había

decidido acompañarme. Seguramente se aclimataría más rápido una vez en el collado.

Me impresionó su fortaleza y me conmovió su consideración. Es posible que fuera su bondad lo que me hizo sentir añoranza aquella mañana. Le hablé a Fornid de mi familia y de mis amigos y, durante un alto en el camino, le enseñé algunas fotografías. El grandullón se mostró algo arisco (grosero, habría podido decir alguien); saltaba a la vista que también él sentía la llamada del hogar y le costaba disimular sus sentimientos. Le puse una mano en el hombro, en un gesto amistoso, y soltó un pequeño bufido. Con aquel sonido me dijo más de lo que podía haber expresado con palabras. Sospeché que se había visto constreñido a seguirme por el deseo de estar en mi compañía y que quería decirme algo pero no encontraba las palabras. Ante aquello le dije con mucha delicadeza: «¿Hay algo que quiera decirme, amigo mío?». A lo que me respondió: «¡Déjese de tonterías, puñetas!», lo que, pensé, decía mucho del estado mental de aquel grandullón.

El resto del día fue una dura caminata por escalones ya tallados en el hielo escarpado. Las travesías más dificultosas estaban aparejadas con cuerdas y había poco que hacer, más allá de subir con paso constante y sin perder el ritmo, tan esencial en la escalada en altura. Pese a lo abultado de sus cargas, los porteadores no mostraron propensión alguna a caerse hacia atrás. Estaban haciéndolo a las mil maravillas.

A última hora de la tarde remontamos la última pendiente suave que daba a la base avanzada. No había señales de vida pero, conforme nos acercamos, unos sonoros ronquidos provenientes de las cuatro tiendas nos advirtieron de que nuestros compañeros y sus porteadores estaban reposando tras los extenuantes esfuerzos de la víspera.

Sin más demora nos pusimos a montar las tiendas, y pronto Puag estuvo atareado entre infiernillos. No supe determinar cómo había llegado a la base avanzada; desde luego, no había sido mi intención llevarlo conmigo.

Me pregunté —en un arrebato de suspicacia que no me honra— si habría sido Propens quien lo había empujado a la cola de nuestra comitiva. Habría sido muy poco británico por su parte, pero sin duda la tentación tuvo que ser poderosa, y a un hombre enfermo bien podía perdonársele ceder ante ella. En descargo de Propens, he de decir que se niega a reconocer haber hecho nada parecido. Según su teoría, Puag fue hasta allí por iniciativa propia, furioso ante la perspectiva de perder a tantas víctimas.

Fuera como fuese, el caso es que los demás, cuando salieron de sus tiendas al oír el grito de «¡Que venga cada uno a por lo suyo!», se enfurecieron al reconocer la autoría de esta frase, y me veo en la obligación de dejar constancia de que se pronunciaron palabras malsonantes. Cuando me declaré inocente, me enfrenté a una reconvención por incompetencia, de modo que la cena, aparte de ser el tormento nuestro de cada día, también suscitó cierta acritud.

Para mí resultaba evidente que todavía no estábamos aclimatados; y los demás así

lo corroboraron. Según dijeron, habían acabado rendidos debido al duro ritmo impuesto por los porteadores durante la talla de escalones. Aconsejaron que, si decidíamos emplearlos con este fin, lo hiciéramos con mucha cautela: había que considerar su fuerza bruta y su resistencia como uno de los riesgos naturales del montañismo en el Yoguistán.

Se trataba de un asunto serio. Nadie puede dudar de que el yoguistaní es de naturaleza montaraz. Cuando se vuelve lo suficientemente civilizado y educado para escalar montañas por voluntad propia, puede ser inaccesible. Pero, mientras la iniciativa y la responsabilidad organizativa recaigan en sus sahíbs, hay que mantener bajo control sus indiscutibles atributos. Para coronar el Kurda Rarí era necesaria una alianza entre seso y músculo; este último era indispensable pero debía estar subordinado a las instrucciones del primero. Acordamos que en el futuro se contendría a los porteadores para que no pusieran en peligro la salud y la seguridad del grupo.

Esa misma noche, antes de meterme en el sobre, caminé hasta una pequeña atalaya que había por encima del campamento para contemplar las vistas. Quitaban el aliento. A la izquierda el Rarí Norte se elevaba por encima de nuestro pequeño campamento, inhóspito e imponente. A la derecha la cornisa del propio Kurda Rarí planeaba sobre mí, desoladora y temible bajo la luz vespertina. Abajo, en el glaciar, el campamento base no era más que un racimo de puntitos. La serpiente que era el glaciar se perdía en la distancia, entre el caos de picos y pináculos coronados de nieve. Al este se extendía un páramo de desolación, pico tras pico formidable, hasta donde alcanzaba la vista. Quitaba el aliento. Una plétora de agujas y pináculos volaban en pos del cielo y le dejaban a uno sin aliento.

Sin aliento, regresé a mi tienda y me encontré a Fornid ya metido en su saco de dormir y ocupando tres cuartas partes del suelo. Me embutí como pude en el cuarto restante, agradecido por no ser más corpulento de lo que soy. Por fin estábamos juntos Fornid y yo; tenía la esperanza de que continuáramos con las confianzas de la tarde.

Tras pasar un rato en silencio, le sugerí a Fornid que tal vez quisiera hablarme de su prometida. Me preguntó que para qué y me pareció detectar cierta reticencia. Le dije que hablar de la familia y los amigos estrechaba los lazos de la amistad. Me dijo que, visto así, no le importaba contármelo, pero que no le resultaba fácil hablar de ello y esperaba que yo entendiera que él no tenía por costumbre charlar del asunto con cualquier entrometido.

Le dije que, por supuesto, lo entendía perfectamente y que, a tenor de lo expuesto, valoraría aún más su confianza. Me dijo que había encontrado a su novia una tarde de sábado detrás del aparador del comedor de su padre. Era menuda y bajita, tenía un pie varo y el labio leporino y, en consecuencia, cojeaba y ceceaba. Era corta de vista y se

valía de una trompetilla, pues su natural nervioso le impedía utilizar aparatos eléctricos para combatir la sordera. Sufría o bien de daltonismo, o bien de mala memoria para los nombres. No era especialmente agraciada pero, a decir de Fornid, nadie es perfecto. La joven había ido a estudiar la estructura del aparador como delegada de la Asociación Local de Anticuarios, pero por desgracia se había quedado atrapada allí y llevaba ya dos semanas cuando Fornid la encontró, tal vez por ser demasiado tímida para pedir ayuda o excesivamente débil para hacerse oír. Mi amigo la rescató con una sola mano y, desde ese día, su vida no había sido la misma. Por fin había cumplido, dijo, su sueño de juventud de rescatar a una damisela en apuros y se sintió obligado a enamorarse de ella. Así lo hizo. Tenía, según él, cualidades muy admirables que no lo eran menos por estar ocultas a simple vista. Él mismo no tenía claro cuáles eran, lo que, aparte de darle un aura de misterio y aventura, demostraba lo delicadas que eran. Las cualidades máspreciadas, dijo, nunca son las más obvias.

Le dije que no podía estar más de acuerdo. También le hice ver que su historia me había conmovido, pues daba muestras de un refinamiento que cualquier alma desconsiderada habría tenido la desconsideración de creer impropio de alguien de su físico. Sentí la necesidad de confesarle mi afecto por él y le hice saber que esperaba que viniera a verme a casa con su prometida.

Su respuesta fue un largo ronquido. El pobrecillo debía de estar rendido. Me puse todo lo cómodo que me permitía la estrechez del espacio y pasé la noche en vela meditando sobre muchas cuestiones y deseando poder escapar de Puag al día siguiente. Mi incomodidad no fue óbice para que aquella fuera una de las noches más felices de mi vida. La expedición iba viento en popa; éramos un grupo unido y bien avenida; los porteadores eran una maravilla; estaba entre amigos. ¿Qué más podía pedir un hombre?

De la base avanzada al campamento II

Al día siguiente nos reagrupamos. O'Jalah había encontrado un hielo interesante que quería hervir y se quedó en la base avanzada con Fornid, quien estaba más que exhausto tras el esfuerzo del día anterior y no se encontraba en condiciones de avanzar. Constant y yo teníamos que escoltar a los porteadores cesantes al campamento base y regresar al día siguiente. Selvat debía intentar establecer el campamento I a 27.000 pies. Cliché lo seguiría en cuanto registrara con su cámara las diversas salidas.

Este último se había levantado antes del alba para desplegar su equipo, pero seguía sin estar operativo cuando Selvat partió, al igual que una hora después, cuando este volvió a partir, pues la primera vez había estado caminando en círculos. Me fijé en que ninguno comentó nada sobre los progresos del otro, y esperé que no se tratara de un síntoma de laxitud altitudinal. Pero, al pasar por delante de la cámara por segunda vez, Selvat había musitado algo como «solo estaba calibrando la brújula», mientras que Cliché se había dedicado a accionar la manivela como si estuviera sacando tomas. Esperaba que eso no implicara que intentaban engañarse el uno al otro; sin embargo, en aquel momento yo andaba demasiado ocupado con mis propios asuntos para prestarle más atención al tema. Cuando estuvimos listos, Constant y yo retrasamos todo lo que pudimos nuestra salida, con la idea de procurarle un material aprovechable a Cliché, pero al final nos vimos obligados a partir sin que nos grabara.

Llegamos al campamento base sin incidentes y encontramos a Propens anémico pero alegre. Me pasé la tarde escribiendo en mi diario y zurciendo calcetines, mientras Constant repasaba con los porteadores las instrucciones para trasladar el campamento, luego me aseguró que lo habían entendido todo a la perfección. Esa noche nos metimos en el sobre sin preocupaciones. Propens, con su habitual generosidad, se negó a dejarme compartir su tienda; me dijo que Constant y yo, puesto que escalábamos juntos, no debíamos separarnos. Mi compañero, por su parte, se mostró dispuesto a renunciar a mi persona por una noche, pero supe que Propens tenía razón: Constant y yo no debíamos dejar pasar la ocasión de conocernos mejor. Resultó, no obstante, que lo único que pude llegar a saber de Constant fue que era de sueño fácil, porque se quedó traspuesto en cuanto me metí en el saco de dormir.

Nos levantamos temprano y envié el siguiente despacho: «Conquistada pared norte e iniciado reconocimiento del Kurda Rarí. Todos bien, felices y deseosos de medir fuerzas con la prodigiosa montaña que se eleva sobre nosotros y nos desafía a pisar sus taludes traicioneros. El espíritu de equipo sigue siendo de primera y los porteadores son una maravilla».

Nos despedimos finalmente de Propens. Para él —y para todos, en realidad—, suponía una gran decepción no poder acompañarnos, y pregunté cómo se tomaría su padre las noticias sobre su invalidez. Sin duda su mujer lo utilizaría como un nuevo instrumento de tortura con el que atormentar al desdichado. Hice lo que pude por animarlo. Le dije que la nobleza con la que había sobrellevado sus padecimientos era un ejemplo y una inspiración constante para todos nosotros, y en particular para mí, que conocía su triste historia. Me dio una palmadita en el hombro y me dijo: «Lo sé, muchachote». Parecía bastante satisfecho.

Llegamos sin incidentes al campamento base avanzado. Constant se cayó en varias grietas, y yo mismo en otro par, pero los porteadores nos auparon sin problema, pues estaban aprendiendo a pasos agigantados el manejo de la cuerda. Se llamaban Chi Ko y Reta Ko, y ambos eran menudos y robustos. Cuando —muy rara vez— no estaban fumando atufó, se dedicaban a discutir, o eso me parecía a mí, y apenas nos prestaban atención, salvo cuando les dábamos órdenes, que cumplían con gran meticulosidad pero sin el menor asomo de interés. Constant apuntó que, puesto que habíamos superado la cota de los 20.000 pies, su actitud no tardaría en mejorar. Abrí bien los ojos en busca de indicios de este cambio, pues, a decir verdad, me sentía en cierto modo intimidado por su independencia y su impenetrabilidad. Sabía de la inescrutabilidad de Oriente, pero no esperaba en absoluto que me la restregara en la cara de esa manera.

Habíamos subido un trecho de la primera pared de hielo por los escalones que ya habíamos usado antes, cuando Constant llamó mi atención sobre una figurita que se aproximaba hacia nosotros desde el campamento base.

En la vida de un hombre hay ocasiones en que se ve golpeado con tal violencia que se siente incapaz de controlar su destino: se siente como un insecto aplastado bajo el pie de un gigante.

Ese momento lo viví así y, por la cara de Constant, entendí que estaba igual de conmocionado.

Bajé la vista con la esperanza de olvidar lo que había visto en los ojos de mi compañero.

—¿No puede hacerse nada? —pregunté en un susurro.

Constant meneó la cabeza.

—Lo intentaré pero es prácticamente imposible.

La figurita había empezado a subir los escalones. Estaba doblado casi en dos por el peso de una enorme pila de utensilios de cocina que repiqueteaban y traqueteaban a su paso. Avanzaba hacia nosotros como una criatura de los avernos, hasta que finalmente se detuvo varias yardas más abajo y levantó hacia nosotros una cara que era una pesadilla hecha realidad.

Constant se enfrascó en una larga y violenta conversación, que Chi Ko y Reta Ko aprovecharon para fumar alegremente de sus pipas, mientras yo intentaba retomar el control de mi destino meditando sobre los *Pensamientos de altura* de Van Bolea.

Por suerte la disputa no tardó en tocar a su fin y Constant me comunicó que le había sido imposible convencer a Puag de que regresara. Chantajes, amenazas, engaños..., nada había funcionado. El cocinero era sin duda un hombre con una Misión; aparte de emprenderla a pedradas con él, a Constant no se le ocurría otra forma de hacerle volver. Sin embargo, le había dejado bien claro que no tenía que seguir más allá de la base avanzada, donde requerirían sus atenciones quienes regresaran de la montaña débiles y desamparados.

Le hice ver que me parecía un golpe muy bajo para los débiles y los desamparados. Constant me dio la razón pero aseguró que no veía otra alternativa.

Cavilé durante un rato. La presencia de Puag podía poner en peligro toda la expedición. Los estómagos se vuelven delicados por encima de los 20.000 pies; habíamos tenido la previsión de introducir comida apetitosa en las raciones de altura, con la idea de tentarlos. Si dejábamos que Puag campara a sus anchas por la montaña, la salud y la esperanza podían desvanecerse. ¿No deberíamos, tal vez, ser nosotros quienes asumiéramos el sacrificio supremo: regresar a la base con Puag y sufrir sus atenciones para ahorrárselas al resto del equipo?

Aquello era exigirse demasiado y, al final, decidí que no. Nos necesitaban en la montaña; no podíamos dejar en la picota a nuestros compañeros.

Me metí en la boca una pastilla contra la acidez y di la orden de avanzar.

Llegamos a salvo a la base avanzada. Pero la encontramos desierta. Encendí el walkie-talkie y establecí contacto con O'Jalah. Estaban todos en el campamento I. Pasarían allí un par de días para aclimatarse antes de avanzar hasta el II.

Eran noticias halagüeñas. Le dije que esperara nuestra llegada para el día siguiente y le pedí que me describiera la ruta. Mientras hablaba, distinguí claramente los acordes de «My Darling Clementine» entonados de fondo y deseé estar con el alegre grupo.

Más tarde reparé en que habían desaparecido las reservas médicas y me figuré que se las habrían llevado al campamento I. En su momento me desconcertó. Después deduje que lo habrían hecho por error.

La comida de esa noche no fue tan desagradable como había temido, por la sencilla razón de que era incomible. Sin embargo, Constant apuntó que probablemente se debiera a que Puag todavía no se había familiarizado con las raciones de altura; a su entender, lo peor estaba por llegar. El caso es que ninguno de los dos pudo dormir y aproveché la ocasión para hacer unas mínimas indagaciones cordiales sobre la vida privada de Constant. Le conté que no tenía claro qué miembros del equipo tenían prometidas y cuáles no y le pregunté si estaba casado. Me dijo que no. Le pregunté si sus padres vivían. Me dijo que sí. Le pregunté si tenía hermanos o hermanas. Me dijo que sí. Le conté que yo tenía tres hermanas. Me dijo que ah.

Algo no cuadraba; a nadie con ciertas dotes de empatía podía pasarle desapercibido. Estuve un rato preguntándome cómo abordarlo y pensando en lo

solitario que puede ser el espíritu humano, en particular cuando sufre. Sospeché que el carácter taciturno de Constant escondía un corazón herido.

Esta es la clase de situaciones a las que ha de enfrentarse a menudo un líder que se precie, y tal vez sea el único caso en que la bondad pasa por ignorar los sentimientos del otro. Por difícil que resulte hablar de los problemas personales, siempre es un alivio hacerlo; por lo general es mayor la bondad del que presiona a un sufridor para que comparta sus padecimientos que la de aquel que respeta el deseo superficial del otro de padecerlos en silencio.

La mejor manera de suscitar una confianza es revelar una propia. Imaginé que las reticencias de Constant estaban relacionadas con un romance truncado y le relaté una experiencia propia que, si bien me había causado dolor en su momento, ya era agua pasada. Esperaba poder animarlo y transmitirle la esperanza de que también su dolor pasaría.

Al ver que no hacía ninguna observación sobre mi historia, dejé caer que ese tipo de cosas podían ocurrirle a cualquiera.

Una vez más no hubo respuesta. Pero me percaté de un sonido peculiar y, al mirar a Constant, vi que estaba aovillado en su saco de dormir y temblaba.

¡El pobre hombre estaba sollozando!

Conmovido hasta la médula, le puse una mano en el hombro. El sollozo se hizo más virulento.

—Cuéntemelo todo, amigo mío —le dije.

Creí que iba a perder por completo la compostura. Pero, poco a poco, el paroxismo remitió. Cuando se dio la vuelta, vi sus mejillas bañadas en lágrimas.

—Cuénteme —repetí.

Se apresuró a cubrirse la cara mientras lo desgarraban los últimos sollozos. Después se quedó muy quieto.

No pude evitar darme cuenta de que la atmósfera había cambiado y entonces esperé expectante. No me defraudó. Empezó a hablar, al principio lento y titubeante, y luego cada vez con más fluidez.

De pequeño Constant había sido un gran aficionado al circo, una pasión que, si bien sus padres no aprobaban, había seguido estando presente a lo largo de su vida y solo había cambiado para alcanzar su madurez con el paso del tiempo. Del primero al último de sus recuerdos más felices estaban vinculados al circo; la peculiar mezcla de genio, grandilocuencia y fantasía de ese arte suscitaba en él una voracidad romántica muy arraigada. Este mismo apremio, dijo, había dictado la elección de su oficio. Para él las gentes del circo distaban mucho de ser personas normales y corrientes: eran al mismo tiempo caballeros con armadura, hadas y gnomos, los príncipes y princesas de su niñez. Todo el romanticismo de su infancia giraba en torno al circo.

Y su primer y único amor había sido una artista circense.

Se llamaba Stella. Actuaba con una compañía de focas. Según Constant, era el ser

más adorable del mundo. Nobles y príncipes la idolatraban, pero en el fondo era una muchacha sencilla y no quería a ninguno de ellos; había jurado casarse con un hombre sencillo y darle hijos sencillos.

Fue amor a primera vista y alcanzaron una felicidad que solo se conoce en los primeros amores. Él iba a ver todas sus funciones y ella le mandaba besos dos veces por noche, así como en las matinés de miércoles y sábados.

En la perfección de ese su paraíso particular había una única mácula. Bajío, el jefe de las focas, le cogió inquina a Constant. Stella decía que eran celos. Ladraba cada vez que se acercaba a ella y, durante las funciones, se pegaba al borde de la pista y hacía muecas que asustaban a los niños. Empezó a negarse a comer. El paroxismo llegó cuando Stella apareció por primera vez con el anillo de prometida que le había regalado Constant. En cuanto lo vio, la foca emitió un chillido que desgarró el corazón de todos los presentes. Se lanzó de bruces contra el suelo y enterró la cara entre sus aletas.

A Stella esto le partió el corazón. Estaba muy apegada a sus focas, que eran como sus hijos, y sentía sus problemas como propios. Le dijo a Constant que no podía soportar seguir hiriendo a Bajío, en cuyo juicio, por lo demás, tenía gran confianza. Su aversión por Constant debía de ser indicio de algún defecto serio en su personalidad que a ella le había pasado desapercibido. Si no conseguía hacerse amigo del animal, tendrían que poner fin a su relación.

Constant juró que lo conseguiría. Para su corazón romántico, aquello era una aventura. Mandó buscar delicias de pescado por los cuatro confines del mar y pasaba todo su tiempo libre en el acuario de Bajío, intentando ganarse su favor. Pero no había manera de conmovier al pobre animal. Solo comía de la mano de Stella, y tampoco gran cosa. Se quedó más delgado que una anguila.

Constant estaba desesperado. Consultó con autoridades en psicología foquil y visitó a viejos marineros de diversos hemisferios. Pasaba horas en su bañera intentando ponerse en el pellejo de Bajío; los dedos de los pies se le quedaron arrugados para los restos, pero el secreto de los afectos de la foca siguió sin revelársele.

Cierto día, mientras caminaba sumido en la más sombría desesperación por el West End londinense, sin importarle lo que pudiera pasarle, se vio asaltado por el indomeñable impulso de justificar su miseria cometiendo cualquier acto irreparable de degradación. Profirió un grito que cambió la vida de tres transeúntes y se precipitó como un loco a un cine de sesión continua, donde estaba empezando un cortometraje de animación. El primer plano era una playa rocosa donde una bonita sirena encandilaba a las criaturas de las profundidades con una canción. Entre el público había una foca voluminosa y de aspecto saludable que escuchaba aquel cántico con una expresión de absoluto arrobamiento. Constant comprendió estremecido que tenía ante él la imagen de Bajío en sus horas más felices.

Salió del cine como alma que lleva el diablo y cogió un taxi directo al circo,

donde corrió al acuario de Bajío y desnudó su alma con una apasionada versión del «Caller Herrin».

El efecto fue pasmoso: los leones rugieron, los perros aullaron y los elefantes barritaron y pisotearon el suelo. Un acróbata se cayó encima de su compañero y tres payasos presentaron su dimisión en el acto.

Pero Constant hizo caso omiso de esas trivialidades: y es que Bajío estaba sentado en el agua con una sonrisa de dicha infinita, al tiempo que lo acompañaba con una voz de barítono muy bien modulada.

El director del circo apareció corriendo y, sin pensárselo dos veces, le ofreció al joven Constant un contrato con un salario fabuloso. Pero este lo apartó de su camino y se precipitó hacia el camerino de Stella. La pareja regresó y Constant retomó su dueto con Bajío.

La muchacha pegó un chillido arrobado y se arrojó en los brazos de su transido amante. En cuanto lo hizo, la foca profirió un bramido estruendoso. Atónita, Stella se acercó al animal e intentó acariciarle la cabeza. Para su horror, le mordió la mano.

Ese fue el fin. El animal había transferido sus afectos a Constant y estaba loco de celos de Stella. Desolada y furiosa, le dijo a su amante que se llevara consigo al animal que él le había robado y desapareciera de su vista. Mi amigo agarró a Bajío en brazos y se precipitó llorando a moco tendido a la calle, donde cogió un taxi hasta el zoológico. Durante todo ese tiempo Bajío había seguido con su parte de la interpretación del «Caller Herrin».

Constant volvía a sollozar con la cara escondida en el saco de dormir. Esperé a que se le pasara el disgusto y luego le expresé mi más profunda solidaridad y le dije que sabía que debía de haber supuesto un gran alivio contármelo. Asintió y me aseguró que ya se encontraba mejor. Él empezaba a creer que por fin había vencido su pena.

Tuve que volverme para enjugarme a escondidas una lágrima. Las recompensas del liderato no son siempre ni tan inmediatas ni tan intensas. Cuando recobré la compostura, le pregunté qué había pasado con Bajío. Al parecer, el animal había formado un coro masculino con las focas del zoológico. Constant iba a cantar con ellas los sábados por la tarde.

Esa noche ninguno de los dos conseguimos dormir bien. Tuve una pesadilla recurrente en la que veía la cara de Constant al reconocer a Puag en la figura que nos seguía; pero cuando este se acercaba, resultaba ser una foca de cara flácida que lloraba desconsoladamente e intentaba esconderse en un saco de dormir que le quedaba pequeño. Me desperté extenuado. Constant también había pasado mala noche y estaba agotado tras haber sufrido repetidos accesos de llanto que habían hecho temblar la tienda. Me dijo que estaba ya acostumbrado y que no eran necesariamente un signo de malestar, lo que me reconfortó.

No estábamos en absoluto en condiciones de proseguir nuestro avance, pero teníamos menos miedo a la montaña que al panorama desolador de las comidas de Puag. Lo dejamos atrás con gran alivio y le aseguramos que no habíamos comido mejor en nuestras vidas. Añadimos que volveríamos lo antes posible para poder deleitarnos cuanto antes con sus prodigios culinarios. Ese, apostillamos, sería el punto cumbre de nuestra aventura, la recompensa a las dificultades superadas, el rayo de luz entre nuestra nube de sudor y lágrimas. Le suplicamos que no se moviera de donde estaba para que no nos lleváramos una decepción.

Lo dejamos fregando los platos con cara de pocos amigos.

Pusimos rumbo al campamento I por la ruta que nos había descrito O'Jalah. Justo por encima de la base avanzada, una arista pronunciada se elevaba unos 5.000 pies antes de fundirse con la pared de la montaña. Nuestro camino ascendía por la cara izquierda de dicha arista.

Ambos estábamos utilizando oxígeno, pero el equipo era tan incómodo que permitimos que Chi Ko fuera en cabeza. Los porteadores rechazaban la asistencia de oxígeno; creo que pensaban que era cosa de brujería.

No habíamos recorrido mucha distancia cuando el terreno empezó a empinarse, y pronto nos vimos —o más bien se vieron los porteadores— tallando escalones en hielo duro. Estábamos alto. Cada paso adelante exigía un esfuerzo equivalente a subir corriendo 153 escalones a nivel del mar (el dato es de O'Jalah). Por fin había empezado el tormento definitivo. Ya podíamos contarnos entre quienes habían transitado las alturas culminantes y habían invadido el último bastión de la naturaleza contra el espíritu de progreso humano.

Intenté recordar todo lo que había leído sobre la escalada en altura. Subía un escalón y esperaba diez minutos. A mi entender era esencial hacerlo así; nuestros predecesores habían sido unánimes al respecto: un escalón, diez minutos de descanso (o siete, si se estaba en una urgencia). Me pareció más complicado de lo que había previsto. Quedarse en una posición fija diez minutos no es tarea fácil. Por lo pronto, tendía a caerme hacia los lados; después, me daban calambres en la pantorrilla; además, empezaba a picarme la nariz; y, por último, me entró un tembleque en el pie y tuve que agarrármelo con ambas manos. Era muy agotador y, cuando me agachaba para cogerme el pie, estaba más bajo que antes de subir el escalón, lo que me hacía preguntarme si estaba ganando altura o perdiéndola; el desgaste mental era tal que perdí el equilibrio y me caí del escalón.

Chi Ko tiró de mí hacia arriba y volví a intentarlo. Empezaba a valorar en su justa medida todo lo que había leído sobre los rigores de la escalada en altura. Sin embargo, me fijé en que los demás parecían estar ignorando aquel procedimiento: mientras yo me esforzaba por quedarme en la misma postura, ellos se movían libremente por sus escalones e incluso mostraban señales de impaciencia. En el caso de los porteadores podía entenderlo, pero la verdad es que esperaba más de Constant. A punto estaba de reconvenirlo cuando me dijo: «¿Qué cuernos cree que está

haciendo, Tostón?»). Se lo expliqué y, para mi sorpresa, se vio presa de una sucesión de ataques de risa. Dijo que los primeros escaladores tenían forzosamente que descansar cada varios pasos porque se quedaban sin aire, cosa que les ocurría porque no contaban con oxígeno suplementario. Según dijo, nadie tenía por qué descansar más de lo que le apetecía; si seguíamos avanzando a mi paso, jamás haríamos cumbre.

Si bien de entrada me sorprendió, tras pensarlo detenidamente me pareció un argumento bastante razonable y decidí hacer una intentona seria. Con gran deleite descubrí que no notaba más dificultad en el avance que el día anterior. Si menciono este incidente —en el que, la verdad sea dicha, no quedo muy bien— es porque ilustra a la perfección que el saber libresco puede inducir a error. Como lector, aprendí, pues, a no confiar en nada, y, como escritor, a cuidarme muy mucho de no inducir a error a mis lectores.

No quiero ni pensar qué habría sido de mi progresión de no haber estado allí Constant para sacarme de mi equivocación.

La marcha empezó a complicarse y me preparé para la aparición de esos extraños fenómenos que se presentan en atmósferas enrarecidas. Le recordé a Constant que quería tener constancia de cualquier experiencia inusual que viviera y, cuando hicimos una parada para descansar, llamé a los demás por radio y les pedí que lo recordaran igualmente. Seguían en el campamento I, todavía sin aclimatarse. Hablé con Fornid, que me contó que O’Jalah se había levantado esa mañana de un humor particularmente desagradable; ¿creía yo que podía tratarse de uno de los síntomas que me interesaban? Le aseguré que sin duda así era y le di las gracias. El científico debió de coger el aparato en ese momento, porque entonces me llegó su voz, asegurándome que su actitud estaba plenamente justificada. Fornid roncaba tan fuerte por las noches que no le dejaba pegar ojo; los ronquidos, me dijo, no se habían atenuado como él había creído que pasaría en una atmósfera enrarecida como aquella, sino que, muy al contrario, se habían vuelto más sonoros, más complejos y, en suma, más desagradables que antes. Era, según dijo O’Jalah, un ejemplo de cómo sale en altura el animal que el hombre lleva dentro. Saltaba a la vista que Fornid no estaba hecho para socializar por encima de los 20.000 pies (en el caso, esto era, de que pudiera considerarse apto para alguna altura).

Aunque me solidaricé con él, al mismo tiempo le pedí que fuera considerado con su amigo, que debía de estar padeciendo enormemente. Me prometió recordar mis palabras y me pidió que abriera bien los ojos por si avistaba marañas de Marthon.

Emprendimos de nuevo la marcha, escalando a buen paso, si bien conteniendo el ímpetu de Chi Ko, que parecía tomarse la montaña como si fuera una carrera (un vicio en el que incurren muchos novatos). Los neófitos se cansan a la hora de marcha, mientras que los veteranos pueden proseguir todo el día al mismo paso constante.

Conforme subíamos y subíamos, nuestras piernas iban debilitándose y nuestra respiración se fatigaba. Las paradas eran cada vez más necesarias y frecuentes, pero

al principio me pareció hasta placentero detenerme por necesidad y no por obligación. El majestuoso paisaje que me rodeaba había perdido mucho de su interés. Me vi concentrándome en los fondillos del pantalón de Constant, que iba delante de mí. Me pareció que no había visto en mi vida unos fondillos más horribles. Me pareció que mi compañero debía avergonzarse de poseer tales fondillos. Me pareció que los del pantalón de Fornid eran muy distintos. Anoté todo esto por la noche en mi diario como un efecto interesante de la altura.

Alcanzamos los 27.000 pies marcando un tiempo bastante decente y buscamos el campamento I. Con gran consternación comprobamos que no había ni rastro de nadie. Llamé a los demás por radio. Contestó Cliché. Le describí con toda la precisión que pude la ruta que habíamos seguido y la naturaleza de nuestro entorno inmediato. Me respondió que, por lo que entendía, sí que estábamos en el campamento I. Me aconsejó que encontráramos un buen promontorio desde donde poder ver mejor. Eso estaba muy bien, pero en esas cotas la pared de la arista era un laberinto de promontorios y las tiendas podían estar escondidas tras cientos de peñascos o pináculos. Reconocimos el terreno y gritamos. Silbamos y cantamos *jodelns*. Estallamos bolsas de papel. Todo en vano.

Acabábamos de sentarnos para reflexionar cuando Constant ahogó un grito y señaló hacia abajo.

Subiendo por los escalones que habíamos tallado, avanzaba hacia nosotros una figura oscura y lúgubre.

¡Puag!

¡El horror!

Celebramos a todo correr una reunión de urgencia. Puag llevaba mucho peso: parecía haber traído todo el instrumental de cocina y la mayor parte de la comida que habíamos dejado en la base avanzada. Abandonaríamos la búsqueda del campamento I, subiríamos lo más rápido y alto posible y, cuando nos fallaran las fuerzas, estableceríamos el II.

Mientras hablábamos, Puag se había acercado alarmantemente y, cuando retomamos la marcha, tuve que luchar contra un pánico poco viril. Constant comentó que no había visto nada parecido desde que, estando un día de puente, había sido perseguido por un toro en Broadstairs.

Dejamos que Chi Ko fuera en cabeza tallando escalones e hicimos lo que pudimos por seguirle el ritmo. Impuso un paso endiablado. Dudo que nunca antes se hubiesen tallado escalones a tal velocidad, independientemente de la altitud. Tenía algo de sobrenatural. En teoría el montañismo a 27.000 pies de altura tiene que ser algo sobrehumano, pero Chi Ko, sin oxígeno, estaba tallando escalones tan rápido como nosotros, con oxígeno, éramos capaces de subirlos. Nada tenía sentido, y empecé a preocuparme. También me tenía mosqueado lo del toro de Constant. Me pareció poco probable que hubiera un toro suelto por Broadstairs en un día festivo. ¿Estaría tomándome el pelo? Al mismo tiempo, sin embargo, sentí vergüenza de mí

mismo por dudar de mi compañero, lo que se sumó a mis preocupaciones.

Pese a nuestro ritmo trepidante, Puag seguía acortando distancias. Y más rápido que fuimos. Mi compañero y yo estábamos mareados y tropezábamos a cada tanto. Yo me convertí en un amasijo de cardenales, y Constant se encontraba en un estado más lamentable si cabe; al ser más alto, más dura era la caída. El colmo fue cuando, tras una caída especialmente aparatosa, mi compañero se vio recogido por Puag, que nos había dado caza. Constant profirió un grito de espanto y cayó en redondo, inconsciente. Lo reanimé de un porrazo en la cabeza y le pregunté qué podíamos hacer. Me dijo que, puesto que saltaba a la vista que yo no estaba en condiciones de avanzar, era mejor que acampásemos donde estábamos. Así lo hicimos. Medí la altura y constaté que nos encontrábamos a 29.000 pies. Habíamos establecido el campamento II según el plan original. Con todo, en esos momentos, aquello supuso una satisfacción menor: no podíamos pensar en otra cosa que en los horrores digestivos que nos aguardaban.

El campamento perdido

Todavía hoy en ocasiones me despierto gritando en plena madrugada al revivir en sueños los padecimientos de aquella noche infernal. En cuanto las tiendas estuvieron en pie, Constant y yo nos atrincheramos en nuestros sacos de dormir, a la espera de la cena. Me preparé para el tormento pensando en los mártires cristianos y recordándome que no merecería la pena escalar el Kurda Rarí si solo fuera un viaje de placer. Mis meditaciones, sin embargo, se vieron interrumpidas por un prolongado estrépito proveniente de la tienda de Puag. Constant, que estaba empezando a perder la templanza, salió fuera a investigar. Regresó temblando, con un relato que no presagiaba nada bueno: el cocinero estaba revolviendo una cazuela enorme de la que emergían hedores indescriptibles. El suelo de su tienda estaba lleno de latas de comida vacías, y mi compañero había corroborado que contenían las exquisiteces que habíamos seleccionado especialmente para despertar el paladar en altura. Cuando apareció, aquel mejunje asqueroso confirmó sus peores vaticinios. Todos nuestros selectos manjares habían acabado en el fondo del horrible guiso de Puag: las succulentas pechugas de pollo, los albaricoques en almíbar, la nata que tan a menudo habíamos saboreado en nuestra imaginación, las sardinas, el caviar, la langosta, el delicioso queso gruyer, las nueces encurtidas, el curry, el salmón e incluso el café y las galletitas de chocolate: todo había quedado reducido a un potingue nauseabundo que habría hecho que las brujas de Macbeth hubieran salido corriendo despavoridas.

Los horrores de esa comida no fueron sino el prelude de una noche que pocos seres humanos podrían soportar. Si no recuerdo mal, a eso de medianoche me desperté de una pesadilla en la que quedaba sepultado por un alud bajo el Kurda Rarí para encontrarme con que Constant estaba tendido sobre mi pecho farfullando y emitiendo fuertes ronquidos. Cuando quise apartarlo, se despertó con un grito de terror y me pegó un puñetazo en la nariz que me saltó las lágrimas. Me disculpé por despertarlo y volvimos a acomodarnos. Debí de adormilarme de nuevo porque, de pronto, me desperté con la sensación de que un monstruo prehistórico se había colado en la tienda y quería atacarme. Cogí el objeto contundente más cercano —que resultó ser una bota de montaña— y golpeé al monstruo con todas mis fuerzas. Era Constant, por supuesto. Le pregunté si lo había despertado; pero si me contestó lo que me pareció oír, no es el hombre que creo que es. Tras pensarlo detenidamente, decidí que debían de haber sido imaginaciones mías, y justo empezaba a conciliar el sueño una vez más cuando mi compañero profirió un grito desquiciado y me mordió la oreja. Lo desperté y le sugerí que sería más seguro dormir cabeza con pies. Después de musitar unos extraños comentarios, accedió y comencé a darme la vuelta con el saco de

dormir. Era una tarea fatigosa a esa altitud. Tuve que parar tres veces a descansar y, cuando por fin conseguí completar la vuelta, me di cuenta de que había perdido mi almohada por el camino. Como era incapaz de afrontar la idea de volver atrás para buscarla, utilicé una bota a tal efecto.

Ya casi estaba de nuevo dormido cuando sonó un ruido espantoso a pocos centímetros de mi cara. Aterrado, el instinto me hizo revolverme y, por increíble que parezca, me vi agarrando una boca con mis manos. Fue un horror; creo que jamás olvidaré la alarma y la repugnancia que me causó. Más tarde descubriríamos que ambos nos habíamos dado la vuelta y seguíamos durmiendo cabeza con cabeza. Al despertarse de golpe de la pesadilla causada por el cepo en su boca, Constant la emprendió conmigo. Aún mareado por el sueño y el horror, contraataqué como un loco, y nos pusimos a pelear por toda la tienda. Pronto me quedé sin fuerzas, y a punto estaba de abandonar toda esperanza de supervivencia cuando Constant se detuvo de repente y se quedó en el sitio, jadeando. En cuanto recuperamos el aliento y la sensatez, volví a disculparme, e intentamos desenredarnos. Pero no fue tan fácil como cabría esperar. Estábamos atrapados en un abrazo complejo, medio fuera medio dentro de los sacos, enmarañados con cuerdas y ropa alrededor de nosotros. La oscuridad era absoluta. En medio de la operación, me dormí sentado, pero me desperté gritando, acuciado por la impresión de que la cuerda era una serpiente que intentaba estrangularme. Antes de volver en mí, me debatí desesperadamente con ella, lo que multiplicó por diez el enredo.

Pese a intentarlo una y otra vez, por hache o por be, no conseguíamos transmitirnos el uno al otro lo que pretendíamos. Había momentos en que tirábamos en sentido contrario del mismo trozo de cuerda; otros, rodábamos sobre nuestros costados y se nos quedaban enredadas las piernas; cuando no, lanzábamos al aire un brazo en un osado intento por liberarlo y nos golpeábamos el uno al otro en el ojo. A cada poco nos quedábamos sin aire. Un minuto uno y al siguiente otro nos veíamos asaltados por calambres o retortijones y nos retorcíamos, lo que lo empeoraba todo hasta el infinito. No parábamos de quedarnos dormidos y despertarnos aterrados por las pesadillas más abominables.

Al final se nos cayó la tienda encima.

Después de aquello nos rendimos. Nos quedamos tal y como estábamos y aguardamos la luz del día.

Cuando hubo claridad suficiente, sacamos las cabezas como pudimos y nos miramos.

—Esto no puede seguir así —dijo Constant.

Me pareció que no podía haberse expresado mejor. Había que bajar a toda costa al campamento I.

Pero antes de nada teníamos que salir de la tienda, una empresa nada sencilla a 29.000 pies de altura. Tras varios instantes de forcejeo, nos vimos obligados a hacer una pausa para recobrar el aliento. Se nos habían quedado heladas las manos y

tuvimos que ponernos guantes, lo que hacía la tarea de desenredo casi imposible. En un momento de desesperación estuve a punto de rendirme. Me quedé tendido y boqueando, con Constant sentado sobre mi cabeza, los brazos atados a la espalda con una cuerda y las piernas envueltas entre la tienda y el saco de dormir. Por tercera vez afronté la posibilidad de la derrota. ¿Sería finalmente la montaña más fuerte que nosotros?

Para empeorar las cosas, Puag llegó con el desayuno.

Tras debatirse con coraje y valentía contra la náusea, Constant pidió al cocinero que hiciera venir a Chi Ko y Reta Ko. Al poco estaban trabajando en nosotros y, por fin, tras lo que pareció una eternidad, fuimos hombres libres.

Pedimos a los porteadores que volvieran a montar nuestra tienda mientras nos retirábamos a la suya, donde emprendimos la misión de poner a hervir las botas para descongelarlas. Puag nos siguió con el desayuno, que era un refrito de las sobras del día anterior, más deplorable si cabe por estar chamuscado. Nos obligamos a tragar varios bocados, con la nariz tapada y los ojos cerrados, diciéndonos que era por el bien de la expedición. Después nos tomamos unas pastillas contra la acidez y trazamos un plan. Era simple: teníamos que llegar cuanto antes al campamento I y repartir con los otros la carga de Puag en la medida de lo posible.

Llamamos por radio a los demás y les dijimos que nos esperaran pronto; nos abstuvimos, en cambio, de comentarles nada sobre el cocinero, pues no queríamos arriesgarnos a que sufrieran un ataque de pánico en plena montaña. Selvat me confirmó que nos esperarían. Según nos contó, Fornid justamente acababa de aclimatarse, pero creía que un día más en el campamento I consolidaría su buen estado. Los demás también eran de la opinión de que un día más de descanso no haría daño a nadie.

Partimos temprano. Nuestras botas mojadas se congelaron al instante; aparte de una subida de las temperaturas, lo único que podía habérselas despegado habría sido una amputación. Nos íbamos cayendo a cada tanto y a veces nos quedábamos dormidos donde aterrizábamos. Chi Ko y Reta Ko no paraban de salvarnos la vida; pero al final parecieron cansarse, porque nos lanzaron encima de sus bultos y nos llevaron a cuestras el resto del día.

Cuando llegamos a los 27.000 pies, tratamos una vez más de localizar el campamento I y, de nuevo, pese a las indicaciones radiadas, fracasamos en nuestro intento de hallarlo. Desesperados, decidimos dirigirnos a la base avanzada. Llegamos al final de la tarde, al límite de nuestras fuerzas.

Nuestra primera misión fue descongelar las botas. Lo conseguimos metiendo los pies en un cubo de nieve derretida que procedimos a hervir en un infiernillo. Por suerte había botas de repuesto. Después contactamos brevemente con el campamento I y nos fuimos directos a la cama, negándonos a comer y a beber nada.

Al día siguiente estábamos medianamente recuperados. En circunstancias normales habríamos hecho un reposo largo pero, comoquiera que eso suponía seguir a merced de Puag, para nosotros aquello no era una opción. Aprovechamos la oscuridad de la noche para entrar a hurtadillas en la tienda comedor y robar un poco de comida. Ligeramente recuperados, reunimos energía para negarnos a desayunar y partimos rumbo al campamento I poco después del alba. Esa vez ni siquiera intentamos dejar atrás a Puag. Para entonces nos había minado por completo la moral; el simple gesto de rechazar una comida requería que ambos hiciéramos acopio de toda nuestra voluntad de hierro.

En cierto modo nos alegramos al saber que Cliché, Selvat y O'Jalah ya habían emprendido la marcha hacia el campamento II. La mala fortuna quiso que Fornid, el único que quedaba en el I, hubiera superado ya su pico de aclimatación, de modo que había empezado a empeorar hacía un día. Creyó conveniente quedarse atrás para recuperar fuerzas.

La jornada de escalada fue extenuante pero transcurrió sin incidentes. Ni Constant ni yo éramos capaces de nada que no fuera arrastrar los pies obstinadamente tras los portadores. Desde que habíamos rebasado los 20.000 pies yo había estado esperando esa mejora en la actitud de los yoguistaníes que me había prometido mi compañero. Jamás llegó. Hasta el final hicieron gala de su obediencia y su tesón, pero su independencia y su inaccesibilidad siguieron siendo inquebrantables. Constant dijo no entenderlo, pero apuntó que tal vez no eran yoguistaníes sino bordeistaníes, que era una raza totalmente distinta. Dijo que lo consultaría en sus notas del curso por correspondencia cuando volviera a casa.

Llegados a los 27.000 pies, hicimos nuestra búsqueda de rigor, con el resultado de rigor. Hasta hoy sigue siendo un auténtico misterio la razón de nuestros repetidos intentos fallidos por localizar el campamento I.

Pese al cansancio acumulado, no nos quedaba más remedio que seguir hasta el campamento II. Era una lástima dejar solo a Fornid en el I, pero me consolaba la idea de que así seríamos cinco para compartir la carga de Puag. Quizá nuestros ingenios combinados lograrían conjurar algún método para darle esquinazo.

De modo que adelante y arriba una vez más. Valiéndonos de los escalones que habíamos tallado dos días atrás, ascendimos a buen paso y llegamos al campamento II sin más incidentes.

Nuestras desdichas se habían prolongado durante tanto tiempo que encontrarnos con gente feliz en el campamento II casi nos pilló por sorpresa. Conforme nos acercamos, los acordes de «Roll Out The Barrel» nos encandilaron como si fueran hosannas.

Nos recibieron con los brazos abiertos y sentidas palmaditas en la espalda. Nos

golpearon y nos vapulearon. Nos revolvieron el pelo. Nos zancadillearon y se nos sentaron encima. Nos metieron nieve por el cuello. Nos ataron los cordones de las botas y nos caímos de bruces en el suelo.

No había visto tan jaraneros a mis camaradas desde el incidente de la grieta. Me pregunté a qué se debería.

Pero entonces vieron a Puag.

Jamás he visto un cambio de humor tan repentino. La borrasca más negra cayó sobre nosotros como las siete plagas de Egipto. Los tres que hacía apenas un instante habían estado más felices que unas Pascuas, cayeron en la melancolía como presas de una vejez repentina. Lanzaban miradas furibundas y mascullaban maldiciones. Se retorcían las manos y sacudían la cabeza sin cesar. Enmudecieron. Se recluyeron en sus tiendas y se aovillaron en las esquinas, mordiéndose las uñas y echando espumarajos por la boca. Cuando nadie los veía, lloraban en silencio.

Tras el largo tormento que había padecido, aquello fue la gota que colmó el vaso. Me metí sin cenar en mi saco de dormir y lloré hasta que me venció el sueño.

A la mañana siguiente me desperté y me encontré a Constant incorporado en su saco. Estaba blanco como una sábana.

—¡Se han ido!

—¿Qué quiere decir? —boqueé, y él asintió—. ¡Hable, se lo ruego!

Todo su cuerpo tembló con un suspiro profundo y desgarrador. Abrió la boca y exprimió un largo gemido desde el fondo de su torturada garganta en un esfuerzo por contarme el espanto de lo ocurrido.

—¡Traicionados! —gimió.

—¿Se refiere a que...?

Asintió.

¡El horror!

Poco a poco conseguí calmarlo; y a medida que nuestro amigo el sol remontó los cielos y calentó nuestra tiendecita, fue recobrando el valor. En una ocasión, cuando la sombra acechante de Puag cayó sobre el techo de la tienda, pegó un grito, pero no tardó en recuperar la hombría y se decidió a contarme lo sucedido con una voz de una ternura infinita.

Selvat y O’Jalah se habían escabullido antes del amanecer y habían huido montaña arriba. Cliché no había tardado en irse también, rumbo al campamento I.

El resto del día lo pasamos metidos en nuestros sacos de dormir, cada uno encajando el golpe a su manera. A la caída de la noche, Constant habló:

—Mañana me bajo al campamento I.

Asentí. Era inevitable. Me di la vuelta y me dormí. Cuando me desperté a la

mañana siguiente, se había ido. No me sorprendió. No me decepcionó. Apenas me interesó siquiera. Era el fin: el fin del empeño de altura, el fin de la camaradería, el fin de los sueños, el fin de la vida como tal. Estaba al borde de una vaciedad infinita. Sin un suspiro ni una mirada atrás, resignado, agradecido incluso, atravesé el umbral y salí al exterior.

A alguien no se le ocurrió otra cosa que hacer que darme una bofetada. Una voz impaciente me decía:

—¡Levante, Tostón, pedazo de zoquete!

Obedecí, abrí los ojos y miré a mi alrededor.

Estaba tendido bocarriba en la nieve, bajo la luz cegadora del día. Tenía a Cliché agachado sobre mí.

—¿Dónde estoy?

—¿Usted qué cree?

Cavilé un rato.

—No sé, ¿en el cielo?

Estalló en una fuerte risotada.

—No os lo perdáis, amigos: ¡Tostón se cree que está en el cielo!

Más risotadas. Miré alrededor. Allí estaban O'Jalah, Selvat y, sentado sobre una caja a mi lado, con aspecto muy cansado, Constant.

Y detrás, escrutándome desde arriba, vi a varios porteadores, incluidos Chi Ko, Reta Ko y Puag.

Distinguí entonces las tiendas y empecé a hacerme una composición de lugar: estábamos en el campamento II. Constant y yo acabábamos de llegar por segunda vez a la base avanzada y nos habíamos encontrado con el resto. Debía de haberme quedado dormido. Lo demás había sido solo un mal sueño.

Más alto que el Everest

Tras una comida sobre la que mejor no extendernos, nos apiñamos en una tienda pequeña para discutir nuestros planes futuros. La cuestión era: ¿qué íbamos a hacer con Puag? Se hicieron varias sugerencias pero ninguna era factible a la par que humana. O'Jalah lo resumió con su habitual precisión: debíamos aceptar a Puag como uno más de los peligros de la montaña y diseñar nuestra estrategia en consecuencia.

Constant comentó que nosotros llevábamos cuatro días aguantándolo y ya le iba tocando a los demás. O'Jalah dijo que, en principio, no podía estar más de acuerdo pero que teníamos que ver cómo llevarlo a la práctica; debíamos asumir, apuntó, que, al dividirnos, Puag se decantaría por el grupo más numeroso con tal de causar el mayor daño posible. Pero podíamos desbaratar sus planes con una sencilla estratagema: ahora éramos cinco; por la mañana, dos avanzarían juntos para establecer el campamento III, dejando a tres en el II. Era de esperar que Puag se quedase con estos últimos. Sin embargo, al poco tiempo, uno de ellos partiría, bien con rumbo al campamento III o de vuelta al I. Una vez más, el cocinero se quedaría con la mayoría. El siguiente paso era que los dos restantes se separaran, con lo que la esfera de influencia de Puag se reduciría a una sola persona.

—¿No será muy duro para quien se quede el último? —pregunté.

—Será por poco tiempo —me aseguró O'Jalah—. Luego podemos turnarnos, según vayamos viendo. ¿Está decidido entonces?

Constant y yo nos miramos con recelo. Pero Cliché y Selvat dijeron que era un plan perfecto y felicitaron a O'Jalah por su dominio del arte de la estrategia.

—Muy bien. A ver, es evidente que Tostón y Chinche no están en condiciones de subir al campamento III.

—Correcto —dijeron al unísono Cliché y Selvat.

—De hecho —prosiguió O'Jalah—, es fundamental que se tomen un día de descanso.

—Por supuestísimo —dijeron al unísono Cliché y Selvat.

—Así que deben quedarse aquí con Puag.

—Otra cosa no tendría sentido —dijeron al unísono Cliché y Selvat.

—Y en cuanto al resto, asumo que ustedes dos no quieren ir juntos.

—Desde luego que no —dijeron al unísono Cliché y Selvat.

Me pregunté por qué.

—De modo que yo debería ir al campamento III con uno de ustedes. ¿Quién va a ser?

—Selvat —dijo Cliché.

—Cliché —dijo Selvat.

—Lo mejor será que lo echemos a suertes —sugirió O'Jalah.

—Cara —pidió Cliché.

—Ha salido cruz —anunció Selvat.

—Enhorabuena, campeón. Será el primero en rebasar la altura del Everest.

—Pero si he ganado yo —repuso Selvat.

—Por eso: el que pierde se queda.

—Pero yo creía que era al revés.

—¿Y eso cómo va a ser? —replicó Cliché.

—Es que...

—Pero, bueno —prosiguió Cliché—, si cree usted que estoy intentando engañarlo... —Selvat no dijo nada—. No se fía de mí. —Selvat bajó la cabeza—. Después de todo lo que he hecho por usted. —Selvat se removió en el sitio—. Muy bien. Volveremos a lanzar la moneda. Cara.

—Ha salido cara.

—Elijo yo. La verdad es que no he querido mencionarlo antes, pero no me siento preparado y no me gustaría decepcionar al equipo. Regresaré al campamento I.

Selvat dio muestras de cierta perplejidad. Se retiró de la conversación y se quedó largo rato con el ceño fruncido mascullando para sí y haciendo cálculos con los dedos. De vez en cuando abría la boca para hablar pero entonces parecía pensárselo mejor. Por último suspiró hondo y se quedó muy quieto, mirando al vacío como quien ha abandonado toda esperanza y espera en silencio la muerte. Sospeché que existía algún rencor oculto pero no tenía fuerzas para ponerme a indagar. Además, tenía otras preocupaciones: ¿cómo íbamos a soportar Constant y yo otro día a merced de Puag?

Le expuse el problema a O'Jalah, y aquel maestro de la estrategia dio con un plan viable: alguien debía atraer a Puag fuera de la tienda cocina para que otro robara algo de comida, que esconderíamos en nuestros sacos de dormir. Sobreviviríamos al día siguiente con esas provisiones y le diríamos a Puag que no necesitábamos sus servicios. De esa forma tendríamos todo un día para recuperar nuestros estómagos. O'Jalah sugirió que los que viajaran con el cocinero tomaran solo la comida menos elaborada, sobre la que su magia negra tendría menos efecto.

Esto fue lo que se acordó. Nos costó privarnos de las exquisiteces con las que habíamos soñado durante tanto tiempo, pero era mejor que verlas reducidas a los mejunjes enfermizos que ya habíamos soportado mi compañero y yo.

Se organizó el asalto a la despensa. Enviamos a Selvat al exterior para que se escondiera detrás de un risco; luego Constant le pidió a Puag que fuera a su tienda y le dio palique. Apenas habían intercambiado unos gorjeos cuando el cocinero volvió la cabeza como si hubiera escuchado un sonido leve. Al momento salió disparado de la tienda y lo oímos vociferar mientras se precipitaba a toda velocidad hacia la cocina.

Los demás salimos corriendo detrás y vimos que Selvat huía montaña abajo con

Puag a la zaga.

O'Jalah, con su habitual agilidad mental, entró como una flecha en la cocina y salió con los brazos llenos de vituallas de diversa índole. Vino corriendo hasta nuestra tienda, y fue una suerte que lo hiciera, porque de pronto Puag abandonó la persecución y se apresuró a volver a la cocina; allí se plantó en el umbral y nos fulminó con la mirada.

Selvat, por su parte, había puesto pies en polvorosa y cundió la opinión de que no volveríamos a verlo. No había más que hablar: debíamos organizar una patrulla de rescate. Enviamos a los porteadores en su búsqueda, mientras los demás permanecíamos en el campamento, dispuestos a defenderlo, con nuestras vidas si era necesario, de un nuevo ataque.

La patrulla de rescate no volvió hasta dos horas más tarde, con Selvat a caballo sobre un porteador menudo pero recio. Puag no hizo ningún movimiento y regresamos en paz a la tienda.

Pese al cansancio acumulado, consideré que era mi deber ponerme al tanto de todo lo acontecido desde nuestro último encuentro en la base avanzada cinco días atrás. En las dos jornadas pasadas en el campamento I, O'Jalah había derretido 65 arrobas de hielo y había recalibrado sus hipsómetros. Cliché había rodado 2.000 pies de metraje y, si no hubiera sido porque la tapa de la caja negra se abrió accidentalmente exponiendo el contenido a la luz del día, habría obtenido unas secuencias bellísimas. Por su parte, Selvat se había dedicado a calibrar sus brújulas más alto de lo que jamás ningún hombre había calibrado una brújula; las que sobrevivieron podían considerarse precisas dentro de unos límites. ¿Cuáles? Eso no podía saberlo con certeza.

Nos comunicamos con Fornid por el walkie-talkie y nos enteramos de que seguía recuperándose y todavía no le parecía aconsejable moverse del campamento I.

Por último pregunté si alguien tenía alguna experiencia insólita de la que dar parte. La respuesta fue interesantísima. Tanto O'Jalah como Cliché habían experimentado alucinaciones de altura. El primero había visto ecuaciones diferenciales, tubos de ensayo y máquinas de Wimshurst, mientras que el segundo se había visto espantado por la visión de una cámara oscura. Selvat había manifestado tendencia a errar y vagar por ahí cuando no estaba en cordada; también se había convencido de estar siendo perseguido por un mojigato. Cuando le pregunté qué clase de gato era ese, pareció confundido. O'Jalah le dijo: «Bien hecho, Errabundo», como si de algún modo Selvat fuera responsable del mojigato, y todos se echaron a reír. He de decir que sigo sin verle la gracia, y me atrevería a pensar que sufrían de histeria de altura.

Formábamos un grupo alegre y bien avenido y, pese a la cena de Puag, pasé una noche razonablemente placentera.

A la mañana siguiente nos activamos temprano. Selvat y O’Jalah se fueron sin desayunar, con la idea de parar a comer en cuanto perdieran de vista a Puag. Se llevaron toda la comida medianamente sabrosa y nos dejaron con solo las lentejas y el pemmican, que se consideraron las provisiones más a prueba de Puag que teníamos, pues ya de por sí eran poco apetecibles. Cliché partió poco después en compañía de su porteador, dejándonos a Constant y a mí con Chi Ko, Reta Ko y Puag. Volvimos a nuestros sacos de dormir, donde nos quedamos todo el día alimentándonos a base de comida fría y nos cuidamos muy mucho de esconder los restos. A última hora de la tarde recibimos una llamada de Cliché, que había llegado a salvo al campamento I con Fornid. Nos contó que este se había recuperado por completo y se consideraba reaclimatado. Era una lástima, sin embargo, que hubiera contraído laxitud de saco, por lo que no veía razón para partir inmediatamente.

Al poco recibimos una llamada de O’Jalah. Selvat y él habían tenido un día duro pero habían alcanzado el punto donde la estribación por la que estábamos escalando se fundía con la cara de la montaña y habían establecido el campamento III a 31.000 pies. Habían aparejado con cuerdas los puntos más difíciles. Él había visto más ecuaciones diferenciales y dos embudos de filtración y había oído tres retortas. Selvat había mostrado tendencia a andar hacia atrás.

A la mañana siguiente nos levantamos con las primeras luces. Nuestras reservas privadas de comida se habían agotado y nos vimos en la obligación de desayunar lentejas con pemmican, preparadas por Puag. Constant tomó un bocado y palideció.

—Lo siento, campeón. Esto me supera. Me bajo al campamento I.

Era una noticia triste pero a nadie podía extrañarle. Nos separamos con pesar; habíamos padecido tanto juntos... Le dije que la valentía con la que había soportado los padecimientos había sido una inspiración continua para mí y que atesoraría para siempre el recuerdo de los seis días que habíamos compartido. Constant me dijo que tampoco a él se le olvidarían fácilmente.

Cuando se fue, se llevó consigo a Reta Ko, dejándome en compañía de Chi Ko y Puag. Dejé que el primero fuera en cabeza, con la idea de no malgastar energía mental. Quería estar atento a posibles alucinaciones de altura y marañas. En varias ocasiones me pareció ver una, pero resultó ser una alucinación. En otras tantas creí ver alucinaciones, pero resultaron ser una mancha en los anteojos. Una vez creí ver una mancha en los anteojos pero resultó ser una maraña que a su vez resultó ser una alucinación. Había desayunado muy poco para evitar los retortijones y me sentía debilitado por el hambre. Decidí alimentarme con pastillas contra la acidez, pero me dieron jaqueca. Descubrí por accidente que lamer la crema protectora de la cara me aliviaba la gastralgia. Por desgracia, en consecuencia me provoqué quemaduras

solares y congelación de lengua, y, cuando volví a meterla en la boca para descongelarla, me dio dolor de muelas. También me rondaba la preocupación de que se hubiera hecho realidad casi toda mi pesadilla: mis cuatro compañeros se habían dispersado justo como en mi sueño, lo que me pareció un signo de mal agüero.

Todo esto interfería con el ritmo, tan esencial en la escalada de altura. Decidí olvidarme de todo lo demás y concentrarme en no perderlo. Ingenié una pequeña tonada para llevar el ritmo con los pies:

Organilleros, reyes y condesas a gritos
le piden a Tostón sus famosos sesos fritos.
En el Kurda Rará de desayuno y almuerzo
a dos carrillos comen el truhán y el mastuerzo.^[4]

Me estuvo rondando la cabeza todo el día y llegó a ser un incordio tal que no hizo sino sumar a mis tribulaciones. Empecé a temer que estaba a punto de perder el control de mi destino.

Por suerte llegamos al campamento III a tiempo de poder evitarlo. Aún en posesión de mi destino, saludé a O'Jalah y a Selvat, que estaban tomándose un día de descanso. Anticipándose a la llegada de Puag, ya habían cenado y habían conseguido poner a buen recaudo sus reservas. Cené, a solas, lentejas con pemmicán.

Estaba rendido pero feliz ante la idea de que pronto me relevarían de Puag. Sin embargo, no sé cómo, las cosas salieron de forma muy distinta. Utilizando la estrategia antiPuag que, a decir de O'Jalah, tan bien había funcionado en el campamento II, este mismo decidió que uno de nosotros partiera solo por la mañana para que el cocinero se quedara con una mayoría de dos. Más tarde, otro lo seguiría y lo dejaría con el último. Visto que necesitaba descansar, yo debía ser el último.

O'Jalah fue muy considerado. Me dijo que se solidarizaba plenamente conmigo. Añadió que, si acaso, él lo sentía incluso más que yo. Según dijo, solo el más estricto sentido del deber le impedía insistir en llevarse consigo a Puag, me pusiera como me pusiera. Aseguró que jamás había sentido tan intensamente el conflicto entre el deseo personal y el bienestar de la expedición. Dijo que sabía que yo lo comprendería.

Le respondí que claro que lo entendía y sentí su angustia tanto como él mismo. Le rogué que pusiera al mal tiempo buena cara y dejara que el fruto del deber fuera el deber en sí mismo. Me dio las gracias y añadió que jamás olvidaría mis palabras. Con este sentimiento de profunda humildad, le di las buenas noches y me retiré a dormir a la soledad de mi tienda.

Y así, a la mañana siguiente, O'Jalah partió en cabeza con su porteador, en un intento por establecer el campamento IV. Selvat anunció que había empeorado sobremanera y debía bajar a toda costa al campamento I para recuperarse. Mientras esperábamos a que subiera la temperatura, intenté convencerlo para que me hablara de él, y por fin

pude decirle con mucho tacto que tenía entendido que carecía de prometida. Me confirmó que tal era el caso, a lo que repuse que sin duda su natural errante le impedía atarse a los lazos de un hogar. Me sorprendió su contestación, pues me aseguró que, muy al contrario, sentía una profunda necesidad de tener un hogar y un ser querido. Me recordó que toda oveja tiene su pareja, al igual que toda expedición tiene su campamento base. Se encontraba en la infeliz posición de ser, por así decirlo, una expedición sin campamento base y una oveja sin pareja. Durante sus peregrinajes, aliviaba la soledad de su corazón alimentando la fantasía de que encontraría lo que buscaba. Le gustaba pensar que algún día, en la cima de un monte lejano, hallaría su hogar espiritual; sería en una granja pequeña pero de recios cimientos, con fontanería moderna, donde habría de encontrar a su alma gemela, que habría estado esperando fielmente al amante con el que llevaba tantos años soñando en soledad. Todos sus peregrinajes, dijo, iban a alguna parte, por mucho que no supiera adónde; por eso tenía fama de perderse a veces por el camino.

Le dije que me conmovía que me hubiera abierto su corazón y que entendía perfectamente cómo se sentía, porque yo mismo había sido un errabundo en mi juventud. Le pregunté a Selvat si nunca había encontrado una señorita de su agrado. Me dijo que sí, que no pocas; es más, se pasaba la vida encontrándolas. Pero por desgracia las perdía tan pronto como daba con ellas. Tenía la costumbre de llevarlas de excursión los sábados por la tarde y casi siempre acababa extraviándolas. Había perdido a tres seguidas por los parajes de los South Downs. En la primera ocasión se habían visto atrapados por la niebla y Selvat había ordenado a la dama que no se moviera de donde estaba mientras él iba a por ayuda; avanzó rumbo norte hasta que llegó a una granja, donde dio media vuelta y regresó hacia el sur con una patrulla de rescate, pero la muy necia debió de moverse, porque no fueron capaces de encontrarla. ¿Sabía si la muchacha había llegado finalmente a salvo a casa?, me interesé. Me dijo que no se había molestado en preguntar: no merecía la pena interesarse por alguien que se mueve en medio de la niebla cuando se le ha mandado hacer todo lo contrario. La siguiente desapareció mientras Selvat estaba calibrando su brújula. La tercera se largó enfadada porque, sin intención alguna, mi compañero le había hecho andar en círculos. Había perdido otras cuantas en el metropolitano, dos o tres en la estación de Waterloo y un puñado en el laberinto de Hampton Court.

Le sugerí amablemente que la próxima vez que encontrara a una dama, tal vez lo mejor sería que no se apartara de ella y se abstuviera de errar. Me confesó que a menudo se había decidido a hacerlo, pero que no parecía estar en su naturaleza. Se consideraba víctima de su destino, y su sino era seguir encontrando el objeto de su deseo y perdiéndolo, vagando por la faz de la Tierra, por siempre sin hogar ni compañía.

Le dije que era la esencia misma de la Tragedia. Y sonaba tan poético que no podía por más que ser cierto. Le rogué que considerara que había sido elegido para cumplir un fin elevado y exigente; que no se dejara llevar por deseos bajos y aceptara

La Llamada.

Me dio las gracias y me dijo que intentaría hacer lo que le sugería. Me aseguró que ese habría de ser su consuelo en esta Tierra, siendo como era un errante: que a veces se le concediera el privilegio de guiar a otros.

En esas estábamos cuando Puag apareció con el almuerzo y Selvat salió corriendo en dirección al campamento I con su porteador.

Una vez a solas, traté de meditar sobre las responsabilidades del liderazgo pero tenía tan mermada la capacidad de concentración que en lo único en lo que podía pensar era en mermelada de albaricoque. El campamento I estaba fuera del alcance de mi radio pero por la noche pude establecer comunicación con O'Jalah, que había establecido el campamento IV a 33.000 pies. Era una noticia excelente; me alegró tanto que fui capaz, sin esfuerzo alguno, de pensar en mermelada y confitura de ciruelas. Le pregunté a O'Jalah si a él le gustaba la mermelada de ciruelas. Creo que pensó que estaba delirando.

Más alto todavía

Al día siguiente me sentí lo suficientemente repuesto para partir en pos del campamento IV, visible justo por debajo de la línea del horizonte, un puntito negro en medio de un páramo blanco. Me encontraba ya en la propia cara de la montaña, donde el terreno era más escarpado que en la estribación anterior y estaba azotado por un viento helado.

Avanzaba a paso lento. Las rodillas me temblaban; mis pies marcaban las diez y diez; me caía de bruces a cada tanto. Si a esto le sumamos el hecho de que ya no sentía un fuerte deseo de buscar marañas, todo apuntaba a que empezaban a flaquearme las fuerzas. Comprendí que mis pensamientos no se elevarían más allá de mi estómago o del siguiente paso, lo que quedara más abajo. Estaba perdiendo el control de mi destino y de la expedición.

Así nunca lo conseguiríamos. Cuando el líder cede, el equipo se hace añicos. A saber qué pesares estarían padeciendo más abajo mis compañeros. ¿Iba a ser yo el único en fallar al grupo?

No, me dije, no pensaba fallar. Ya era hora de dejar de compadecerme de mí mismo. Había estado repitiéndome que era un desdichado y, al ser de natural confiado, había acabado creyéndomelo. El remedio era sencillo: debía decirme algo alegre.

Me dije que mis rodillas eran firmes y mis pies estaban rectos. Me dije que con cada paso ganaba en fuerza. Me dije que mi dolor de barriga apenas merecía consideración alguna. Me dije que estaba deseando ver marañas.

Me pasé todo el día hablándome. Creo que estaba a un tris de convencerme cuando, en algún momento a última hora de la tarde, me imaginé que me fallaba la vista y empecé a temer la oftalmia de las nieves. Me dije que no eran más que imaginaciones mías. Intenté por todos los medios convencerme de ello y, finalmente, mi vista pareció mejorar. Sin embargo, cuando llegamos al campamento IV, descubrí que se había formado escarcha en mis anteojos.

Me encontré con que O'Jalah ya había establecido allí su residencia. Me hizo una larga e interesante lista sobre el instrumental científico que había visto durante la escalada del día anterior. Me tuvo muy ocupado anotándolo todo. Reproduciría aquí el listado si no fuera porque probablemente no sea de interés general, pues se parece mucho al inventario de un fabricante.

Le anuncié mi intención de pasar un día en el campamento IV para aclimatarme y luego seguir a la mayor rapidez para llegar lo más alto posible antes de que me abandonaran las fuerzas. Le dije que esperaba que pudiera acompañarme.

El científico me aseguró que era justo eso lo que le habría gustado hacer. Por desgracia había empeorado durante su estancia en el campamento IV y debía bajar para recuperarse. Añadió que eso le permitiría, una vez en el III, transmitir mensajes entre mi persona en el campamento IV y quienes estaban más abajo. Según él, era fundamental establecer contacto con el resto y esa era la única forma viable de hacerlo.

Espero no estar pecando de autocomplaciente si achaco a los efectos de la altura mi irritación transitoria con las conclusiones lógicas de O'Jalah. Si bien era capaz de ver la verdad en lo que decía, en aquel momento me pareció que Verdad y O'Jalah se habían confabulado contra mí. No fue muy amable por mi parte, sobre todo si tenemos en cuenta la solidaridad que había demostrado él en una situación similar en el campamento III.

Tras una cena frugal a base de lentejas con pemmican, me vi lo suficientemente recuperado para hacer las paces con O'Jalah en mi fuero interno. Me entraron ganas entonces de pasar un buen rato charlando y, siendo como era él un científico acostumbrado a lidiar a diario con la verdad, no vi inconveniente alguno en confesarle abiertamente mi interés por el estado civil del grupo y le pregunté si tenía prometida o no. Me contestó que sin duda se trataba de un asunto interesante. Coincidí en que sí, lo era, y nos sumimos entonces en el silencio. Al rato le recordé que no había contestado a mi pregunta y le dije que esperaba que no se hubiera ofendido por nada que yo hubiera podido decir. Me respondió que no, que, muy al contrario, mi interés lo emocionaba; lo que pasaba era que ni él mismo lo tenía claro. Le hice saber que me alegraría mucho que se confiara conmigo. A continuación me contó su historia, si bien lentamente y no sin dificultad. Pobrecillo..., era tal su emoción que las palabras le salían a regañadientes.

Según me contó, él siempre había querido una prometida. Ya desde niño había sido su deseo más ferviente. Todas las Navidades le pedía una a Santa Claus, pero las repetidas decepciones le habían hecho desarrollar a una edad muy temprana un sentido de la desilusión que más de un hombre maduro querría para sí. Cuando descubrió que Santa Claus en realidad no existía, decidió en su fuero interno no volver a depositar confianza alguna en sus padres. De ahí a dudar de todo lo que se le decía había solo un paso. Para su sexto cumpleaños ya era un escéptico redomado.

Cuando me preguntó si comprendía sus sentimientos, le dije que sí: es normal que un crío sensible e inteligente reaccione de esa manera. Yo mismo había albergado dudas durante mucho tiempo sobre la pertinencia de Santa Claus, y la experiencia de O'Jalah fue de gran interés para mí. Le rogué que continuara.

A los siete años le pidió a su padre que le hablara sobre el misterio de la vida, con especial atención al tema de las prometidas. Pero le resultó prácticamente imposible creer lo que le contaron: era aún más disparatado que lo de Santa Claus. Presa de un gran desconcierto, consultó con sus amiguitos, quienes, igual de perplejos, abordaron a sus padres sobre la cuestión. Volvieron a él con versiones tan variadas y

contradictorias que el pobre crío vio confirmada su opinión de que todo el asunto no era más que otro cuento chino. Se convenció de que las prometidas eran tan reales como el propio Santa Claus.

Los padres de sus amiguitos se alarmaron ante aquel repentino brote de interés por tan delicado tema. Cuando descubrieron al instigador, convocaron una reunión y, tras considerarlo cuidadosamente, hicieron un fondo entre todos y compraron al muchacho un tirachinas, con la esperanza de apartar su mente de otros asuntos.

Pese al gasto extra en ventanas rotas, quedaron muy satisfechos con el resultado. El deleite natural que sentía el muchacho por poseer un arma de destrucción apartó su atención de la cuestión de las prometidas, mitigando así una tensión interior que bien podría haber acabado en una carrera política.

Unos años más tarde, en su época de estudiante, su interés por el asunto se reavivó por un comentario que hizo por casualidad una criada. Tras consultar obras de referencia y hablar con muchas autoridades en la materia, adquirió un saber exhaustivo sobre las creencias actuales. Sin embargo, su escepticismo seguía siendo más firme que su credulidad: pese a un deseo ferviente y confeso por creer, le resultaba imposible. Según contaba, tenía la impresión de ser el único miembro de la raza humana capaz de ver la incómoda verdad, de mantenerse apartado del agradable resplandor de la ilusión. Empezó a creer que su misión en esta vida era revelar a la humanidad las luces que solo a él le había sido dado ver. Se convirtió en un orador elocuente, y siempre andaba enzarzado en discusiones y debates, y hasta creó un grupo llamado «¿De dónde venimos?» cuyo lema era «¿Adónde vamos?». Escribió incluso una monografía titulada *Prometidas: mito y patetismo*, que fue publicada por Libros de la Sensatez a un precio de 30 centavos y medio, con sus diez ediciones liquidadas.

Lo expulsaron de la universidad por negarse en rotundo a creer nada de lo que le enseñaban. Los «dedondistas» le prepararon una despedida pública y lo proclamaron el primer mártir de la nueva falta de fe. Pero, habiendo caído en desgracia, como muchos otros jóvenes antes que él, descubrió que el mundo de los hombres y los romances difería enormemente del que había imaginado. La primera revelación cruel le sobrevino una tarde de sábado en la taberna El Psicomoro Psíquico. O'Jalah había estado pontificando como cualquier otro día y, en su opinión, había expuesto su Teoría del Escepticismo con particular claridad y brillantez. Cuando hubo terminado, un anciano caballero de aspecto más bien cuestionable y de natural excéntrico dejó caer unas cuantas frases que acabaron con la satisfacción de O'Jalah. Dijo que no negaba que se entreveía en él el germen del escéptico en ciernes, pero que le quedaba mucho camino por recorrer. Tenía que aprender la verdad elemental de que el auténtico escéptico lo es más por forma de ser que por convencimiento; los ropajes intelectuales con los que viste su escepticismo tienen tan poca importancia como las demostraciones del creyente: de hecho, es más factible velar que revelar la Verdad al desnudo. Por lo demás, sabiendo que su mente le permite dudar de todo, el escéptico

desdeña la ordinariedad de afirmar su descreimiento y se limita a vivirlo. Con todo, incluso eso era ir demasiado lejos, dijo el caballero. El escéptico de pro se negará incluso a creer en sí mismo y en su propio escepticismo. Mantendrá una amplitud de miras que no podrá distinguirse de una falta de miras total, así como una amplitud de horizontes que no podrá distinguirse de una falta absoluta de estos. Su escepticismo hallaría su expresión última en la aceptación del prejuicio aleatorio como un fundamento vital tan sensato como la filosofía más primorosamente razonada. Esto, dijo, era la fe última, pues desdeñaba todo pretexto intelectual. Afirmaba que el escéptico de pro tiene una fe mucho más firme que cualquier creyente.

O'Jalah se fue de El Psicomoro Psíquico más confundido que nunca. Pasó una noche desapacible y se despertó con una virulenta jaqueca y un fuerte prejuicio contra los refrigerios alcohólicos en cualquiera de sus variantes, así como contra la conversación desenfadada con desconocidos excéntricos.

Ese prejuicio marcó un hito en su vida. No había discusión al respecto, dijo; tuviera sentido o no, para él era totalmente convincente. Fue una revelación. Su razonamiento era que, puesto que debía vivir con prejuicios, bien podía escoger los que le resultasen más cómodos. Empezó a buscar a su alrededor, escrutando cuidadosamente cada prejuicio con el que se cruzaba, sin importarle lo trillado o dilapidado que pareciera. Los examinó a miles: los había suaves y cómodos, otros afilados y atroces; grandes prejuicios, pequeños prejuicios; prejuicios personales, nacionales, inofensivos, letales, antiguos, modernos, científicos, supersticiosos, plebeyos, aristócratas, prácticos, inútiles, ortodoxos, heréticos. Prejuicios a montones, para dar y regalar. Dijo sentirse como un explorador que se topa con un cofre del tesoro repleto de las gemas más bellas y valiosas.

Hurgaba aquí y allá, contemplativamente, tomándose su tiempo. Escogió un buen juego de prejuicios que habrían de durarle toda la vida y valerle para afrontar cualquier situación. Escogió un oficio. Se unió a un partido político.

La joya de su colección era su viejo deseo ferviente: el ansia por una prometida. El prejuicio había restituido lo que la razón había disuelto. Con alegría y reverencia, y la sensación de que se había obrado un milagro, lo puso en su sitio de siempre.

No cabía.

Le dio vueltas y más vueltas. Buscó señales de desgaste. Meditó sobre el tema y leyó largos pasajes de manuales de texto. Se mintió. Aceptó consejos de todo aquel que quisiera decirle lo que él quería oír.

¡Todo en vano!

O'Jalah dudó de que yo pudiera apreciar sus sentimientos. Según contó, se había convencido más allá de toda duda razonable de que la visión popular era la correcta. Podía demostrárselo a sí mismo mediante todos los análisis intelectuales conocidos. Es más, él quería creerlo. En cierto modo ¡lo creía! Pero no del todo. En lo más remoto de su mente siempre quedaba una reserva, aunque, conforme pasó el tiempo, se convirtió en una convicción: todo el asunto era una trama para engañarlo, un

montaje inabarcable que incluía a los autores de los manuales y a los propios amigos de O’Jalah.

Me preguntó si parecía una persona demasiado extravagante. Le dije que, por el contrario, lo tenía por alguien extremadamente interesante y le expliqué que yo mismo había tenido una experiencia muy parecida a la suya, si bien menos intensa. Estaba yo camino de Escocia, donde iba a encontrarme con unos amigos para una excursión de escalada, cuando, a medio camino de la carretera del Gran Norte — viajaba en bicicleta—, empecé a sospechar que Escocia no existía: que la habían inventado con el único propósito de dejarme en evidencia. Todos los libros que había leído, todos los relatos sobre los ahorrativos escoceses, el Macbeth de Shakespeare, Robert «Rabbie» Burns, las odas al Loch Lomond y Bonnie Charlie: todos formaban parte de la conspiración. Los norteños que fingían provenir de Escocia estaban todos en el ajo; habían inventado el acento adrede. Estaba casi convencido de que a mi llegada a Berwick-upon-Tweed me encontraría con una multitud de miles de bromistas riéndose de mí, gentes que habrían dedicado toda su vida a ingeniar ese único acto absurdo. Fue tal la aprensión que se apoderó de mí que me resultó imposible seguir mi viaje sobre ruedas. Pensé que si iba en tren podría evitar exponerme; pues si era cierto que Escocia en realidad no existía, la Compañía del Ferrocarril tenía que saberlo y no consentiría expedirme ningún billete. Pero, cuando llegué a la taquilla, me di cuenta de que si este era el caso, quedaría tan mal intentando comprar un billete como intentando llegar en bici a Escocia, sin posibilidad real de fingir que no tenía propósito alguno de ir más allá de la frontera. Comprendí asimismo que si ciertamente existía una conspiración, la Compañía del Ferrocarril estaría también implicada y tendría preparados billetes falsos en todas las taquillas de todas las estaciones por si me daba por aparecer. Pero era demasiado tarde para dar marcha atrás. Compré un billete para Berwick y casi podría asegurar que el vendedor puso cara de decepción. Una vez en el tren me dediqué a indagar discretamente entre revisores y compañeros de viaje —aparte de examinar las etiquetas en el vagón de equipajes—, y decidí que, desde luego, si todo era parte de una conspiración, había que felicitarlos por la atención al detalle. Decidí que Escocia era un riesgo calculado que merecía la pena correr. Cuando el tren paró en Berwick, me apeé y me dirigí en bicicleta hasta la frontera.

O’Jalah dijo que ese era justamente el tipo de cosas que había experimentado con respecto a las prometidas. Por desgracia, no había logrado encontrar una solución fácil como en mi caso. Poco después del encuentro en El Psicomoro Psíquico conoció a una joven que, según dijo, era justo el tipo de persona que a él le habría gustado tener como prometida si hubiera logrado convencerse de su existencia. Era tal la fuerza de sus sentimientos que decidió arriesgarse y exponerse pidiéndole que fuera su prometida. Su alegría fue mayúscula cuando ella le contestó que sí.

Esto había ocurrido justo antes de nuestra partida. O’Jalah fue por unos días el montañero vivo más feliz sobre la faz de la Tierra. El ansiado sueño de su infancia se

había hecho realidad. Estaba prácticamente preparado para creer en Santa Claus.

Pero entonces llegó Duda. ¿Era cierto? ¿Podía serlo? ¿O quizá también su prometida formaba parte de la conspiración? ¿Habría de exponerse, cuando regresáramos a casa, a un ridículo de proporciones nacionales?

Desde entonces había estado debatiéndose entre Amor y Miedo, y no había conocido un momento de paz. Nadie, dijo, podía siquiera imaginar los tormentos que había soportado.

Profirió un gemido que me desgarró el corazón. ¡Pobre hombre! Intenté consolarlo asegurándole que sus miedos eran infundados, pero ¿qué podía hacer yo frente al escepticismo de toda una vida? Le dije que no estaría satisfecho hasta que lograra tranquilizarlo. Le rogué que me permitiera compartir sus pensamientos y ayudarlo en su pugna. Me lo agradeció con voz lastimera pero no quiso ni oír hablar del tema. Yo ya tenía bastantes responsabilidades encima. Él debía soportar su carga lo mejor que pudiera y afrontarla como un hombre a su vuelta a Inglaterra. Me dio las gracias por haberlo escuchado, si bien me dijo que para él sería más fácil que no volviéramos a mencionar el tema. Se lo prometí, si bien con un nudo en la garganta, mientras me juraba para mis adentros que en el futuro pensaría menos en mis problemas personales.

Por poco

La mañana siguiente vio la marcha de O'Jalah rumbo al campamento III. Tras su partida me quedé tendido en mi saco de dormir pensando en su desdichada historia. Qué extraño, pensé, que todos mis compañeros —a excepción tal vez de Cliché, con quien aún no había tenido oportunidad de hablar— hubieran tenido unas experiencias tan insólitas como melancólicas. ¡Qué poco sospecha uno de los secretos que encierra el otro en lo más profundo de su ser! ¡Qué rara vez se adivina que una sonrisa alegre oculta un corazón roto! Esto, resolví, era una lección que no debía de olvidar: éramos todos y cada uno compañeros de fatigas. Decidí que jamás en la vida volvería a juzgar a una persona por su exterior, por impenetrable o intimidante que pareciera.

En ese momento Puag entró con mi desayuno. Cuando contemplé su impenetrable exterior comprendí que, al fin y al cabo, también él era un ser humano. ¿Quién sabía qué agonías y miserias escondía aquel exterior inexpresivo e intimidante? Estuve cavilando sobre el tema mientras padecía mi desayuno. ¿Acaso habíamos sido descorteses con él? El pobrecillo era el marginado de la expedición. No parecía gustarle a nadie. ¿Estaría quizá padeciendo una soledad insoportable? ¿Se moría tal vez por una palabra amable o una sonrisa?

Era tan triste que me daba pena solo de pensarlo. Dejé a un lado el desayuno y fui a la tienda de Puag. Lo encontré limando un tenedor contra un cuenco. No me hizo el menor caso. Al cabo de un rato lo dejó y empezó a rallar un pedazo de roca. Pensé que era mejor que se acostumbrara a mi presencia antes de intentar comunicarme con él, de modo que me senté y lo observé. Después de filetear un tramo de cuerda de escalar y picar en juliana un calcetín viejo, lo echó todo en una olla de guiso de pemmican y lo removió cinco minutos, añadiendo arena y parafina al gusto. Por último, lo escurrió, untó un poco en una rebanada de cuero y le pegó un buen bocado.

Era, pensé, mi oportunidad. Tras llamar su atención con una tos, señalé primero el cuero y luego mi boca.

Al principio no pareció entender mi propósito. Repetí el gesto y luego fingí masticar algo, sonreí y me froté la barriga. Extendió lentamente la mano, como si todavía no estuviera seguro de mis intenciones. Cogió el cuero que tenía en la mano, le di un mordisquito y se lo devolví.

Masticamos en silencio. Dejé que la situación se asentara unos minutos y entonces volví a toser. Qué sorpresa la mía al ver que ¡Puag también tosía! Le di la vuelta a una de sus sartenes y, con la punta de un tenedor, dibujé en el fondo grasiento un dibujo a mano alzada de una prometida yoguistaní. Señalé a Puag y el dibujo, y arqueé las cejas.

No pareció entenderlo. Seguí arqueando las cejas hasta que, de pronto, empezó a imitarme. Acercó mucho su cara a la mía y arqueó las cejas en sincronía con las mías.

Sin dejarme amilanar, proseguimos un rato de esta guisa. No quería parar por miedo a herir sus sentimientos.

Pero entonces algo extraño ocurrió en su cara: algo sumamente indescriptible, como nada que hubiera visto antes o habría creído posible. Me quedé mirándolo fascinado. ¿Qué podía ser eso?

Y entonces lo supe: ¡era una sonrisa!

No me avergüenza admitir que me sentí conmovido. Que el exterior intimidante de Puag se quebrara en una sonrisa parecía casi un milagro. ¿Qué emociones inconcebibles podían haberla causado? Con gran determinación me propuse averiguarlo.

No quisiera cansar al lector con un relato de los pasos que Puag y yo recorrimos hasta desarrollar nuestro lenguaje de signos y poder por fin comprendernos. Habrá quien lo crea imposible pero, como a menudo he tenido ocasión de recalcar, la buena voluntad es la mejor de las intérpretes.

Le hablé de mi familia y le describí mi hogar. Emocionado, le conté cosas sobre los métodos de cocina ingleses y le di un par de recetas. A cambio me enseñó a freír caucho y me explicó que se había licenciado por la Universidad del Yoguistán, donde había cursado un posgrado en gastronomía. Por fin, tras varias horas perseverando —pues tenía debilidad por divagar sobre menudillos y menudencias—, conseguí que me hablara de su prometida.

Nunca había querido tener una. Según dijo, el suyo era un temperamento artístico, y era incompatible con los sentimientos y la conducta propios de un pretendiente. Deseaba que yo entendiera que no tenía nada en contra del sexo opuesto —nada más lejos—, pero su alma artística se rebelaba contra la estricta disciplina que exigía un compromiso oficial. Por desgracia, la costumbre yoguistaní exigía que los padres concertaran los matrimonios de sus hijos a una edad temprana, de ahí que Puag estuviera firmemente comprometido mucho antes de que despuntara su temperamento artístico. Cuando por fin lo hizo, la sociedad, su familia y su prometida lo dejaron al instante en la estacada. Puag siempre había tenido aprensión a las estacadas; su alma sensible estaba en íntima armonía con los matices más sutiles del intercambio social. Al ver que sus congéneres, tanto personas ajenas como sus seres más queridos, lo dejaban permanente e irremediamente en continuas estacadas, atravesó una crisis espiritual. A su entender debía escoger de una vez por todas entre su arte y su corazón: sería o un artista o un amante, pero no ambas cosas. El conflicto fue terrible. Puag me dijo que nadie podría siquiera imaginar por lo que había tenido que pasar. Hasta entonces había estado dispuesto a aceptar a su prometida, tan genuino era el aprecio que sentía por su familia y amigos. Sin embargo, de pronto sintió que su necesidad más profunda e imperativa era abandonarlos a todos para seguir la solitaria senda de su llamada.

Vivió durante meses en la agonía de la indecisión. Sentía como si le desgarraran el pecho en dos. Hasta que un día ocurrió algo que lo obligó a tomar una decisión. Como tenía por costumbre, estaba pasando la tarde del sábado en casa de su prometida, quien en tales ocasiones solía preparar alguna exquisitez especial para su amado; él se sentó a la mesa, cogió con firmeza los palillos con la mano derecha, colocó la izquierda en su cadera y asumió una expresión de expectación complacida. La joven entró orgullosa y colocó un plato ante él.

En el acto Puag profirió un grito de espanto y apartó el cuenco de un manotazo. La pobre muchacha hizo ademán de ponerle una mano en el brazo pero él se zafó y salió corriendo de la casa.

Se pasó todo el día y la noche midiendo el cerro con sus pasos. Cuando a la mañana siguiente bajó, era otro: un hombre con una misión. Desde ese día se había consagrado a su arte. Su prometida, su familia y sus amigos le dejaron de lado; había faltado a su promesa y no había nadie que lo quisiera lo suficiente para entenderlo y aceptar ser el segundo plato de sus afectos. Se convirtió en un paria; y no por voluntad propia o por tozudez —pues era un tipo sociable—, sino porque el artista debe aspirar a transitar sus propias cumbres vírgenes.

Y conforme su destreza aumentó y se agudizó su perspicacia, también su deseo de compañía fue a más, hasta resultarle prácticamente insoportable. Así y todo, esa misma intensidad de su ansia era una barrera añadida entre él y sus compañeros; en las escasas ocasiones en que la había revelado, el amigo en potencia se había visto sobrepasado por su intensidad. Su soledad se hizo más profunda que nunca.

Por fin renunció al esfuerzo de llegar al corazón de sus congéneres. Se retiró por completo a su mundo interior y vertió toda la energía de sus afectos en el arte. Tras conseguir el título, condujo experimentos por su cuenta y fundó una nueva escuela de hostelería que fue aclamada por los sectores más críticos del país como la encarnación del espíritu de la época. Se ganó el respeto y los honores del planeta pero no así su amor.

Y el trabajo de su vida ya había llegado a la cumbre, me contó. No ascendería más de lo que ya lo había hecho. Lo demás sería repetir por repetir. Habrían de llegar hombres más jóvenes para subirse a sus hombros. Quedaba, decía, agradecido a la vida por haberle dado un uso, la determinación de envejecer con dignidad y, más profunda e inextinguible que nunca, la esperanza humana de que tal vez encontrara el afecto de un semejante.

Si la entendí correctamente, esa era la historia de Puag. Por unos minutos, tras el fin del relato reinó la quietud en la pequeña tienda. Ninguno de los dos proferimos gesto alguno. Después, con el suspiro del que vuelve a la Tierra tras una incursión en el mundo de los sueños, Puag sacó su zurrón y me ofreció una pipa de atufó. Demasiado sobrecogido para gesticular, susurré un sentido: «No, gracias, amigo mío», y salí

corriendo de allí.

De regreso a mi tienda, escupí el cuero y me metí en el saco. Estuve un buen rato pensando en la extraña historia de Puag e intentando imaginar cómo se diría por señas *maestro*. La expedición se me antojaba muy lejana y todo lo relacionado con ella casi irreal. Pero por fin conseguí reavivar en mí el sentido de la responsabilidad. ¿Dónde estaban los demás? ¿Qué pasos debía dar a continuación?

Una punzada intensa a la altura de la cintura me sopló parte de la respuesta. Era absurdo fingir que no tenía gastralgia. Que Puag fuera ahora un amigo no lo hacía un cocinero más aceptable que antes. Se me habían acabado las pastillas contra la acidez. Si no encontraba ayuda pronto, estaría perdido.

Cogí el walkie-talkie y pulsé el interruptor. Me alegré cuando conseguí contactar con O'Jalah, que estaba en el campamento III. Ya había hablado con Constant y Cliché, que habían avanzado hasta el II. Fornid y Selvat seguían en el I.

Eran noticias excelentes. Por fin el grupo entero podía estar comunicado por radio. Pronto, sin embargo, descubrimos que yo no estaba en el radio de alcance del campamento II, de modo que solo podía hablar con ellos a través de O'Jalah. Este, a su vez, no conseguía contactar con el I; tenía que transmitir la conversación con ellos a través del campamento II. Le pedí a O'Jalah que se encargara de que Constant permaneciera en el II y Fornid en el I. Mientras tanto, intenté diseñar el plan de ataque a la cumbre, para la que todavía faltaban 7.000 pies. Sin embargo, lo único que podía planear estaba relacionado con mi estómago. Decidí que me enviaran en el acto algo para los dolores, porteador mediante, desde el almacén médico del campamento I.

Cuando O'Jalah volvió a llamarme, su voz me llegó muy apagada y alcé entonces la mía para pedirle que hablara más alto; pero la cosa fue a peor. Más tarde supe que yo había estado hablando demasiado alto y, en consecuencia, como suele hacerse en esos casos, él había bajado la voz por instinto. Como apenas lo escuchaba, seguí gritando con todas mis fuerzas, con lo que saturé su receptor y a punto estuve de dejarlo sordo. Ninguno entendía una palabra de lo que decía el otro. Podríamos habernos rendido en nuestra desesperación si no fuera porque, al hacer una pausa para recobrar el aliento, oí cómo O'Jalah le decía a Constant que yo estaba dejándolo sordo. Fue entonces cuando lo entendí todo y pronto mi compañero pudo comunicarme que todos se quedarían donde estaban.

Sin embargo, justo cuando me disponía a hablar, empezaron a oírse interferencias en la radio. A partir de ese momento, la comprensión resultó casi imposible. Para empeorar las cosas, con el entusiasmo se nos olvidó el minucioso entrenamiento de Selvat y hablamos como en una conversación normal y corriente. El resultado fue el siguiente:

Yo a O'Jalah: Dígale a Fornid que mande seis paquetes de purgantes al campamento IV.

O'JALAH a Constant: Dígale a Fornid que mande seis paquetes de guantes al campamento IV.

YO (que lo había escuchado de fondo): Guisantes no, ¡purgantes!

O'JALAH: Yo no he dicho sextantes.

YO: Ni yo que lo haya dicho.

CONSTANT a O'Jalah: ¿A qué se refiere con que no ha dicho estantes? Eso ya lo sé. Ha dicho paquetes.

O'JALAH: ¡Que no, que no! Estaba hablando con Tostón. Dice que guisantes no. ¿O eran sextantes? Bueno, el caso es que no los quiere.

YO: ¡Yo no he dicho que no los quiera!

O'JALAH a Constant: ¿Pues no dice ahora que los quiere?

CONSTANT: ¿Que quiere qué?

O'JALAH: Vaya... em... ¡un momento! Tostón: ¿qué eran, guisantes o sextantes?

YO: ¡Madre mía!

O'JALAH a Constant: Dice que quiere cerveza fría.

CONSTANT: Bueno, ya sabe que no tenemos. ¿Cree que puede estar algo mareado?

YO: ¡Que cerveza ni cerveza!

O'JALAH a Constant: Pues creo que sí. Ahora dice que quiere cerezas.

CONSTANT: La cosa es seria. Tiene que estar delirando. Pregúntele si conoce a Fornid.

O'JALAH: Tostón, Chinche pregunta si conduce afónico.

CONSTANT: ¡A Corney, no, zopenco! A Fornid.

O'JALAH: Yo no he dicho nada de Cornid.

YO a O'Jalah: Ya lo sé.

CONSTANT a O'Jalah: Tampoco he dicho lo contrario.

O'JALAH: ¡¡¿PUEDE HACER TODO EL MUNDO EL FAVOR DE CALLARSE Y DEJAR QUE ME VUELVA LOCO TRANQUILAMENTE?!!

FORNID a Constant: ¿Qué está pasando, Chinche? ¿Por qué están diciendo disparates?

CONSTANT: No sé de qué se extraña. Tostón y Tramoyista han perdido la cabeza.

FORNID: ¿Que han perdido la cartera?

CONSTANT: ¡¡No!!

O'JALAH a Constant: ¿De qué cuernos están cuchicheando? ¿Es que no pueden callarse mientras pienso?

CONSTANT a O'Jalah: Si quiere pensar, apague el dichoso receptor.

FORNID a Constant: ¿Quién cuernos quiere pensar? ¿De qué están hablando?

YO a O'Jalah: Yo no he dicho nada. ¿Está seguro de que se encuentra bien?

O'JALAH: ¡¡ME ENCUENTRO FATAL!!

No se nos estaba dando muy bien, aunque al menos hasta el momento habíamos conseguido sincronizarnos con los botones para que, cuando A hablara, B escuchara y viceversa. Sin embargo, perdimos la coordinación. A y B estaban hablando a la vez y ninguno escuchaba. Probablemente había momentos en que hablábamos todos al mismo tiempo y nadie escuchaba. El caos se prolongó un rato. Estoy seguro de que, de haber seguido un poco más, nos habríamos vuelto locos los unos a los otros o, al menos, nuestra fe en la racionalidad del comportamiento humano y el control del hombre sobre su propio destino se habría visto gravemente afectada. Pero salimos indemnes. En medio de nuestro guirigay resonó una voz, una voz encantadora, serena, competente y escrupulosa:

—Errabundo a Chinche. Errabundo a Chinche. ¿Me recibe? Cambio... Errabundo a Chinche. Errabundo a Chinche. ¿Me recibe? Cambio...

Constant cuenta que lo vivió como si fuera la voz de un Ser Superior. A través de las interferencias y la distorsión, las frases familiares resonaron con claridad, inconfundibles. El monótono cántico que tan extraño se nos había antojado cuando lo ensayamos en el campamento base se abrió paso entre la algarabía como una excavadora; el oído, al no tener que ir de aquí para allá, pudo ignorar las interferencias. Y el mensaje no dejaba duda alguna sobre quién estaba hablando con quién.

Constant se unió alegremente al ritual:

—Chinche a Errabundo. Chinche a Errabundo. Lo recibo alto y claro...

O’Jalah, al oírlo, me sacó también de mi error, y nuestro plan empezó a avanzar con fluidez. Fornid prometió enviar los purgantes a primera hora de la mañana. Selvat y él no las tenían todas consigo sobre su estado físico y preferían quedarse un poco más en el campamento I. Constant y Cliché permanecerían en el II para descansar tras la escalada. O’Jalah no se movería del III. Con esta disposición, el contacto por radio no se perdería en ningún momento. Decidí que, puesto que los depurativos no me llegarían antes de la noche siguiente, bien podía echar una jornada de trabajo mientras me quedaran fuerzas para escalar. Subiría todo lo que pudiera, soltaría el equipo para el campamento V y regresaría al IV.

Pasé una noche turbulenta y me desperté todavía cansado. Cuando me trajo el desayuno, Puag se mostró tan inescrutable como siempre, salvo porque dejó escapar un potente eructo, algo que no había ocurrido hasta entonces. Me pregunté si no empezaba a aprovecharse de mi confianza; pero me reconvine al instante por un pensamiento tan insensible.

Cuando mandé llamar a Chi Ko, también él me eructó. Si aquello no era una conspiración, sin duda se trataba de una casualidad reseñable. Decidí mantener los oídos abiertos en el futuro. No es agradable sospechar que están aprovechándose de la confianza de uno. Más allá del deseo de no ser considerado un pardillo —ni

creérselo uno mismo—, uno nunca sabe si despreciar al otro por aprovecharse a mala fe, o, por el contrario, a uno mismo por sospechar del otro injustificadamente. Inicié la escalada de ese día con sentimientos encontrados.

Mis sentimientos no tardaron en encontrarse aún más.

Dejé que Chi Ko fuera como siempre en cabeza —de hecho, habría sido complicado impedirselo— y al instante caí presa del «Tostón Seso Frito», que se había fundido con la melodía de «Let Us With a Gladsome Mind» y se había hecho diez veces más pegadizo. Pese a mi pugna con el Seso Frito, intenté hacer planes para el futuro. También procuré estar atento por si veía marañas y alucinaciones o escuchaba eructos.

Estaba experimentando nuevos dolores agudos por la cintura, y la tarea de escalar y respirar a la vez se hacía cada vez más complicada. Empecé a delirar. En cierto momento me pareció que mis compañeros habían traído a sus prometidas y sus parientes; en algún punto por debajo de mí había una multitud en liza: Propens con su maligna esposa y sus espantosos hijos, Fornid con su desdichada prometida, Constant y Bajío cantando salomas, Selvat y sus huestes de amores desaparecidos, y el pobre O’Jalah con la prometida de cuya existencia no llegaba a convencerse. Eran todos amigos míos —incluso la familia de Propens— y me insté a hacer un esfuerzo por ellos. «¡Vamos, Tostón!», me dije. Pero era más fácil decirlo que hacerlo. No tenía sentido intentar convencerme de que no me dolía la barriga. Comprendí que mi fortaleza estaba debilitada por las mentiras que me había contado durante la última escalada. Engañarse a uno mismo era de temerarios y cobardes. Debía afrontar la verdad y aceptarla agradecido. Aceptar la verdad era aceptar la vida, y la vida en sí sería mi recompensa.

Así, empecé por la gastralgia e intenté alegrarme por ella. Que mi dolor, dije, sea mi ofrenda a la vida y a la amistad. Lo abrazaré de buen grado por Puag.

Aquello sonaba muy bien pero no podía funcionar mientras sospechase que el cocinero estaba aprovechándose de mi confianza. Por el bien de la expedición, debía creer en él. Al fin y al cabo, me dije, el yoguistaní se habla con el estómago; esos eructos bien podían significar *buenos días* en su idioma.

Así fue como aparté mis sospechas e intenté reunir a Puag y los demás, a mi gastralgia y al resto de mis problemas en un único éxtasis.

—¡Viviré! —grité, y caí de bruces al suelo.

Me levanté como pude y añadí el dolor de nariz a mi éxtasis. Dolorido de júbilo, me obligué a levantarme y a avanzar. Y paso a paso, el ascenso se hizo cada vez más fácil. Me emocioné al verme escalar como llevaba días sin hacerlo. ¿Había encontrado el secreto de la vida y la energía? Apenas se apreciaba el desnivel, era casi como andar en llano.

Levanté la cabeza y miré a mi alrededor. ¡Estábamos andando en llano!

Di unos cuantos pasos y me choqué con Chi Ko, que se había detenido. Me quedé parado, recobrando el aliento, y miré hacia delante preguntándome qué obstáculos

estarían esperándonos.

Mi asombro fue mayúsculo cuando vi que no había ninguno.

¡Estábamos en la cumbre!

Por segunda vez en lo que llevábamos de expedición dudé de mi propia cordura. El Kurda Rarí tenía 40.000 pies y medio de altura. A no ser que mi barómetro o yo mismo nos hubiésemos vuelto locos, nos encontrábamos a 35.000 pies. ¿Qué había sucedido?

Entonces lo vi: hacia el este se elevaba contra el cielo una montaña majestuosa con una destellante cima a 5.000 pies por encima de mí.

¡Habíamos escalado la montaña que no era!

¡Se deja!

Me sentí muy diminuto y desamparado mientras temblaba en el viento mordiente de la cumbre del Rarí Norte. La majestuosa cima del Kurda Rarí se cernía sobre mí, a poco más de 1 milla de distancia; pero, entre ambos, el cañón del Calambur se hundía hasta unas profundidades invisibles y aterradoras.

Mi pensamiento rememoró aquella noche, de la que parecía haber pasado ya una eternidad, en la que alcanzamos la cumbre del Chíncha Rabí, con el corazón latiendo al compás de la esperanza, deseosos de retar a la montaña. Todo el esfuerzo, todo el sufrimiento, nuestros planes, habían sido en vano. Habíamos traicionado la confianza de quienes nos habían escogido. Éramos un chasco, un fraude; el mundo se reiría de nosotros, y con razón.

Pensé entonces en mis camaradas abajo, en su lucha contra el decaimiento físico, haciendo acopio de fuerza para el trabajo que imaginaban por delante, obligándose a remontar la montaña a paso quedo pero valeroso, y todo para nada. Se me antojaba de un patetismo infinito. Se me hizo un nudo en la garganta y tuve que luchar contra unas lágrimas poco viriles.

Miré hacia la cumbre del Kurda Rarí, tan serena en su pureza virginal, y tuve la impresión de que la diosa de la montaña estaba mirando con desdén a las insignificantes criaturas que habían puesto un pie sacrílego en sus taludes y las retaba a dar lo máximo de sí mismas, en un desafío al mundo entero. Había sido ella la que nos había conducido por el mal camino y descarriaría o destruiría a todo aquel que osara pisarla.

«¿Sería escalada algún día esa montaña?», me pregunté.

Y al mirarla encontré la respuesta.

En los amplios descubrideros de la cumbre había aparecido una motita negra. La seguí con la mirada y la vi avanzar lentamente hacia arriba. Detrás llegó otra mota. Y una más.

¡Hombres!

¿Quiénes podían ser, en nuestra montaña? Una oleada de indignación me invadió por dentro. ¿Quién se atrevía a subir la montaña a hurtadillas para arrebatarnos la cumbre y dejarnos en ridículo? ¿Quién?

Las tres motitas siguieron avanzando cuesta arriba. Por detrás fueron asomando más motas, de una en una, por parejas e incluso en grupos más amplios. Había diez, veinte, decenas, veintenas; la cumbre en blanco se convirtió en un lienzo puntillista. Pululaban por ella como hormigas flemáticas.

¡Los porteadores! No podía ser nadie más. Habíamos dejado a 92 en el

campamento base. Todos, o casi todos, debían de haber escalado la montaña.

Pero ¿por qué? ¿Por qué?

¿Y dónde estaba Propens? ¿Estaría con ellos o lo habrían abandonado? ¿Los habría guiado él mismo?

Cogí la radio. Aunque estábamos demasiado alejados, tal vez en aquella atmósfera despejada fuera posible el contacto. Llamé y dije:

—Tostón a Achaque. Tostón a Achaque. ¿Me recibe? Cambio.

No hubo respuesta. Volví a intentarlo una vez y otra. Estaba desesperado.

Chi Ko y Puag estaban plácidamente sentados sobre sus bultos fumando atufos y viendo cómo sus amigos subían el Kurda Rarí sin asomo alguno de interés. Parecía que fuese en el sueldo. Las motas de la cumbre trabajaban por grupos. Estaban erigiendo tiendas. No cabía duda: ¡iban a acampar en la cima de la montaña!

Seguí llamando.

Por fin, para mi gran alivio, llegó una voz apagada:

—Achaque a Tostón. Achaque a Tostón. Le recibo a intensidad dos. ¿Me recibe? Cambio.

Y me contó su increíble historia. El día que Constant y yo dejamos la base avanzada, los porteadores empezaron a recoger todo el equipo que habíamos dejado en el campamento base. Cuando todo estuvo listo, desmontaron también su tienda y le indicaron por señas que saliera del saco de dormir. Creyendo que ejecutaban órdenes de Constant para desplazar el campamento a un lugar más seguro, hizo lo que le pedían y todos partieron ordenadamente, con Propens, que sufría de catalepsia psicológica, encaramado a los bultos de un porteador.

Pero cuál fue su sorpresa al ver que, en lugar de dirigirse al lugar escogido, marchaban directos a la pared norte y empezaban a escalar. Gritó y se retorció pero el porteador que lo llevaba a cuestas no le hizo el menor caso. Pateó, aulló, le pegó puñetazos en la cabeza... El hombre aguantó un rato hasta que lo lanzó disparado y siguió en solitario. Tremendamente alarmado, el médico fue tras él como pudo, gritándole que parara. El porteador se detuvo, esperó a que lo alcanzara, se lo echó al hombro y prosiguió la marcha una vez más. Nuestro amigo, ya desmoralizado, se puso todo lo cómodo que pudo y se quedó dormido.

Cuando se despertó se encontró con que estaban porteándolo dentro de la tienda. Por un atisbo que captó de las inmediaciones, dedujo que habían acampado en el Collado Sur. Le dieron comida y le proporcionaron sus efectos personales. Tras recetarse algo para el sarampión bávaro, se metió en el sobre para pasar la noche.

A la mañana siguiente levantaron el campamento y a Propens con él. Sin hacer caso alguno de sus objeciones, el mismo porteador lo lanzó encima de los bultos que cargaba y partieron una vez más.

Y así habían continuado, sin bajar el ritmo, día tras día, hasta hacer cumbre. Propens dijo que no había sido más desdichado en toda su vida. Lo que había soportado haría que un recio colono palidciera solo con oírlo. El Kurda Rarí era una

montaña mucho más dura de lo que él, en sus momentos más pesimistas, había creído. Lo llevó durante todo el camino el mismo porteador, de nombre Sin Loa.

Le expresé mis condolencias y le conté mis nuevas. Después cavilamos sobre qué hacer. Era evidente que había que bajarlo a él y al campamento base. Pero ¿cómo? Siguiendo mi sugerencia, mi amigo intentó convencer por señas a la cuadrilla para que se dirigieran monte abajo pero no le hicieron el más mínimo caso. Para entonces ya habían terminado de montar las tiendas. Quienes no andaban ocupados preparando la comida estaban dentro fumando y, por lo que parecía, muy satisfechos con lo inusitado de su situación. Propens me comunicó que era inútil.

Le comenté que no lograba entender cómo había ocurrido. El médico me aseguró que él, por el contrario, lo sabía perfectamente. En yoguistaní la palabra para *base* es la misma que para *cumbre*, salvo por un gruñido, un gorjeo u otra convulsión interna que Constant no había sabido hacer. En su opinión, los porteadores no se moverían del sitio hasta que nuestro intérprete les dijera que bajaran o hasta que se les acabaran las provisiones; él esperaba estar muerto mucho antes de que pasara una u otra cosa.

Le rogué que levantara el ánimo por el bien de todos y le aseguré que su sufrimiento no había sido en vano. A fin de cuentas, ¿habíamos llegado o no a la cumbre del Kurda Rarí? No solo eso: habíamos conseguido mucho más de lo que nos habíamos propuesto, puesto que habíamos escalado tanto el Kurda Rarí como el Rarí Norte.

Propens dijo que si en los años que le restaban de vida volvía a tener ocasión de sentarse cómodamente ante un buen fuego, esa constatación le supondría poca o ninguna satisfacción. De momento no era más que una gota en su océano de miseria. Me suplicó que lo sacara de aquella montaña.

Para consolar al pobrecillo le prometí hacerlo inmediatamente; aunque no tenía ni la menor idea de cómo. Nos despedimos y empecé a bajar con mi reducido grupo.

En el campamento IV me reuní por fin con mis preciados purgantes. Llamé a O'Jalah y le puse al corriente de todo. Le dije que llegaría al día siguiente al campamento II y, al otro, al I. Tomé una cena frugal y me metí pronto en el sobre. Chi Ko y Puag vinieron a verme y ambos eructaron; esperé que solo estuvieran dándome las buenas noches.

Fueron un par de eructos lo que me despertó a la mañana siguiente. Los miré a ambos con recelo pero vi que Puag me había traído un trozo de cuero para acompañar las lentejas con pemmican. Lo entendí como un gesto amistoso y me avergoncé por haber sospechado de él.

Recuerdo muy poco de los dos días que siguieron, a excepción de mi lucha continua con el «Tostón Seso Frito». A 27.000 pies de altura llamé a los demás y les pedí que me dieran instrucciones para llegar al campamento I. Se mostraron muy solícitos pero sus detalladas indicaciones solo consiguieron hacerme caminar en

círculos. Así y todo, me sentó bien volver a escuchar la voz de Fornid. Mientras hablaba pude oír de fondo un sonido de cánticos y, de vez en cuando, aparecía alguno de mis compañeros e interrumpía la conversación con alguna pregunta cordial del tipo: «¿Cómo está hoy nuestro Tostón de cada día?», o «Tostón, amigo mío, ¿le he contado alguna vez el chiste de la dama de Kettering?», y así sucesivamente. El propio Fornid se ofreció a cantarme algo. Fueron todos muy amables y, tras mi solitaria odisea, me sentí conmovido; eso sí, no me ayudó lo más mínimo a encontrar el campamento I.

Al final me rendí. Les dije que bajaría hasta la base avanzada y les pedí que me siguieran al día siguiente. Fornid consultó con los demás y oí que Cliché decía: «Lo mismo nos llegamos hasta allí; al fin y al cabo ya no queda...». Película para grabar, supuse.

Desde entonces he hablado mucho con Van Bolea sobre el misterio del campamento I. ¿Por qué no fui capaz de encontrarlo, pese a las repetidas indicaciones? ¿Por qué Constant lo había encontrado sin problema cuando bajó desde el campamento II? ¿Y por qué a los demás, y en particular a Fornid, que no llegó a rebasarlo, les resultaba tan difícil abandonarlo? ¿Estaríamos sometidos a los efectos de un microclima, similar al aire desquiciante que a menudo encontramos en los glaciares? Nunca hallamos una explicación satisfactoria. Hasta el día de hoy el misterio del campamento I sigue sin resolverse.

Así fue como seguí hasta la base avanzada y, al cabo de un día, estuvimos todos reunidos por primera vez en casi dos semanas.

La pregunta era: ¿qué íbamos a hacer con Propens? Gracias al telescopio de Selvat vimos que el campamento base seguía levantado en la cumbre. El nubarrón que se cernía por encima era sin duda el humo de 92 pipas de atufó. ¿Pretendían quedarse allí, como temía Propens, hasta que se les ordenara bajar o escaseara la comida? Constant consultó con los porteadores, quienes le aseguraron que ese era sin duda el caso. Las órdenes eran órdenes, dijeron; y aquellas en concreto habían sido llevar el campamento base a la cumbre y esperar allí al resto de la expedición.

Era evidente que había que mandar a alguien tras ellos. Pero ¿a quién? Visto que ninguno de los europeos estábamos en posición de intentarlo, debíamos enviar a algún porteador. Constant pidió voluntarios con resultados más bien decepcionantes. Escogió entonces a dos hombres y los mandó subir. Tras un regateo sobre las horas extras, guardaron sus bultos y partieron en el acto sin muestra alguna de entusiasmo o renuencia. Para ellos, iba con el sueldo.

El Collado Sur no era lugar para un grupo de montañeros cansados. Al día siguiente bajamos hacia el glaciar y plantamos el campamento a los pies de la pared norte.

Aguardamos.

Regreso del grupo de cumbre

Lo primero era descansar, recuperar el sueño perdido. Luego, con energías renovadas, fuimos retomando la actividad, cada uno a su manera. O'Jalah cotejó sus muchas mediciones y anunció con orgullo que prometían ser de una importancia prodigiosa. Selvat se consagró a un provechoso reconocimiento de la zona; por desgracia se perdía todos los días y había que ir a rescatarlo, lo que causaba grandes contratiempos al resto. Se convirtió en tal incordio que acabamos designándole un porteador como guardián, al que le dimos instrucciones muy estrictas para que lo trajera de vuelta al campamento antes del anochecer. Un día, al ver que no habían vuelto a la caída de la noche, Cliché lanzó varias bengalas seguidas —que había llevado con fines fotográficos— para intentar orientarlos. La mala suerte quiso que una cayera sobre la tienda de O'Jalah y la calcinara, junto con sus notas. El científico quedó muy trastornado. Todo su trabajo había sido pasto de las llamas. Además, al haber consumido todo el mercurio de sus termómetros, no podía realizar nuevas mediciones y, para colmo, el resto del instrumental estaba en la cumbre del Kurda Rarí. Tampoco había sido capaz de encontrar un solo ser vivo en la montaña, de modo que esa línea de investigación había caído también en saco roto. Solo quedaba una esperanza para justificar su presencia: debía concentrar todas sus energías en la búsqueda de marañas. Desde que Cliché se había quedado sin trabajo propio —se le habían estropeado todos los rollos de película y se le habían rajado las lentes—, O'Jalah lo había reclutado para su búsqueda. A Fornid también lo enrolaron para la causa. Ya se había aclimatado del todo y estaba más activo y en forma que un colegial, y dejaba rendidos tanto a O'Jalah como a Cliché en su búsqueda diaria de marañas.

Constant, siempre con su insaciable deseo de mejorar el conocimiento del idioma, pasaba mucho tiempo con los porteadores. Cuando no, se le podía ver vagando por el glaciar practicando gruñidos, gorjeos y otros fenómenos que constituían la piedra angular del yoguistaní hablado. Cundía la opinión, según nos contó, de que el estómago occidental era incapaz de pronunciar ese idioma, y su gran ambición era demostrar que se trataba de una falacia. Creía que tenía el éxito a tiro de piedra: había desarrollado síntomas inconfundibles de la gastritis crónica hipodérmica entre los yoguistaníes a causa del habla estomacal. Fornid fue algo inoportuno al señalar que si Constant hubiese desarrollado su gastralgia a su debido tiempo, ahora Propens no estaría confinado en la cumbre del Kurda Rarí. Le recordé que, de no haber sido por ese incidente, no habríamos conseguido nuestro propósito y felicité a Constant por su gastritis. Por lo demás, fue interesante comprobar cómo, conforme esta dolencia se agravaba, nuestro compañero se volvía cada vez más inmune a los efectos de la

comida de Puag, y empezó incluso a disfrutarla. Esbozó la teoría de que los métodos culinarios del Yoguistán hacían las veces de contrairritante para los dolores de indigestión nativos. Independientemente de que fuera cierto o no, la cuestión es que a él le funcionaba. Fue una verdadera lástima que, a su vuelta a la civilización, no tuviera estómago para la cocina occidental. Sobrevivió durante semanas a base de una dieta hipocalórica, al tiempo que experimentaba con toda mezcla concebible de comestibles heterogéneos y todo método posible de hacerlos indigestos. Por fin, cuando estaba a un tris de suicidarse ingiriendo comida predigerida para inválidos, se le ocurrió la feliz idea de contratar a un cocinero yoguistaní. En el acto envió cables por todos los rincones del mundo y la buena fortuna quiso que uno le llegara a Puag. Debido a la dificultad de transmitir por este método gruñidos, gorjeos y demás —por no hablar de las objeciones por parte del sindicato de Puag—, las negociaciones se prolongaron y Constant estuvo a punto de sucumbir de indigestión complicada por la expectación. Pero el asunto se resolvió por fin. En la actualidad Puag reside en el piso de Constant en Hampstead. A casi cualquier hora del día se les puede ver gruñendo y gorjeando en la cocina mientras se regocijan con algún maligno mejunje que se churrusca en el fondo de un repugnante puchero o se apiñan extasiados en torno a unos cuencos de esa misma atrocidad. La última vez que fui a su casa, estaba fumándose una pipa de atufu, que, según había averiguado, tenía la misma función de contrairritante que la cocina de Puag.

Pero estoy adelantándome a los acontecimientos. Durante aquella etapa angustiada en el campamento base, cuando desconocíamos aún el destino del pobre Propens, volví a sentirme reconfortado e inspirado por la devoción con la que mis compañeros se consagraban a sus tareas, sin permitir que la aflicción personal interfiriera con su deber. Me obligué a participar en todas las actividades, sociales y de cualquier otra naturaleza, y descubrí que ayudar a los demás a aligerar su carga también hacía más liviana la mía.

Llevaba un tiempo deseando saber algo sobre la prometida de Cliché; pero ahora que por fin se me presentaba la oportunidad, no lograba imaginar la mejor forma de abordar el tema, pues ignoraba qué sutiles susceptibilidades podía generar. Me encontraba una tarde solo en la tienda comedor redactando una carta de pésame para el padre de Propens, cuando apareció Cliché. Me dijo que estaba de brazos cruzados. ¿Me importaba si me enseñaba unas instantáneas? Le dije que sería un placer. Me mostró varias fotografías de una hermosa joven que, según afirmó, era su prometida. Iban a casarse a su regreso. Le di la enhorabuena y le deseé toda la felicidad del mundo. Me lo agradeció. Comenté que su prometida parecía una señorita muy agradable. Me confirmó que era la persona más buena y adorable del mundo, y se extendió en detalles sobre ella; en definitiva, todo parecía muy alegre y normal. Me preguntó si estaba aburriéndome. Le dije que no, pero ¿no había ninguna contrapartida a tanta felicidad? Me aseguró que no, y ¿por qué habría de haberla? Comenté que era bastante frecuente; tal vez había sufrido otros desdichados reveses

antes de conocer a su prometida. Lo negó; había tenido algunos amores en su juventud, pero no había habido nadie más. ¿Por qué lo preguntaba? Insinué que no era lo que me esperaba. Me pareció ver que me miraba con cierto recelo y dijo que sentía decepcionarme. En el acto insistí en que me había malinterpretado y le pedí que me contara más, cosa que hizo, saciando de sobra mi curiosidad. Por supuesto, su prometida era una persona tan normal y realizada como él mismo; era evidente que serían muy felices juntos. Le pregunté qué hacían los sábados por la tarde y me contó que solían ir a ver a la anciana tía de su prometida, que estaba postrada en cama.

Fui comprendiendo que el eructo diario con que me saludaban Puag y Chi Ko en la montaña se había extendido al resto de porteadores. Le pregunté a Constant si sabía qué significaba. Me dijo que, dado que el yoguistaní se hablaba con la barriga, el eructo —la señal de satisfacción definitiva del estómago— se utilizaba como muestra de respeto; simbolizaba el gran placer que el eructador experimentaba ante la ilustre presencia del eructado.

Me agradó enormemente oírlo, y no solo porque me hiciera cargo del honor que suponía, sino porque confirmaba mi fe en Puag y en la naturaleza humana. Deseé que el tiempo y mis quehaceres me permitieran trabar amistad con todos los porteadores. Qué cantidad de afecto, pensé, se ocultaba tras aquel porte inexpresivo. Pasé mucho tiempo con Puag, que me contó cosas muy interesantes sobre su vida. El pobrecillo parecía haberme cogido cariño. Le contó a Constant que yo había sido la única persona amable con él sin esperar nada a cambio. Aquello me conmovió enormemente. Tomó asimismo la costumbre de traerme pequeñas ofrendas de comida a todas horas del día. Eso también me conmovió sobremanera.

Tras varios días de deliberación envié el siguiente despacho: «Expedición más que exitosa, ascendidos ambos Rarís. Todos sanos y alegres. El espíritu de equipo es inmejorable y los porteadores dignos de elogio».

Pero sin darme cuenta firmé el mensaje como Tostón en lugar de con mi verdadero nombre. Esto causó cierta perplejidad en nuestra patria chica, donde en un principio se pensó que el despacho era una broma. Después corrió el rumor de que un grupo desconocido liderado por un tal Tostón nos había adelantado en la montaña. Se hicieron pesquisas por los círculos montañeros pero no se averiguó nada. El asunto provocó un revuelo considerable y la prensa nacional intentó sacarle todo el jugo posible. La historia no se aclaró hasta que llegamos a Tekhonmiel, donde nos vimos inundados por telegramas de todos los rincones del mundo y tuvimos que contratar a tres secretarios solo para responderlos. Sin embargo uno resultó ser un bromista de nombre Mac Abeo, que aprovechó todo lo posible aquella oportunidad sin parangón para desquiciar a toda la prensa mundial emitiendo comunicados absurdos y contradictorios. Tuvimos que contratar a seis secretarios más para aclarar la confusión causada por ese chistoso.

Pero, una vez más, estoy adelantándome a los acontecimientos. Conforme pasaban los días y seguíamos sin indicios de Propens, mi preocupación iba a más. Solo el cielo sabía los tormentos que estaría padeciendo el desdichado, en el caso de que siguiera con vida. Al final la situación me superó. Convoqué a los demás en la tienda comedor y les dije que teníamos que hacer algo: alguien debía subir la montaña. La pregunta era: ¿quién? Todos se miraron pero ninguno habló.

Me hicieron sentir muy pequeño.

—Mis queridos colegas, sé que todos queréis ir, pero alguien tiene que quedarse. Creo que es responsabilidad mía. Espero que no os parezca egoísta por mi parte.

Se produjo un silencio. Fornid me miró con ojos amables y, con su característico vozarrón, me dijo:

—¡Cielo Santo, Tostón, lo creo muy capaz! —Lo miré sorprendido. Por alguna razón parecía presa de la emoción—. Si usted va, ¡yo también! —dijo por fin.

En ese justo instante la puerta de la tienda se abrió de golpe y entró el mismísimo Propens.

Un Propens nuevo.

Un Propens enhiesto.

Un Propens delgado pero de aspecto saludable.

Un Propens de sonrisa amplia y porte altanero.

Propens, el héroe del Kurda Rarí, el hombre que había llegado más alto que ningún otro, pues, tal y como O’Jalah señaló, le sacaba al menos la cabeza y los hombros a cualquier porteador.

¡Menudo reencuentro! ¡Qué risas! ¡Qué palmaditas en la espalda! ¡Qué forcejeos y tomaduras de pelo!

Cuando todos estuvimos exhaustos, Propens anunció:

—Como oficial médico de esta expedición prescribo champán para todos. ¿Dónde están las provisiones médicas?

Fue decirlo y hacerse el silencio. Los demás parecían avergonzados y se daban codazos entre sí para que alguien hablara. Por fin, Fornid rompió el hielo:

—El caso, campeón, es que no queda champán.

—¡¿Que no queda?! —exclamó horrorizado Propens.

—No, es que... no lo... no lo hemos traído de vuelta del campamento I.

Ese día, sin embargo, nada podría haber agitado la fiesta. En ausencia de un brebaje más estimulante, se preparó un buen chocolate caliente. Pronto estuvimos riendo de nuevo, mientras relatábamos una y otra vez nuestras aventuras. Todo el mundo quería hablar y nadie escuchar.

—¿Se acuerdan —preguntó Cliché con una sonrisa— cuando Tostón se quedó pegado al glaciador por las lágrimas?

—Y cuando tuvo a Puag una semana solo para él —comentó O’Jalah entre risitas.

—¡Y no encontraba el campamento I! —rio Selvat.

—Y hubo que mandarle purgantes —añadió Constant agarrándose de los costados.

Todos estallamos en risas.

De repente, Fornid se levantó de golpe.

—¡Ya está bien! —gritó, y dio un porrazo en la mesa.

Las risas pararon a una. El ánimo cambió al instante. O'Jalah soltó unas risitas nerviosas, tosió y se puso colorado.

Fornid tenía el ceño fruncido. Volvió a aporrear la mesa con el puño cerrado. Parecía estar buscando las palabras adecuadas.

—Hay algo que no podemos negar —dijo por fin. Después volvió a callar y nosotros, a nuestra vez, volvimos a esperar—. En esta expedición han ocurrido muchas cosas (incluso antes de partir) que en su momento parecían apropiadas. — Volvió a detenerse. Era evidente que estaba escogiendo con mucho esmero las palabras. Dio otro porrazo contra la mesa—. Ahora desearía que nunca hubieran pasado.

¿De qué diantres estaría hablando el grandullón?, me pregunté.

—Yo mismo he sido tan culpable como cualquiera... o puede que más.

Reparé en que los demás estaban intercambiando miraditas y volvían a tener cara de bochorno. ¿De qué iba todo aquello?

—Ahora mismo —prosiguió Fornid—, el bueno de Tostón se disponía a ir al rescate de Propens. No lo olvidemos. Y no olvidemos tampoco que Tostón ya había hecho diez veces más que el resto de nosotros juntos y ha asumido toda la responsabilidad de la ascensión. Él ya estaba a 35.000 pies mientras nosotros ganduleábamos en el campamento I. Y aun así pensaba subir él solo a la cima del Kurda Rarí para traernos de vuelta a Propens.

Aquello era embarazoso. Todos habíamos hecho lo que habíamos podido. Tal vez yo había sido más afortunado que el resto; pero mi suerte bien podría haber sido distinta. Intenté interrumpir a Fornid, pero me puso una mano en el hombro.

—No. Déjeme terminar. —Fue mirando a los demás uno por uno—. Me gustaría proponer aquí y ahora un brindis por nuestro jefe: el hombre más tenaz, más modesto y desprendido con el que jamás he escalado. ¡Y con más arrestos que todos nosotros juntos!

Y aquellos hombres disparatados bebieron chocolate caliente a mi salud.

Acto seguido, todos intentaron estrecharme la mano al mismo tiempo, mientras Propens me daba palmaditas en la espalda y me decía:

—¡Bien hecho, muchachote!

Era todo un disparate. Hasta hoy sigo sin estar seguro de si fue otro de los chistes malos de Fornid...

Adiós al Kurda Rarí

Al día siguiente hicimos inventario de nuestras provisiones y descubrimos que los porteadores habían dado cuenta de casi toda la comida y solo nos habían dejado latas de sesos fritos. La cosa era grave. No podíamos seguir alimentándolos ni un día más; teníamos que despedirlos en el acto. Decidimos quedarnos con uno para que llevase la comida del viaje de regreso. Nos vimos en la obligación de abandonar todo nuestro equipo y nos quedamos solamente con los efectos personales más necesarios, como los despertadores y las bolsas de agua caliente.

Constant habló con los porteadores y, después de mucha agitación, nos comunicó que comprendían nuestra postura. Con todo, insistieron en que les pagásemos hasta la fecha estimada de llegada a Tekhonmiel. Teniendo en cuenta que discutir con ellos supondría alimentarlos durante varios días más, no parecía haber alternativa. Les pagamos y les dijimos que se largasen. Pero, en lugar de irse, se apostaron todos delante de mi tienda, justo cuando estaba cortándome las uñas. Cuando salí para ver qué querían, Pim Pling se adelantó y quedamos frente a frente. Me miró directamente a los ojos y profirió un potente eructo. A continuación se alejó. Ta Pong hizo otro tanto, y luego Kues Ko, seguido de Chi Ko y Reta Ko y de todos los demás. Uno a uno vinieron a eructarme. El glaciario reverberaba con los regüeldos: desde el runrún profundo y grave de Pim Pling al piar agudo de los niños. Fornid comentó que le recordaba la guarnición de Aldershot. Un hombrecito menudo parecía tener el estómago tomado, porque se quedó tímidamente delante de mí, incapaz de producir sonido alguno. Después soltó una especie de tos y salió corriendo entre risas.

El último en venir fue Puag. El pobrecillo tenía la cara surcada de lágrimas. Su majestuoso eructo arrancó un murmullo de aprobación y admiración entre todos los presentes. Nos abrazamos y presionó un pequeño objeto negro contra mí, un chisme arrugado y de forma indeterminada. Lo examiné aunque no lograba entender qué era. Se lo enseñé a los demás pero sacudieron la cabeza.

De pronto O'Jalah pegó un chillido y me lo arrebató de las manos. ¡Era una maraña! Una maraña tostada y renegrida, pero aun así ¡una maraña!

O'Jalah le pidió a Constant que averiguara cómo la había encontrado Puag. Este le explicó que la maraña estaba considerada una delicatessen entre los yoguistaníes. Sus pinches iban todas las mañanas a recogerlas antes del desayuno.

O'Jalah le pidió a Constant que ofreciera un *oolongui* uno por cada maraña que le trajeran. Al instante los porteadores salieron disparados en todas direcciones y no tardaron en volver con las manos llenas de marañas, que iban dejando a los pies de nuestro científico a cambio del dinero. Pronto tuvo delante una montaña de unos tres

palmas de alto y se quedó en bancarrota. Recurrió a Constant para que pusiera fin a todo aquello, pero siguieron hasta despoblar de marañas toda la comarca.

O'Jalah se vio entonces rodeado de un muro de marañas y endeudado seriamente con la expedición.

Los porteadores estaban listos ya para partir. Como la raza puntillosa que son, vieron necesario repetir la despedida. Una vez más el glaciario resonó con los eructos. Y de nuevo Puag y yo intercambiamos un sentido adiós. No podíamos ni imaginar que no tendrían que pasar muchos meses para que volviéramos a vernos.

A la mañana siguiente partimos con las primeras luces. O'Jalah no había pegado ojo en toda la noche preparando un destilado de exégesis de maraña que había guardado en una botella exegética especial, llevada expresamente a tal efecto. Fornid había sido tan amable de quedarse despierto para ayudarlo. O'Jalah no cabía en sí de contento: su presencia en la expedición quedaba así justificada y su fama asegurada. Estaba casi convencido, dijo, de que lo harían miembro de pleno derecho de la Royal Society.

Cliché encabezaba la marcha. Él también había pasado la noche en vela ayudando a terminar el mapa de Selvat, quien, aquejado de cansancio por la mañana, se había bebido el alcohol de las brújulas. Como consecuencia se había achispado un poco y había desarrollado una tendencia a mirar al norte, lo que le hacía caminar de lado cuando iba al este o al oeste y caerse para atrás cuando nos dirigíamos al sur. Debido al serpenteo del camino en todas direcciones, sus movimientos eran notables. Cliché lo ayudó de buen grado pero a O'Jalah, que iba detrás, le causó tal aturdimiento que se mareó un poco y se cayó sobre la cadera, haciendo añicos la botella exegética. El contenido le chorreó por las piernas y se congeló, dejándole las piernas agarrotadas para el resto del día, con lo que no paró de caerse. Fornid se pasó el día recogiendo y consolándolo por los cardenales y la pérdida de la exégesis.

Los seguían Constant y Propens. Al verse privado de la comida de Puag, el primero se había pasado toda la noche despierto con dolor de barriga. El otro lo veló, preocupado mortalmente por el estado de su amigo. Por lo demás, Constant estaba muy deprimido por haber perdido a sus porteadores. Propens caminaba a su lado para consolarlo, con un brazo echado sobre sus espaldas. Por desgracia ambos se cayeron en una grieta, pero el porteador los rescató.

Yo iba cerrando la marcha. Me entristeció mucho darle la espalda al majestuoso escenario donde habíamos representado nuestra obra de sufrimiento y triunfo. Cuando mis compañeros rompieron a cantar el «Tostón Seso Frito», a punto estuve de echarme a llorar. Sin embargo, me consolé con la idea de que nuestro sufrimiento todavía no había acabado; y conforme seguía a la feliz y bien avenida comitiva me alegró llegar a la conclusión de que nuestra amistad se había templado con lazos de acero gracias a los peligros que habíamos afrontado juntos. Estaba saboreando las

mieles más dulces del liderazgo.

Tres días más tarde estábamos en la cumbre del Chincha Rabí, por última vez ante el macizo del Kurda Rará. El sol del ocaso se había hundido por debajo de nuestro horizonte. El páramo de montañas que nos rodeaba era una sinfonía bajo una sombra modulada. Más abajo se abría la negrura absoluta de los cañones fluviales. Solo el Kurda Rará estaba iluminado por el sol, con su gran pirámide enmarcada por un cielo turquesa. Los vastos precipicios de hielo y las nieves perpetuas resplandecían con los tintes cambiantes de la puesta de sol.

Fue un adiós a la altura de una montaña prodigiosa. Fornid me puso la mano en el hombro y juntos nos abrimos paso por la penumbra acechante hasta el abrigo del valle donde haríamos noche.



WILLIAM ERNEST BOWMAN escribió esta breve autobiografía dos años antes de su muerte. Fue leída en su funeral, en 1985:

«Aparecí en Scarborough en 1911. Tres años después el káiser bombardeó mi casa. En 1918 mi padre y otros muchos ajustaron cuentas con el káiser. En 1921 nos mudamos a Middlesbrough. Tras el instituto, me decanté por estudiar ingeniería. Desde 1927 sufrí el trabajo de oficina, y a lo largo de esos años me enganché al montañismo —practicado y leído, especialmente en libros cómicos— y a la relatividad de Einstein. En 1934 me mudé a Londres e interrumpí mi labor como ingeniero. En el 39 me trasladé a Swansea, y un año después Hitler bombardeó la ciudad. Al año siguiente me uní a la Fuerza Aérea Británica y en 1945 ajustamos cuentas con Hitler. De 1947 a 1950 colaboré con el Servicio de Voluntariado Internacional en Londres y Alemania, y fue entonces cuando decidí vérmelas con las formulaciones de Einstein. A partir de ese momento la escritura y la ingeniería convivirían en mi vida. Me casé en 1958, y mi mujer y yo nos mudamos a Guildford. En 1971 me jubilé como ingeniero».

Hasta arriba (*The Ascent of Rum Doodle* en su lengua original) fue publicado en 1956, poco después de que se alcanzase la cima del Everest por vez primera. Pronto se convirtió en título de cabecera para toda una generación de escaladores, e incluso bautizó varios accidentes geográficos reales. Hoy sigue siendo un libro de culto dentro de la literatura cómica y un referente entre las novelas de aventuras. Tanto es así que hoy son varios los Rum Doodles repartidos por el mundo: llevan su nombre enclaves hosteleros, clubs de escalada y cadenas de material de alpinismo. Su

secuela, *The Cruise of the Talking Fish*, apareció en 1957, y traslada el espíritu aventurero del protagonista a la navegación del océano Pacífico. Bowman también escribió ensayos científicos y una generosa cantidad de relatos cortos, que aún permanecen inéditos.

Notas

[1] Los Rum Doodles a los que Bryson hace referencia son el mismo Kurda Rarí que los lectores encontrarán más adelante. Este libro, que Bryson encontró con tantísima fortuna, fue titulado *The Ascent of Rum Doodle* ('La ascensión del Rum Doodle') en la Inglaterra natal del autor. Mantener el espíritu espiritoso de W. E. Bowman pasaba por la traducción de todos los términos que en el original escondían dobles sentidos y juegos de palabras. La adaptación ha supuesto un reto enriquecedor y divertido a partes iguales. El cambio de nombre de la montaña en la presente edición, resta decir, no afecta en un solo pie a su admirable altura. (*N. de la t.*) <<

[2] El autor juega en todo momento con la polisemia de *high*: Fornid había subido más alto que nadie o se había puesto más ciego que nadie (y así en lo sucesivo en este pasaje). Al no encontrar un término o expresión en castellano que recoja bien estos dos sentidos sin forzar la máquina, se ruega que los lectores, cuando vean la palabra *alto* a lo largo del libro, ¡sonrían, por favor! (*N. de la t.*) <<

[3] «Sospan fach» es una canción popular galesa. A lo largo del libro los expedicionarios le darán un buen repaso al cancionero tabernario y cabaretero de Gran Bretaña. Algunas tonadas han conocido versiones en español, como «La canción de los remeros del Volga» o «La polca del barril». (*N. de la t.*) <<

[4] No era cierto. <<